



*Perdida
en mi memoria*

Brianne Miller

**Perdida
en mi
memoria**

Brianne Miller

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Octubre 2016

Título original: Perdida en mi memoria

Brianne Miller © 2016 (autora)

Maquetación: Gema Millanes

Diseño de portada: Gema Millanes

Foto de portada: Shutterstock-Valentina Photos

ISBN-13: 978-1539439141

ISBN-10: 1539439143

Cada novela que escribo es un mundo nuevo y diferente dentro de mi cabeza, y esta vez he optado por mezclar la novela romántica, que es mi hogar, con un toque de suspense, deseando que tú, lector, disfrutes tanto leyéndola como he disfrutado yo escribiéndola.

Quiero daros las gracias por darle una oportunidad una vez más a mi novela, por creer en mí como escritora y por hacer mi día a día un poquito más feliz.

De todo corazón, un millón de besos. Que comience la aventura.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Prólogo

El frío manto de la noche acaricia mis huesos helados por debajo de la camiseta de algodón. Mis pulmones van a estallar del esfuerzo al que los estoy sometiendo, pero no puedo detenerme. Tengo que correr lo más deprisa que me den las piernas, tengo que alejarme de aquí cuanto pueda. Las pisadas del asesino golpean mis tímpanos con una melodía terrorífica, y el terror serpentea por mi espalda como una cascabel a punto de atacar.

Al volver la esquina encuentro un portal abierto. No es la mejor opción, pero quizás si me escondo en él, el asesino seguirá su camino. Las pisadas se acercan cada vez más, mi corazón golpea mi pecho como si quisiera escapar también, y las lágrimas corren por mis mejillas como ríos mortales.

No entiendo por qué me ocurre esto. ¡Dios, era parte de mi vida! Jamás pensé que llegaríamos a este punto, jamás se me ocurrió que pudiese odiarme de esta manera. Las pisadas de mi perseguidor se paran frente al portal, por desgracia. Me encojo más si cabe entre la pared y el pequeño mostrador del conserje, que a estas horas debe estar durmiendo a pierna suelta en su mullida cama con su mujer.

Puedo oír mis propios temblores en el silencio de la noche tenebrosa. El crujido de la puerta al abrirse consigue hacerme morderme el puño para no gritar como una energúmena. Los pasos están cada vez más cerca... y veo mi vida pasar ante mis ojos con absoluta claridad. Sus pasos se paran frente a mi escondite, y su aliento me pone los pelos de punta al entrar en contacto con mi oído.

—Te tengo.

Intento escaparme de su agarre, pero es mucho más fuerte que yo. Le araño con la esperanza de que afloje su abrazo, pero en vez de eso me cruza la cara de un bofetón. Pido socorro a gritos, pero la voz no sale de mi boca. Me retuerzo intentando escaparme, pero nada de lo que haga va a servir para nada. Siento la primera puñalada arder en mi hombro, la siguiente en el costado. Un fuerte golpe en la cabeza me transporta a la tétrica oscuridad con la certeza absoluta de que voy a morir en manos de alguien en quien confiaba plenamente.

Capítulo 1

Un dolor indescriptible me saca de mi estado inconsciente con un gemido. Abro los ojos para encontrarme en una habitación blanca, llena de máquinas cuyos cables están enganchados a mi cuerpo, y una vía sale de mi brazo hasta una bolsa colgada en una barra. Tengo un tubo instalado en la garganta, lo que me impide hablar, y algo me tira en la mejilla. Cuando estiro la mano para ver qué es, descubro que una enorme gasa la cubre casi por completo. El pánico me asalta al darme cuenta de que estoy en un hospital. ¿Qué me ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

Un sonido ensordecedor llena el silencio de la habitación cuando intento levantarme con desesperación para quitarme todos esos cables. Una doctora entra a toda prisa para inmovilizarme en la cama. Me debato en un intento de escapar, pero una enfermera inyecta algo en la vía, y empiezo a sentirme muy cansada. Sé que la doctora está hablando, pero no consigo escucharla.

—Señorita, cálmese. Ahora mismo le sacaremos el tubo, pero tiene que relajar la garganta para que no le hagamos daños mayores a los que ya tiene.

Calmarme... Me calmaré cuando alguien me explique qué demonios hago en un hospital y cómo he llegado a estar en un estado tan lamentable... Pero si no me sacan el tubo no podré preguntarlo, así que me tumbo en la cama y las dejo trabajar. Me duele hasta el último hueso del cuerpo, pero nada es comparable a esto. Sentir cómo el tubo sale de tu tráquea es doloroso y repulsivo, pero el dolor que siento en todo el cuerpo mitiga su intensidad. Cuando la doctora ha terminado su trabajo, una enfermera me pone una bolsa de calmantes y nos deja a solas.

—Bien, señorita, ahora que estamos solas, debo presentarme. Soy la doctora Stevens, cirujana cardiotorácica del hospital *Bellevue* de Manhattan. ¿Puede decirme su nombre?

Abro la boca para hablar, pero las palabras no fluyen. Acabo de darme cuenta de que no recuerdo nada. Ni quién soy, ni que ha pasado... nada. El pánico se apodera de mí al darme cuenta que soy una mujer anónima en medio de alguna parte. La doctora debe haber adivinado mi terror al descubrirlo, porque me coge la mano y me sonrío tranquilizadora.

—Tranquila, le costará un poco hablar debido a la irritación que te ha producido el tubo endotraqueal.

—No me acuerdo de nada —gimo con la voz ronca.

La doctora observa mis pupilas con ayuda de una linterna, y me hace repetir una serie de movimientos absurdos antes de volver a dejarme tranquila.

—No hay signos de daños cerebrales, así que sufres amnesia post-traumática. Te han agredido con saña, y tu cerebro reacciona ocultando esos recuerdos para que puedas seguir adelante, así que es normal que no lo recuerdes. Poco a poco vendrán los recuerdos, pero ahora necesita descansar. Tuve que repararle un desgarró en la aorta debido a una puñalada muy cerca del corazón, está viva de milagro.

Duerma un poco, hablaremos después.

Cierro los ojos y la doctora Stevens sale de mi habitación cerrando la puerta tras de sí. Intento dormir, pero el sueño no llega. Los murmullos llegan hasta mí desde la puerta de la habitación.

—Aún está muy débil. No va a serle de ninguna ayuda —dice la doctora Stevens.

—Tengo que hablar con ella. Necesito saber qué recuerda.

Es la voz de un hombre. Una voz profunda y ronca, que penetra en mi mente y me hace sentir mareada, vulnerable.

—Ahora necesita descansar. Vuelva mañana —dice la doctora.

—¡No puedo esperar hasta mañana! Es imprescindible que identifique al agresor, o puede que mañana tenga otra víctima en el hospital.

—Sufre amnesia post-traumática. No recuerda nada, ni siquiera sabe quién es. Si descansa un poco quizás consiga volver a recordar.

—¡Que haga un esfuerzo, maldita sea!

—¡Esa mujer ha pasado por un auténtico infierno! ¿Acaso quiere obligarla a recordar algo que no va a volver a su mente por mucho que ella quiera? Lo único que conseguirá entrando en esa habitación será preocuparla, inspector, y créame, después del trauma que ha sufrido es lo peor que podría hacer.

—¡Está bien, maldita sea! Volveré por la mañana.

El silencio vuelve a inundar mi habitación. Inspector, agresor, víctima... Eso quiere decir que el motivo por el que estoy en el hospital no ha sido un accidente. Sea lo que sea lo que me ha pasado ha sido intencionado, y no puedo acordarme ni de qué ha ocurrido ni de quién pudo hacerlo. Los calmantes empiezan a hacerme efecto y poco a poco me quedo dormida.

Me despierto mucho tiempo después. Lo sé porque por la ventana solo entra la luz de una farola, y mi habitación está en penumbra. Miro alrededor, y me encuentro con la silueta de un hombre sentado en el sillón, que se levanta y se acerca a mí lentamente. La iluminación de las máquinas apenas me deja verle, pero estoy segura de que no le conozco.

El desconocido enciende la luz que hay encima de mi cama y deja al descubierto sus rasgos cincelados. Es moreno, con el pelo corto y de punta, y de ojos color caramelo. Bastante alto, si contamos que sobrepasa la máquina que hay al lado de mi cama, y de hombros fornidos. Labios carnosos y sensuales, y dos hoyuelos hacen amago de aparecer en sus mejillas. Va vestido con un sencillo traje de chaqueta añil y una camisa blanca.

Se sienta con cuidado a mi lado en la cama, y coge mi mano entre las suyas. Empiezo a ponerme nerviosa. Su comportamiento es el de alguien que forma parte de mi vida, pero no me suena de nada. ¿Le conozco? Y si es así, ¿por qué demonios no le recuerdo?

—Por fin se ha despertado. Bienvenida al mundo de los vivos, señorita.

—Gra... gracias.

—Soy el inspector Davis, agente de la unidad de víctimas especiales de la policía. ¿Recuerda su nombre?

Ahora entiendo la familiaridad con la que me trata. Soy una víctima, y está haciendo su trabajo. Niego con la cabeza, frustrada, en respuesta a su pregunta, que no es lo único que he olvidado.

—Tranquila, es normal debido al trauma que ha sufrido. Está viva de milagro.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Una mujer la encontró detrás de un cubo de basura sin apenas pulso y llena de golpes y cortes. Gracias a Dios era estudiante de último año de medicina, y logró mantenerla con vida hasta que llegó la ambulancia. Ha tenido mucha suerte.

—Tengo que darle las gracias, ¿podría decirme quién es ella?

—Ha estado aquí todo el día. La obligué a irse a casa a descansar, pero prometió venir mañana.

—Gracias. Siento no serle de ayuda, inspector, pero no me acuerdo de nada. Ni de quién soy, ni de qué pasó... de nada.

—Tranquila. Sufre amnesia post-traumática. La doctora Stevens cree que logrará recordar con el tiempo. Mientras eso ocurre, tengo a todo mi equipo buscando alguna pista en el escenario del crimen, espero que encuentren algo que nos sea de ayuda para que deje de ser una víctima anónima.

El inspector se levanta de mi cama, y tras apagar la luz, vuelve a ocupar su lugar en el sillón.

—Debería descansar. El cuerpo se cura mejor cuando está descansando.

—¿Va a quedarse ahí? —pregunto intrigada.

—No hay nadie a quien pueda avisar para que la cuide, y yo no tengo nada mejor que hacer, así que sí, me quedaré aquí.

—Le dije a la doctora que volvería por la mañana. ¿Por qué ha cambiado de opinión?

—No lo hice, es la segunda vez que vengo desde que está usted aquí. Lleva durmiendo más de veinticuatro horas.

—Gracias por quedarse.

—No hay de qué. Duérmase, lo necesita.

Cierro los ojos un segundo, agradecida porque el inspector esté velando por mí, porque aunque no quiera reconocerlo me aterra el hecho de saber que alguien me ha dejado tirada en un contenedor, que alguien me ha hecho daño y dado por muerta. Vuelvo a despertarme cuando la doctora Stevens me ausculta. Ella sonrío sin dejar de hacerlo, me palpa el abdomen y lee mi historial con atención.

—Muy bien, parece que todo va estupendamente. Las heridas cicatrizan deprisa y el corte de la cara no va a dejarle cicatriz.

—Me alegro.

—No hay signos de daños cerebrales, ni tampoco complicaciones postoperatorias. Si todo sigue así, estará fuera del hospital en un par de semanas.

—Fantástico —suspiro—. Estaré en la calle sin saber quién soy ni dónde vivo.

—No se preocupe por eso. El equipo del inspector Davis ha encontrado su teléfono móvil, y él ha ido a la comisaría para ponerse en contacto con su familia. Antes de lo que imagina sabrá quién es y estará arropada por los suyos. Ordenaré que le traigan algo de comer, debe estar hambrienta y ya puede a tomar dieta blanda.

—Gracias, doctora Stevens.

Ella se marcha y me quedo pensando en mi futuro. Han encontrado mi teléfono, y por fin sabré quien soy. Quizás no recuerde a mi familia, pero al menos estaré en un lugar seguro. Media hora después una enfermera me trae un tazón de caldo y una gelatina de fresa.

—No es mucho, pero es lo único que su cuerpo podrá tolerar por ahora —dice acercándose la mesa.

—Créame, me da igual con tal de comer algo. Estoy famélica.

—¿Quiere que la ayude? ¿O se siente capaz de hacerlo sola?

—Creo que puedo sola, gracias.

—En ese caso, que aproveche. Si necesita cualquier cosa, pulse el botón azul que tiene al lado de la mano y vendré enseguida.

—Gracias.

La enfermera sale de la habitación y me dispongo a saborear el caldo de pollo que me ha traído. Aunque me cuesta un mundo hacer llegar la cuchara a mi boca, consigo tomármelo casi todo. El calor de la sopa calienta mi cuerpo, y relaja mis músculos tensos. La gelatina no es la mejor que he probado, pero el dulce me sienta tan bien como la sopa. En cuanto termino de comer, me tumbo en la cama y cierro los ojos para dormir un poco, pues el esfuerzo me ha dejado exhausta.

—¡Livy! ¡Oh, Dios mío, Livy! ¿Qué demonios te han hecho?

La voz atormentada de un hombre me hace abrir los ojos. Apenas puedo verle la cara, porque se abalanza sobre mí y me aprieta contra su cuerpo, haciéndome un poco de daño.

—¡Ay! —gimo en su oído.

—¡Dios, lo siento, hermanita! —Me suelta de inmediato—. ¿Quién ha sido el desgraciado que te ha hecho esto? ¡Le mataré! ¡Juro por Dios que le mataré!

Me quedo mirando esos ojos que son idénticos a los míos, de un azul tan intenso como el océano, sin recordarle, sin relacionarle conmigo. El hombre que acaba de abrazarme es alto, con el cabello rubio de punta y una barba perfectamente perfilada en su cara angulosa. Sus ojos están anegados en lágrimas, y sus manos tiemblan fruto de la rabia y la impotencia.

Intento recordar a mi hermano, pero no hay nada en mi memoria, ni un solo recuerdo que me

relacione con él. Las lágrimas corren por mis mejillas sin control, él se asusta y corre a llamar al médico. ¿Por qué no puedo recordarle? Es mi hermano, sangre de mi sangre. Verle no ha removido en mi mente absolutamente nada. Sigo tan perdida como cuando desperté.

La enfermera inyecta algo en la bolsa que tengo unida a la vía y se marcha para dejarnos solos.

—Me ha dicho la doctora que no recuerdas nada.

Mi hermano cierra la puerta y se sienta junto a mí. Niego con la cabeza antes de incorporarme un poco en la cama.

—Sé que tienes mis mismos ojos a pesar de que no me los he visto en un espejo, pero no me resultas familiar. No recuerdo ni mi nombre, ni a qué me dedico, ni siquiera recuerdo el ataque. Lo siento.

—¡Ey! No tienes que sentirlo, Liv, no es culpa tuya. La doctora me ha explicado que la amnesia que sufres es la respuesta de tu cuerpo al trauma. Olvidaste para que no te afecte lo que te pasó. Te llamas Elisabeth Robinson, Livy para tus amigos y Liv para mí, y tienes treinta años. Eres dueña de una pequeña pastelería en el centro de Manhattan. Yo soy Alex, tu hermano, cuatro años mayor que tú. No tenemos más hermanos. Papá y mamá son los dueños del *Ben's*, un restaurante de West Street. Estaban de vacaciones, llegarán mañana.

—Perfecto... les he fastidiado las vacaciones.

—Eso no es cierto. No has sido tú, sino el cabrón que te agredió.

—¿Dónde vivo?

—Tienes un apartamento minúsculo sobre la pastelería, lleno de cachivaches por todas partes. Adoras estar allí, pero te aseguro que mamá no va a dejarte volver a él hasta que se autoconvenza de que estás completamente recuperada. Estás prometida con Dean Mathews, uno de los abogados más respetables del país, que está de viaje de negocios. También llegará mañana. Yo estoy casado. Mi mujer se llama Mary Anne, y es una de tus dos mejores amigas, la otra es Samantha, que trabaja contigo. No sé qué más contarte, Livy.

—Es demasiada información para digerir en tan poco tiempo, Alex. Necesito descansar.

—Por supuesto, cariño, descansa. —Acciona el mando y baja mi cama para que pueda dormir—. Yo estaré aquí mismo.

Mi hermano me acaricia el cabello con ternura y se sienta en el sillón a velar mi descanso. Elisabeth Robinson. Pastelera. Prometida con un buen hombre, y con un hermano y unos padres que se preocupan por mí. Parece que tengo una vida de ensueño, así que no encuentro explicación a que alguien me hiciera daño. ¿Dónde está el inspector Davis? ¿Por qué no me siento segura aunque mi hermano está aquí mismo? ¿Por qué necesito su cercanía para sentirme a salvo? Poco a poco el cansancio me vence, y caigo en un profundo sueño.

Me despierto varias horas después, y el inspector Davis está sentado en el sofá leyendo en una tablet.

—¿Dónde está mi hermano?

—Ha ido a darse una ducha y a descansar un rato. Le dio usted un susto de muerte.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ha tenido una pesadilla. Gritaba como una energúmena, y cuando se ha acercado a despertarla le ha dado un puñetazo. Va a tener el ojo morado una temporada.

—¡Dios, pobre! —digo con un suspiro.

—Nadie se ha parado a decirle lo que le hizo el agresor, ¿no es así?

—No. Sé que me acuchilló por los cortes de mi cara y mi abdomen. Sé que me golpeó por los moretones, e intuyo que me violó.

—Llegó a urgencias con un traumatismo craneo-encefálico debido a un fuerte golpe en la cabeza, cinco puñaladas en pecho y abdomen, la tibia rota, signos evidentes de agresión sexual y un corte sangrante en el rostro debido al cual casi pierde el ojo izquierdo.

—¡Dios mío!

—Los médicos no encontraron restos de semen en su vagina, ni piel debajo de sus uñas, posiblemente porque se las limpiaron cuando la dieron por muerta. No tenemos ninguna pista de quién o quiénes fueron sus agresores.

—Pudo ser cualquiera. Mi mente es un espacio en blanco en el que cualquiera puede escribir lo que se le antoje. ¡Dios, hasta pudo ser mi hermano!

—No fue él. La noche del crimen su hermano se encontraba trabajando. Es guardia de seguridad de una fábrica, y las cámaras de seguridad han demostrado que su hermano no se movió del recinto en toda la noche.

—¿Han investigado a toda mi familia?

—Es nuestra obligación. Nadie es inocente mientras no se demuestre lo contrario.

—Debe creer que soy un monstruo por dudar de mi propio hermano, ¿verdad?

—En absoluto. Lo que creo es que está aterrada. No recuerda nada y le aterra pensar que el asesino sea alguien en quien confiaba. Es normal que tenga dudas, señorita Robinson. Yo también las tengo.

—Soy pastelera.

—Lo sé.

—Hago pasteles. Tengo una pequeña pastelería, y mi casa está justo encima. No tenía que estar en la calle a esas horas de la noche.

—¿Cómo sabe que era de noche?

—Me lo ha dicho usted.

—No, no lo he dicho.

—Sé que era de noche. Sé que andaba deprisa porque sabía que no debía ir sola por la calle a esa hora. Sé que llovía a mares.

—Muy bien... lo está haciendo muy bien... siga así.

Cierro los ojos para acordarme de algo más, pero mi mente vuelve a estar en blanco. Gimo frustrada y golpeo el colchón, pero el inspector sostiene mi mano para que no termine haciéndome daño con la vía.

—Tranquila, no pasa nada. Poco a poco. Ya tenemos un dato, pronto volverá el resto.

—Estaba tan cerca... ¡Maldita sea! ¡Estaba muy cerca!

—Cuanto más frustrada se sienta más tardará en recordar. Debe tranquilizarse.

—¿Cómo cree que puedo tranquilizarme cuando hay un asesino suelto que me ha dado por muerta? ¿Cómo voy a tranquilizarme sabiendo que en cuanto descubra que no me ha matado volverá a intentarlo?

—Lo hará porque yo no permitiré que nadie vuelva a hacerle daño. Tiene mi palabra. Y ahora quiero que vea a alguien que ha estado muy preocupada por usted.

El inspector Davis sale al pasillo y hace entrar a una joven de unos veinte años en la habitación. La miro sin saber quién es, y al verla llorar a lágrima viva me siento un poco incómoda.

—Ella es Margaret Harris, la joven que la encontró.

Le hago señas para que se acerque, y cuando se sienta junto a mí aprieto sus manos entre las mías con fuerza.

—Gracias, Margaret. Jamás podré agradecerte lo suficiente que me hayas salvado.

—Cuando la vi tumbada en la calle pensé que estaba muerta, y me asusté tanto que eché a correr, pero gimió, y... bueno, aunque aún no me he graduado me tomo muy en serio mi trabajo. No sé quién le hizo esto, pero espero que lo encuentren y acabe sus días entre rejas.

—Yo también, Margaret.

—Debo irme, tengo que volver a la facultad.

—Gracias por todo, de verdad.

—Me alegro de que esté bien.

Cuando la muchacha sale de la habitación, las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas fruto de la desesperación. ¿Por qué no me puedo acordar de nada? Mi vida es un caos. Me han violado, golpeado hasta darme por muerta, y nadie sabe quién es el culpable. No hay pistas, ni recuerdos... no hay nada.

A una señal del inspector Davis, una enfermera entra en mi habitación e inyecta un calmante en mi vía, y me quedo dormida con las lágrimas secándose en mi cara. Me despierto varias horas después bajo

la mirada más verde que haya visto en mi vida. Unos preciosos ojos de color musgo bajo unas espesas pestañas negras como la noche que pertenecen a un bombón enfundado en un traje de Armani. Su cabello sedoso es azabache fundido, y sus rasgos los pertenecientes a un Dios griego. Bajo la tela del traje se dibujan unos músculos bien definidos, y su boca carnosa está hablando, pero no le oigo.

—Cariño, ¿me oyes? —pregunta, sacándome de mi ensimismamiento.

—Supongo que eres Dean —digo en un susurro.

—Así que no me recuerdas tampoco. —Suspira y se sienta a mi lado para cogerme la mano—. Me he llevado un susto de muerte creyendo que te había perdido. He venido lo más deprisa que he podido.

—Estoy viva, que no es poco.

—Cierto, pero aún debes recuperarte. Cuidaré de ti, cariño, te lo prometo.

Acerca su boca a la mía para darme un beso suave, apenas un roce de sus labios, pero los míos no le reconocen y se quedan inertes bajo ellos.

—Aún no estás conmigo, puedo sentirlo —susurra con un suspiro.

—Lo siento... Siento no recordarte.

— Volverás. Estoy seguro. Es solo cuestión de tiempo.

—Teníamos fecha para la boda, ¿no es cierto? Lo recuerdo.

—Nos casábamos dentro de tres semanas. Pero no te preocupes por eso. Cancelaré la boda hasta que te recuperes, ¿de acuerdo?

—Gracias, Dean, en serio. Muchas gracias por ser tan comprensivo con todo esto.

—Te quiero, Livy. Sé que has pasado por un trauma espantoso y que tienes que recuperarte. Quiero que cuando digas “Sí, quiero” sea convencida de que es verdad, no porque venga yo a decirte que era así. Ahora descansa, volveré mañana a verte.

—Puedes quedarte, si quieres —digo más por compromiso que por ganas.

—Créeme, me encantaría, pero he venido directamente del aeropuerto. Necesito una ducha y dormir un poco. Y tus padres llegarán en cualquier momento, así que estarás acompañada. Yo me quedaré mañana contigo.

Dean me besa en los labios de nuevo y acaricia con ternura mi mejilla.

—No olvides que te quiero, princesa.

Dicho esto, sale de la habitación y yo me quedo mirando su espalda musculosa. Realmente es el tipo de persona de la que me enamoraría, ¿pero por qué no siento absolutamente nada?

Media hora después llegan mis padres. Mi madre es una mujer bajita, con el pelo plateado recogido en un sencillo moño en la nuca, y una elegancia natural que estoy segura de no haber heredado. Sus ojos son azul verdoso, y su sonrisa es la misma que la de Alex, tan dulce y traviesa a la vez. Mi

padre es bastante alto, casi tanto como el inspector Davis, con los ojos azul intenso y una barba plateada que le da un parecido razonable a Sean Connery. Mi madre tiene los ojos anegados en lágrimas, y me acuna entre sus brazos con cuidado de no hacerme daño. Mi padre se sienta junto a mí y acaricia con ternura mi espalda. Su calor y su cariño me inundan como bálsamo para mis heridas, y casi sin darme cuenta estoy sollozando entre sus brazos, abrazándoles con fuerza.

—¿Qué te han hecho, tesoro? ¿Qué diablos te han hecho? —susurra mi madre.

—Le mataré... Juro por Dios que mataré a ese desgraciado —promete mi padre.

—No recuerdo nada —susurro—. Lo he olvidado todo.

—No te preocupes, mi niña, mamá se ocupará de ti.

—Inspector, ¿hay alguna novedad en el caso? —pregunta a mi padre.

—Me temo que no, señor Robinson. De momento, todo depende de que su hija recupere la memoria. Seguimos investigando a todos sus conocidos, a todo aquel que pueda tener un motivo para hacerle daño a su hija, pero todo apunta que estaba en el lugar adecuado en el momento más inoportuno.

—¿Por qué tuviste que ir sola, Liv? ¿Por qué no cogiste el coche? —pregunta mi madre.

—No lo sé, mamá. No sé por qué salí tan tarde, ni hacia dónde fui. Solo recuerdo que era de noche y corría.

—Está bien, princesa —interrumpe mi padre—. Ahora lo que necesitas es descansar y recuperarte. Nosotros cuidaremos de ti, tesoro.

—¿Pero y el restaurante?

—¿Recuerdas el restaurante? —pregunta mi madre esperanzada.

—No, mamá. Alex me habló de él cuando me visitó ayer.

—El restaurante sobrevivirá sin nosotros, hija —dice mi padre—. Tú eres mucho más importante.

Me tumbo en la cama y mi madre se tumba a mi lado sin dejar de abrazarme. Me quedo dormida en su pecho, sabiendo que mientras ellos estén conmigo nada malo podrá ocurrirme.

Capítulo 2

Después de quince días en el hospital, hoy por fin me voy a casa. Durante estos días han venido a visitarme a diario mis padres y mi hermano, aunque Dean solo se ha pasado un par de veces por el hospital. Mi familia se ha desvivido por hacerme reaccionar, por hacerme recuperar la memoria y por hacerme sentir de nuevo el amor que en su día les profesé, sin éxito.

Día tras día, el inspector Davis se ha pasado por el hospital para ver si algo me hacía recordar la cara de mi agresor. Él es quien mejor me entiende, desde luego. Se limita a sentarse en el sofá con su libro electrónico mientras yo descanso o veo la televisión, sin presionarme, sin intentar que recuerde por la fuerza. Ahora mismo es la persona en la que más confío. No puedo explicar por qué, pero nadie de mi familia me transmite la tranquilidad y la confianza que él me transmite.

Hay días en los que me despierto pensando que mi amnesia es lo mejor que ha podido pasarme, y otros en los que la desesperación me atenaza el estómago y solo quiero recordar. Me paso horas enteras forzando a mi mente a que recuerde, pero lo único que consigo es un dolor de cabeza enorme y una frustración aún mayor.

Hoy vuelvo por fin a mi casa. Hoy estaré a solas con las cosas que más reflejan lo que soy, y quizás así consiga recordar. O esa es la excusa que ha dado la doctora Stevens para deshacerse de mí, porque necesitan la cama para pacientes más enfermos que yo. Mis padres llevan aquí más de una hora esperando el alta, y mi madre está empecinada en que me vaya a su casa a pasar unos días.

—No voy a irme a vuestra casa, mamá, ya te lo he dicho un millón de veces.

—Pero Livy, mi vida, necesitas descansar.

—Mamá, si quiero recuperar la memoria debo volver a mi casa, donde están mis cosas y mis recuerdos. Además, tengo un negocio del que ocuparme, ya lleva demasiado tiempo sin supervisión.

—Samantha lo está haciendo muy bien sin ti —replica ella cruzándose de brazos.

—No te lo discuto, pero yo soy la dueña y debo velar por él, ¿no te parece?

—¡Estás enferma!

—Mamá, tengo amnesia, nada más. Mis heridas se han curado por completo. No tengo más secuelas que unas cuantas cicatrices y la amnesia, que puede curarse perfectamente estando en mi casa. No insistas, porque no pienso hacerlo.

—Déjame al menos que me vaya a pasar unos días contigo. Me preocupa que te quedes sola.

—Mamá, soy mayorcita para cuidarme. Te quiero, y sé que estás preocupada por mí, pero si andas como una gallina detrás de su polluelo, no conseguiré recuperarme por completo.

—Pero, ¿y si el asesino lo intenta de nuevo?

—No va a estar sola. —Es la voz de Dean, que entra en ese momento en la habitación—. Yo estaré con ella.

—Mamá... por favor...

—Está bien, tú ganas —dice suspirando—. No entiendo cómo pude tener una hija tan cabezota.

Mi padre, que ha estado callado hasta el momento, suelta una sonora carcajada.

—Es clavadita a ti, amor mío. Es igual de cabezota que tú. Vámonos, y recuerda que tu hija ya tiene quien se preocupe por ella.

—Adiós, papá. —Bajo la voz a un susurro—. Y gracias.

—No hay de qué, preciosa. Si necesitas algo ya sabes dónde encontrarnos.

En cuanto mis padres salen por la puerta me dejo caer en la cama con un suspiro.

—¡Dios! Intentar hacer entrar en razón a mi madre es agotador.

—Se preocupa por ti, Livy. Es normal que lo haga.

—Sé que lo hace porque está preocupada, y créeme, la entiendo. Pero necesito hacer esto por mi cuenta, porque si no estaré asustada el resto de mi vida.

—¿Podemos irnos ya?

—Aún no, la doctora Stevens tiene que venir a darme el alta y recetarme los medicamentos. Dijo que no tardaría mucho, debe estar al llegar.

El inspector Davis entra por la puerta con su impecable traje de chaqueta y su gesto serio y profesional. No puedo evitar que una sonrisa se escape de mis labios al verle.

—Inspector, por poco ya no me encuentra aquí. Me voy a casa.

—¿En serio? Enhorabuena entonces. A partir de ahora tendré un coche patrulla vigilando en todo momento su casa y su negocio por si el agresor intenta volver a actuar. Pero si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

—¿Podría pedirle un favor? —digo antes de que decida marcharse.

—Por supuesto. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Le importaría inspeccionar personalmente mi casa? No quiero entrar en ella sin que usted se haya asegurado que no hay peligro alguno.

—En absoluto. Me pondré en camino ahora mismo, les veré en la puerta de su casa.

Dicho esto, el inspector se marcha y me percato de que Dean me mira con reproche.

—¿Qué ocurre? —pregunto sin comprender.

—¿En serio, Livy? ¿Acaso no me crees capaz de protegerte?

—¿Cómo dices?

—¿El inspector es más hombre que yo acaso?

—¿Qué? ¡No! Dean, él lleva una pistola y está preparado para cualquier cosa. Tú no. No quiero que haya alguien en la casa y termines herido por mi culpa, eso es todo. ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—Lo siento, lo siento —dice apretándome entre sus brazos—. Todo esto va a acabar con mis nervios, no pienso con claridad.

La doctora entra en ese momento en la habitación con unos papeles en la mano.

—Bien, Elisabeth, puedes volver a casa con tu prometido. Aquí tienes las recetas de los medicamentos que debes tomar estos meses, y el parte de alta. Espero no volver a verte por aquí en el mismo estado en el que llegaste, ten cuidado.

—Descuide, doctora. Lo tendré. Muchas gracias por todo.

—Ha sido un placer.

Dean conduce en silencio hasta mi casa, mi hogar. Estoy nerviosa, lo reconozco. Inconscientemente espero que alguna cosa haga despertar mi memoria, y mi casa es lo que más me acercará a mi realidad, a la vida que llevaba antes de la agresión. Miro a Dean por el rabillo del ojo. Es terriblemente atractivo, pero hay algo en él que me resulta desconcertante, y eso me asusta un poco. No quiero que pase la noche conmigo, al menos no todavía.

—Dean, ¿Te importaría dejarme sola esta noche?

—Cielo, no creo que sea buena idea. Acabas de salir del hospital y no es bueno que estés sola.

—Necesito recuperar la memoria, Dean. Necesito estar sola en mi casa y ver si puedo recordar, y no podré hacerlo contigo revoloteando alrededor.

—No me gusta la idea de dejarte sola, Livy. No es seguro.

—El inspector Davis va a examinar la casa, no voy a salir a ninguna parte, y estoy segura de que mi madre me ha llenado el frigorífico. En cuanto salgas cerraré la puerta con llave y me iré a la cama, y por la mañana bajaré a la pastelería. Estaré bien, Dean, no te preocupes.

Dean suspira y acaricia mi pierna suavemente.

—De acuerdo, pero quiero que me llames si necesitas cualquier cosa, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo.

Aparca el coche frente al escaparate de una pastelería. El toldo es de un suave verde pastel, y en letras color violeta pone el nombre de la pastelería: *Love cupcakes*. El escaparate está repleto de tartas que parecen obras de arte, *cupcakes*, *muffins*, galletitas y *popcakes*. Salgo del coche y Dean se marcha, y yo me quedo mirándolo extasiada unos minutos, sintiéndome bien por primera vez desde que desperté. Mi negocio es exactamente como lo imaginaba, al menos la fachada. Lo recuerdo... Recuerdo mi tienda, y un suspiro escapa de mis labios al hacerlo.

—¿Se encuentra bien?

La voz del inspector Davis me saca de mi ensimismamiento, y el calor de su mano en mi espalda sin aviso me hace dar un respingo.

—Ey, tranquila, solo soy yo —susurra.

—Me ha asustado. Estaba tan ensimismada admirando mi tienda que no le he oído acercarse.

—¿Es como esperaba?

—La recordaba, así que sí, es como esperaba. Recuerdo cómo está decorada, dónde está cada cosa. Recuerdo que miré el escaparate el día que lo decoré y que me sentí satisfecha con el resultado. Recuerdo que estos postres son maquetas hechas con poliespan decoradas con fondant. También recuerdo que solía cambiarlos una vez al mes para que no se quedasen amarillentos o se cubriesen de polvo.

—Son muchos recuerdos de una vez, señorita Robinson. Es un gran avance.

—Livy.

—¿Perdón?

—Llámeme Livy. Es la única persona en la que confío, así que tutéeme, por favor.

—De acuerdo, Livy entonces. La casa está despejada, sus padres estaban aquí cuando llegué. Han cambiado las cerraduras y han instalado una alarma. Aquí tiene las nuevas llaves y el sobre con la clave.

—Muchas gracias, inspector.

—Su madre se ha ocupado de hacerle la compra para toda la semana y prepararle comida para que no tenga que cocinar. La tiene toda en el congelador, solo tiene que sacarla y descongelarla en el horno.

—Se preocupa tanto por mí que puede resultar agotador —digo con una sonrisa.

—Mi madre es igual. No concibe que me mudase a la otra punta del país para llevar a cabo un trabajo que puedo hacer igualmente en Nueva Jersey.

—Resulta estresante, sobre todo cuando no recuerdas nada.

—Recordaré, dese tiempo. Vamos, la acompañaré arriba.

El inspector abre una pequeña verja junto a la pastelería y subimos la escalera en silencio hasta una puerta color crema. Entro en la casa con el inspector Davis a mi espalda, esperando algún indicio de memoria, alguna pista de que empiezo a recordar. El apartamento no encaja conmigo. En absoluto. Muebles antiguos reformados están cubiertos por fotos y figuritas de porcelana. Las ventanas están cubiertas por cortinas de mariposas y en la mesa junto al sofá de los ochenta hay una lámpara de los tiempos de mi abuela. No, no siento que la persona que ha decorado esta casa sea yo.

—No puedo vivir aquí. No pertenezco a este lugar. ¡Esta no puedo ser yo!

—Le aseguro que es su casa, Livy. Lleva viviendo en ella desde que montó la pastelería hace un año.

—Cuando vi la pastelería sentí que era tal y como yo la había imaginado, estaba segura de haber

sido yo quien la decoró. Aquí no me siento así.

—Ha cambiado. Todo esto la está cambiando, es normal que ocurra. Ya no es la misma mujer que vivía en esta casa, porque lo que le ha pasado es terrible y la ha hecho madurar, aunque no logre recordarlo. Si no le gusta, solo tiene que cambiarla, Livy. Venda todo esto y compre muebles nuevos. Es así de simple.

—Gracias, inspector. —Suspiro y me dejo caer en el sofá—. Siempre consigue hacer que los problemas tengan fácil solución. Lo haré... cambiaré todo esto.

—Descanse, lo necesita. Vendré mañana a ver cómo está y si ha recordado algo más.

—Siento hacerle perder el tiempo todos los días, inspector.

—¿Perder el tiempo? Hago mi trabajo, y le aseguro que todos los días obtengo resultados con mis visitas.

—¿En serio? Sigo sin recordar.

—Veamos... Recuerda que la agresión ocurrió de noche, que salió a la calle sin tener por qué, recuerda que llovía, recuerda su negocio. Son bastantes recuerdos, ¿no cree?

—Sí, pero no los suficientes para saber quién es el culpable.

—Cierto, por eso dejaré una patrulla apostada en su puerta noche tras noche. Si el agresor vuelve a intentarlo no lo conseguirá, le doy mi palabra. Y ahora intente descansar. Mañana será un día muy largo.

—Tiene razón. Debo conocer a Samantha y recordar cómo se hacen los pasteles. Debo empezar a vivir de nuevo.

—Buenas noches, Livy.

El inspector cierra la puerta suavemente y me apresuro a cerrar todos los cerrojos que ha puesto mi madre. Compruebo que todas las ventanas estén cerradas, enciendo la alarma y me acuesto en mi enorme cama intentando conciliar un sueño que se niega a aparecer.

Un grito lleno de angustia y desesperación me despierta sobresaltada en mitad de la noche. Me siento en la cama al darme cuenta de que el grito ha salido de mi boca, que estoy empapada en sudor y que mi corazón amenaza con salirse de mi pecho.

—¡Livy! —Es la voz del inspector, que aporrea la puerta—. ¡Maldita sea! ¡Livy, ¿está bien?!

Acabo de entrar en el salón cuando la puerta de la calle se estampa contra la pared, a punto de salirse de sus goznes y haciendo saltar la alarma, y el inspector Davis irrumpe en la habitación, pistola en mano. Me quedo mirándole boquiabierta, intentando taparme un poco más con la bata, y aguantándome las ganas de reír al ver que él se ha quedado tan sorprendido como yo.

—Gritaste y pensé... —Suspira apoyándose las manos en los muslos—. ¡Maldita sea! ¿Por qué demonios tienes que dormir sola?

—Fue una pesadilla. Estaba durmiendo y tuve una pesadilla. Lo siento.

El inspector marca un número de teléfono en su móvil y espera respuesta.

—Davis, todo en orden. Ha sido una falsa alarma.

Tras colgar, observa la puerta descolgada, que no volverá a ser la misma por mucho que él lo intenta, y cierra lo mejor que puede poniendo el sillón de una plaza apoyado contra ella para que no se abra sola.

—Mañana mandaré a alguien que arregle este estropicio. ¿Por qué no se quedó tu prometido a dormir contigo? No deberías estar sola tan pronto.

—Yo se lo pedí.

—¿Que se lo pediste? ¿Por qué?

—No confío en él. Hay algo en él que no termina de gustarme, es como si mi cuerpo le rechazara inconscientemente. Me hace sentir incómoda.

—Está bien, me quedaré contigo esta noche, pero deberías tener a alguien de tu familia cerca por las noches. No puedes estar sola, mucho menos ahora.

—Gracias, inspector, se lo agradezco mucho. Mañana hablaré con mis padres para que se queden conmigo. ¿Le apetece un café? Después de la pesadilla no puedo volver a dormir.

—Solo y con un azucarillo, por favor.

Me dirijo a la cocina para serenarme. El sueño ha dejado mis nervios destrozados, y el inspector también necesita recomponerse después de la que se ha liado. ¿No iba a dejar un coche patrulla? ¿Por qué está aquí?

—John se puso enfermo, así que tuve que sustituirle —dice desde la puerta de la cocina.

—Parece leerme los pensamientos, inspector.

—Pertenezco a la unidad de víctimas especiales, Livy. Trato con muchas mujeres como tú. ¿Recuerdas el sueño?

Precedo al detective hasta el salón y me acomodo en el sofá. Él se sienta a mi lado y da un sorbo a su café, paciente, como siempre.

—Corría por la calle. Alguien me perseguía, alguien muy peligroso. Todo estaba muy oscuro, como si las farolas estuviesen apagadas. Encontré un portal y me escondí detrás del mostrador de conserjería. Intenté dejar de respirar, pero la persona que me perseguía entró en el portal. Se acercaba tan despacio... silbaba. Silbaba una canción que me puso los pelos de punta. Y entonces me desperté.

El inspector Davis permanece en silencio, mirando por la ventana.

—¿Cree que es solo un sueño, inspector? Porque tengo la impresión de que es un recuerdo de lo que pasó aquella noche.

—Caleb.

—¿Perdón?

—Mi nombre es Caleb. Si vamos a tutearnos lo justo es que sepas mi nombre.

—De acuerdo, Caleb. ¿Qué opinas?

—No podemos saberlo. Espero que sea un recuerdo, pero me temo que no podemos saber si es real. En cualquier caso, debemos tenerlo en cuenta. Mañana hablaré con los conserjes de los edificios cercanos al lugar en el que te encontraron. Quizás alguno pueda darnos alguna pista.

Yo permanezco callada, mirando por la ventana sin ver nada en particular. Mi café hace tiempo que se ha enfriado, pero me conforta tener la taza entre mis manos.

—¿Te encuentras bien? Estás muy callada.

—Sí, estoy bien. Es solo que no entiendo nada de todo esto. No entiendo por qué no puedo confiar en nadie, no entiendo por qué no me siento en casa. No entiendo por qué me han hecho esto.

—Es normal que no confíes en nadie, no sabemos quién te agredió ni por qué, pero lo averiguaremos. En cuanto a lo demás... solo tienes que remodelar la casa y ponerla a tu gusto. Seguro que ir de compras te sentará bien.

—Ni siquiera sé si puedo permitírmelo.

—Entonces vende todo esto. Véndelo todo y empieza de cero. Y ahora deberías irte a la cama. Mañana tienes que enfrentarte a tu negocio y a tu amiga, y estoy seguro de que no será nada fácil.

—Tienes razón. Puedes dormir en la otra habitación si quieres. No tienes por qué estar despierto.

—No voy a dormir estando la puerta como está, Liv.

—En ese caso te traeré una almohada y una manta. Al menos podrás tumbarte y estar más cómodo.

Cojo la almohada y el edredón de la habitación de invitados y se las entrego a Caleb.

—Buenas noches, Caleb. Y gracias por quedarte.

—Intenta descansar. Nos vemos por la mañana.

Me despierto después de haber dormido el resto de la noche de un tirón. Nada de pesadillas, ni de miedos. Cuando Caleb está cerca siento que nada puede hacerme daño. Le escucho hablar por teléfono en el salón, posiblemente con la empresa encargada de arreglarme la puerta. Me doy una ducha y me pongo el uniforme de la pastelería, que estaba colgado en mi armario. Al entrar en el salón me encuentro con un desayuno de lo más completo, y a Caleb dando buena cuenta del suyo.

—Buenos días, ¿Has conseguido dormir algo? —pregunta antes de meterse un trozo de beicon en la boca.

—Buenos días. He dormido como un tronco. ¿Y tú?

—No me quedé para dormir, Livy, ya te lo dije. —Sonríe—. Acabo de hablar con la empresa de las puertas. Esta tarde la arreglarán. La factura corre a cargo de la policía.

—No hace falta, me las arreglaré.

—No voy a pagarla de mi bolsillo, son daños colaterales de una investigación, así que deja que se ocupen de ello.

—Muy bien.

Tomo mi desayuno en silencio, y cuando termina el suyo, Caleb mete el plato en el lavavajillas y se pone la chaqueta.

—Tengo que irme. Voy a darme una ducha y a dormir un rato, pero si ocurre algo, lo que sea, llámame.

—Lo haré.

—Hablo en serio. Ya hay un coche patrulla en la puerta, pero...

—Lo prometo.

—Suerte en el trabajo.

—Tengo la sensación de que va a ser un buen día.

Caleb se marcha y me siento a terminar de desayunar. Media hora después estoy frente a la puerta de la pastelería, sin atreverme a entrar. ¿Y si no recuerdo cómo hacerlo? ¿Y si ahora no soy capaz de llevar adelante mi negocio? Las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza. “Sam lo está haciendo muy bien sin ti”. Tiene razón, si no puedo con ello, Sam se encargará.

—Venga, Livy... Vamos allá —susurro antes de abrir la puerta y entrar.

La pastelería es perfecta. No encuentro otra palabra para describirla. A la derecha hay una hilera de mesas blancas de hierro forjado con sus sillas a juego, cubiertas por cojines del mismo tono de verde que el toldo de la entrada, y a la derecha una enorme vitrina en la que se alinean algunos *cupcakes* y algunas galletas. Es evidente que Samantha aún no ha terminado de rellenarla, pues un olor que me resulta muy familiar sale de la cocina, en la que suena la música a todo volumen.

Aparto las cortinas y me adentro en mi santuario, en donde se encuentra mi ayudante, mi amiga, amasando en varias máquinas diferentes masas para los pasteles.

—¿Hola? —digo elevando el volumen para hacerme oír.

Samantha se queda quieta al instante, se da la vuelta a cámara lenta y se lanza a mis brazos con fuerza.

—¡Livy! ¡Oh, Dios mío, Livy! ¡Qué alegría tenerte de vuelta!

No puedo evitar sonreír ante la euforia que demuestra. Se alegra realmente de verme, y su recibimiento me hace sentir la tan cercana... De pronto se separa de mí y mira al suelo, avergonzada.

—Lo siento, sé que no recuerdas nada. Soy Sam, tu mejor amiga... y somos socias. Bueno, realmente tú eres la socia mayoritaria.

—Tranquila, no pasa nada. Siento no recordarte, pero me alegro de que estés aquí. Me siento un poco perdida, así que tendrás que guiarme. Ni siquiera sé si recordaré cómo se hacen las tartas.

—¿Te apetece un café? Yo aún no he tomadonada, y los pasteles tardarán un poco en salir del horno.

—Acabo de desayunar, pero me encantará acompañarte.

Me siento en una de las mesas a la espera de que Sam se prepare su café. Vuelve al cabo de unos minutos con un platito en el que trae dos *cupcakes* pequeñitos adornados con una crema color verde y un trébol de azúcar.

—Toma, prueba uno a ver qué te parecen. Los he hecho para el día de San Patricio, ya sabes que faltan apenas un par de semanas, y como no estabas...

El pastelito se derrite en mi boca dejándome un sabor dulce y fresco que me hace gemir.

—¿Te gusta? —pregunta Sam con una sonrisa.

—¡Dios mío, está delicioso!

—Es bizcocho de chocolate relleno y cubierto de *frosting* de menta.

—Te has superado, es... perfecto, Sam. Podemos añadirlo a la colección cuando pase el día de San Patricio. Seguro que a la gente le encanta.

—¿Tú crees?

—¡Sí! A mí me encanta, Sam. Podemos hacer también varias tartas pequeñas del mismo sabor, y adornarlas con un duendecillo de azúcar.

—No lo has olvidado, Livy.

—¿Cómo dices?

—Sigues siendo tú. En cuanto te pongas frente a la cocina, todo fluirá solo, ya lo verás.

—Eso espero, o tendrás que encargarte tú sola de todo.

Entramos en la cocina cogidas del brazo, y me coloco en mi puesto de trabajo, donde tengo todos los productos ordenados minuciosamente. Cojo un cuenco y me preparo para hacer *cupcakes*, pero mi mente está en blanco. Alargo la mano hacia los ingredientes una y otra vez, sin recordar las cantidades exactas, y termino dándome la vuelta y saliendo de la cocina.

—Livy, ¿qué ocurre? —pregunta Sam saliendo tras de mí.

—No puedo hacerlo... No me acuerdo de nada. Ni de los ingredientes, ni de las cantidades...

—¡Claro que puedes, Livy! Tómate tu tiempo.

—No... no puedo. Lo siento, ocúpate tú.

Intento salir de la pastelería con los ojos llenos de lágrimas, pero Samantha me agarra del brazo y me mira con ternura.

—Vuelve a intentarlo, Liv. Pero esta vez, a mi manera.

Me lleva a la cocina casi a rastras y me sitúa frente a mi puesto de trabajo. Enciende su

reproductor de música, y suena una canción muy animada. No la conozco, o al menos no la recuerdo, pero me hace sonreír. Ella comienza a moverse al ritmo de la música, y me anima a imitarla. Antes de darme cuenta me encuentro mezclando los ingredientes de mis pasteles cantando a pleno pulmón. ¡Lo he conseguido! He conseguido recordar cómo se hace el *Red Velvet*, un pastelito delicioso y de los más complicados.

—¿Lo ves? —susurra Sam cuando estamos admirando nuestro mostrador— Solo hacía falta un estímulo para que todo volviese a tu memoria.

—Gracias, Sammy. De verdad.

Ella sonríe y abrillanta una vez más el cristal de la vitrina.

—Me has llamado Sammy. Solo tú me llamas así.

—¿En serio?

—Poco a poco, Liv. Todo volverá poco a poco.

—Eso es lo que me preocupa. No quiero recordar a mi agresor demasiado tarde.

Capítulo 3

Tras una jornada de lo más productiva en la pastelería, me dispongo a sentarme un minuto antes de ponernos a limpiar. Tengo que reconocer que aunque hace casi un mes de la agresión y que me han dado el alta, aún me canso con facilidad. La puerta de la pastelería se abre dejando paso a Caleb, que está impecable, como siempre, con su traje de chaqueta marrón y su camisa color crema. Hoy no lleva corbata, cosa que me sorprende, porque siempre es de lo más profesional.

—Buenas tardes, Livy. ¿Qué tal el día? —pregunta con una sonrisa, sentándose frente a mí.

—La verdad es que ha ido muy bien. Realmente bien, de hecho, pero estoy muy cansada. ¿Te apetece un café?

—Gracias.

Sam aparece en ese momento por la puerta de la cocina con la cara manchada de harina y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Inspector Davis! ¡Qué alegría volver a verle! ¿Va todo bien?

—Sí, solo es una visita rutinaria.

—Sammy, por favor, sírvele un café al inspector —interrumpo su perorata, porque sé que se va a poner a parlotear como hace siempre.

—Claro, en seguida.

—¿Y bien? —pregunta Caleb.

Se ha convertido en un ritual desde la agresión. Caleb hace esa pregunta con una ceja arqueada y yo niego con la cabeza, un ritual muy frustrante para los dos.

—He recordado cómo hacer *cupcakes*. He recordado cómo decorarlos, e incluso que Sammy habla por los codos cuando no debe, pero nada relacionado a la agresión.

—Al menos no dejarás a media ciudad sin probar tus deliciosos pastelitos. —Sé que lo hace para animarme, así que sonrío.

Cinco minutos después aparece Sammy con un platito rectangular en el que ha colocado la taza de café y un *cupcake* en miniatura.

—Aquí tiene, inspector. El pastelito lo ha hecho Livy, a ver qué opina de su memoria.

El inspector Davis saborea el dulce antes de beberse el café en un par de sorbos.

—Delicioso, desde luego. Me llevaré media docena de *cupcakes* surtidos para mi chica, seguro que le gustarán.

—Ahora mismo se los preparo.

Escuchar que Caleb está saliendo con alguien remueve algo extraño dentro de mi estómago, pero lo achaco a que se hemos estado pasando mucho tiempo juntos y le he tomado aprecio. Sam vuelve a perderse por las puertas de la cocina y el inspector se queda mirándome muy fijamente, tanto que me empieza a poner nerviosa.

—¿Ha tenido noticias de su familia?

—¡Dios! ¡No paran de acosarme! Mi madre me ha llamado esta mañana. Mi hermano ha aparecido por aquí a mediodía, y me ha explicado el motivo por el que mi cuñada aún no ha aparecido por aquí. Y hace cuestión de una hora me llamó mi padre para saber si tenía algo para cenar.

—Se preocupan por usted.

—Lo sé, pero... ¡No les recuerdo! Necesito un poco de espacio para recuperarme, no me hacen ningún bien atosigándome de esa manera. Sin embargo...

—¿Sin embargo qué?

—Mi prometido no ha dado señales de vida. Ni una llamada, ni un mensaje... nada. Necesito espacio, pero...

—Le echa de menos.

—No, no es eso. Los sentimientos que tenía por él han desaparecido con mi memoria, y lo sabe. Pero tendría que intentar que volviese a quererle, ¿no? Tendría que estar apoyándome en todo momento, no desaparecido en combate.

—Es uno de los mejores abogados del país, estará muy ocupado.

—Son casi las seis de la tarde. ¿No ha tenido tiempo en todo el día para mandarme ni un solo mensaje? Además, no sé por qué, pero no me fío de él. De él menos que del resto.

—Le estamos investigando, Livy. Si oculta algo lo descubriremos.

—Gracias.

—¿Quién se va a quedar con usted por fin esta noche?

—Se lo he pedido a Sam.

—¿Qué tal todo con ella?

—¿Te parecería muy raro que sea la única persona que me ha hecho sentir en casa desde que desperté?

—Es tu mejor amiga y trabaja contigo. Es normal.

—En todo el día no me he sentido un bicho raro, no he pensado en mi maldita memoria ni una sola vez. Me he divertido. Me he divertido muchísimo, y todo gracias a ella.

—Confías en ella, entonces.

—Es en quien más confío después de ti.

—Un gran paso, Livy. Un paso enorme.

En ese momento aparece Samantha con una caja perfectamente envuelta.

—Aquí tiene, inspector. Invita la casa. Yo debo irme ya, tengo que coger algunas cosas para quedarme con Livy. ¿Te importa cerrar por mí, Liv?

—En absoluto.

—Yo también debería irme. —Caleb se levanta de la silla, pero le sostengo el brazo.

—¿Te importaría acompañarme arriba? No me siento aún segura.

—Cambiaron las cerraduras, Livy. Tu casa es segura. Pero te acompañaré y revisaré todas las habitaciones para que te quedes tranquila, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, Caleb. Sé que estoy siendo una víctima insoportable, y te agradezco todo lo que haces por mí.

—No estoy aquí solo porque seas una víctima, empiezas a caerme bien —bromea.

—¡Vaya, gracias! Tú también me caes bien.

Subimos las escaleras como la noche anterior, yo a su espalda. Cuando llegamos a la puerta, un ruido sordo dentro de mi casa hace que Caleb me esconda en un rincón y saque su pistola.

—No te muevas —susurra.

El giro de la llave en la cerradura se convierte en un sonido tétrico, demasiado tenebroso para mis nervios, y me encojo en el rincón mientras Caleb entra silencioso en mi casa. Los minutos parecen horas, la sangre corre por mis venas a toda velocidad, y el miedo recorre mi espalda con un escalofrío.

—¡Maldita sea, Mathews! ¡¿Es que quieres matarla de un susto?!

El apellido de mi prometido me saca del pánico, y entro en mi casa para descubrir al inspector enfundando su arma y a Dean en delantal frente a mi cocina.

—¡Quería sorprenderla! He estado muy ocupado durante todo el día y pensé que sería buena idea.

—¡Acaban de intentar asesinarla, por amor de Dios! ¡Si no llego a venir a hacer mi ronda habría salido despavorida!

—Lo siento, mi amor —dice Dean acercándose a mí—. Solo quería hacerte la cena. —Me rodea por la cintura—. Quería que pasáramos la noche juntos, cenar en la alfombra y recuperar el tiempo perdido. —Intenta besarme, pero esquivo su avance.

—Está bien, no pasa nada —respondo—, pero avísame la próxima vez. El inspector tiene razón, Dean. Si llego a estar sola habría muerto de un infarto. Voy a llamar a Sam par a decirle que no venga.

—Bien, entonces yo me voy —dice Caleb—. Que aproveche.

—Espere inspector —digo agarrándole de nuevo del brazo—. ¿Por qué no se queda a cenar con

nosotros?

—Pero cariño... —Silencio la protesta de Dean con un dedo.

—No creo que sea buena idea... —Caleb parece incómodo, y no se lo reprocho.

—Ha estado preocupándose por mí todo este tiempo, y queremos compensarle por ello. Hay suficiente comida para todos, y...

—No, no la hay —interrumpe Dean.

—Y si no pediremos unas pizzas.

Si las miradas mataran, mi prometido estaría ahora mismo fulminado sobre la alfombra. No quiero pasar la noche con él, no quiero acostarme con él, que es lo que busca. Caleb debe ver la súplica en mis ojos, porque tras un suspiro asiente y se deshace de su chaqueta. Entro en mi habitación para llamar a Sam, que se sorprende al enterarse de que Dean está en mi casa, y vuelvo al salón a pasar el mal trago.

Dean tiene razón al decir que con lo que ha preparado de cena no hay para los tres. No confiaría ni siquiera en que hubiese para los dos, de hecho, así que encargo unas pizzas y preparo unos aperitivos mientras esperamos. El ambiente está tan tenso que podría cortarse con un cuchillo. Mis intentos de amenizar la velada son destruidos por las contestaciones a la defensiva de Dean, mientras Caleb nos mira por encima del borde de su copa de vino claramente divertido. Nunca en mi vida he agradecido tanto que suene el timbre, o al menos eso creo.

—Dean, ¿puedes ir a abrir la puerta, por favor? —digo con voz edulcorada— Deben ser las pizzas.

Cuando nos quedamos solos, Caleb abandona su postura despreocupada en el sofá y se acerca a mí apoyando los codos en sus rodillas.

—¿En serio estabas enamorada de él? —susurra divertido.

—Eso dice todo el mundo —digo con un suspiro.

—Está demasiado a la defensiva. Creo que se siente intimidado por mí.

Su afirmación me deja con la boca abierta, y Caleb suelta una carcajada. Dean llega en ese momento con las pizzas, y arruga el ceño al ver cómo le pego a Caleb con un cojín.

—Si habéis dejado de comportaros como niños, la cena ya está aquí.

No sentamos a la mesa en completo silencio. Se acabó, si él no quiere colaborar es su problema, no pienso hacer de intermediaria entre los dos.

—Me has dicho que tu hermano te ha explicado por qué no ha venido a visitarte tu cuñada. —La voz de Caleb me hace levantar la cabeza.

—Así es. Está embarazada, pero su embarazo es de riesgo, así que debe estar en reposo absoluto. Quiero ir a verla, pero hay algo que me retiene de hacerlo.

—Es tan simple como montarte en el coche e ir a casa de tu hermano —protesta Dean.

—Te entiendo —sonríe Caleb—. Aún no estás preparada.

—¿Preparada para qué? Es tu cuñada, debes ir a verla —vuelve a decir Dean.

La postura de Dean está empezando a enfadarme.

—Acabo de sufrir una agresión por la que no recuerdo ni quién soy. No conozco a nadie, y cada persona que formaba parte de mi vida me trata con una confianza que me resulta muy incómoda.

—¿Incluso yo? ¿Te resulta incómoda la forma en la que te trato?

—Aún no me siento cómoda contigo, Dean, eso es todo.

—¿Acaso no confías en mí? —El tono de voz de Dean ha subido más de la cuenta—. ¿Por eso no quieres acostarte conmigo? ¿Porque no confías en mí?

—No creo que esta conversación sea para tenerla frente al inspector Davis... —Mis nervios se tensan, y aprieto los dedos en el borde de la mesa con fuerza.

—Contesta, Livy —dice Dean con tono amenazante.

—Si insistes, te lo diré. No quiero acostarme contigo porque no te recuerdo, porque no hay en mí ni un ápice del amor que se supone que te tenía. No quiero acostarme contigo porque en vez de intentar que ese amor renazca, desapareces a la primera de cambio. No lo has hecho solo esta vez, durante mi estancia en el hospital lo has hecho muchas veces. Y no, no confío en ti, no confío en nadie.

La habitación se queda en completo silencio. Dean me mira con los ojos abiertos como platos, paralizado de la impresión, y yo me siento avergonzada por el espectáculo que acabo de dar.

—Creo que debería irme —dice Caleb levantándose.

—Tranquilo, soy yo quien se va. —Dean tira la servilleta en la mesa y se levanta—. Todo ha quedado claro como el agua.

—¿Cómo te sentirías tú, Dean? —grito frustrada— ¿Cómo te sentirías si no recordases nada de tu vida y una decena de extraños te dijese que son tu familia?

—No quiero hablar de esto.

—¡Pues yo sí! ¡Ponte por un segundo en mi lugar! Dices que eres mi prometido, que me quieres y quieres casarte conmigo, ¡pero no me apoyas!

Dean suspira y mira al suelo un segundo antes de coger su chaqueta y abrir la puerta de la calle.

—Hablares mañana.

El portazo resuena en mi cabeza. Me dejo caer en la silla suspirando y con ganas de gritar de frustración. Ni siquiera me acuerdo de que Caleb está en la habitación hasta que me aprieta el hombro.

—¿Te encuentras bien?

—No, no estoy bien. Me siento frustrada, me siento...

—Tranquila, lo entiendo. Es normal que estés confundida, Livy. No te sientas culpable.

—No me siento culpable. No entiendo cómo ha podido pensar que iba a acostarme con él cuando sabe que no recuerdo mis sentimientos... Es increíble.

—Intenta descansar, ¿de acuerdo? Llama a Sam y cuéntale lo que ha ocurrido, seguro que no le importa venir a dormir contigo.

—Necesito estar sola. Sé que no debería, pero necesito estar sola.

—Cierra la puerta entonces y vete a dormir.

Se da la vuelta para marcharse, pero en el último momento se para en la puerta a mirarme.

—Nadie dijo que la recuperación fuese fácil, Liv. Pero nada de todo esto es culpa tuya, no debes sentirte culpable.

—Tus *cupcakes* están en la nevera.

—Gracias por la cena.

Asiento y le veo marcharse a él también. ¿Por qué un día que había ido de maravilla se ha convertido en una auténtica pesadilla?

Me despierto de madrugada con un dolor de cabeza impresionante. Creo que la tensión de la cena no me ha sentado nada bien. Me tomo un analgésico con un vaso de leche y me dispongo a volver a la cama, pero un golpe en la puerta me sorprende, y mucho más ver allí a Caleb.

—¡Caleb! ¿Qué haces aquí? Son las dos de la madrugada.

—¿Cómo estás? —dice entrando en el piso.

—Bien, con dolor de cabeza, pero bien. ¿He vuelto a gritar en sueños?

—Livy...

Caleb se acerca y me coge de las manos. Algo va mal, muy mal. Lo presiento.

—¿Qué pasa? Caleb, dime qué demonios pasa.

—Han entrado en la pastelería. El policía que aposté en la puerta se confió y fue al Starbucks por un café, lo siento mucho.

—Vamos —digo cogiendo mi chaqueta.

—No... Es mejor que no lo veas.

—Ha sido él, ¿verdad? Ha sido mi agresor.

—Elisabeth...

—¡Dímelo, maldita sea! ¿Ha sido él?

Caleb asiente y me siento en el sofá para no caerme de bruces. Me siento mareada, tengo ganas de vomitar. Caleb se sienta a mi lado y me pasa el brazo por los hombros en un vano intento por calmarme.

—Fue hace apenas una hora. Los de la empresa de alarmas nos han avisado de que habían desactivado la alarma a deshoras.

—Debo verlo, Caleb. Debo ver qué ha hecho ese desgraciado.

—Está bien, pero primero hablaremos, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza y Caleb va a la cocina a prepararme una tila para calmar mis nervios. Ni siquiera me había percatado de que estaba temblando, pero al intentar coger la taza casi tiro todo su contenido.

—El agresor no ha forzado la cerradura, conocía la clave. No ha destrozado nada, absolutamente nada. Un poco de pintura en la pared arreglará el problema.

—¿Qué ha escrito?

—Una amenaza. Ha escrito una amenaza. ¿Escuchaste algún ruido extraño?

—No, en cuanto os marchasteis recogí la mesa y me fui a la cama. He dormido hasta ahora. Por favor, Caleb, ¿podemos bajar ya?

—De acuerdo, bajaremos. Pero mi equipo está buscando pruebas, así que no puedes tocar nada, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, me estaré quieta.

Cada paso que doy hacia la pastelería hace que mi cuerpo tiemble más y más. Estoy aterrada, desde luego. Porque el asesino sabe que estoy viva, porque puede volver a intentarlo. Pero también porque puedo recordarlo todo, y tengo la sensación de que hacerlo no me va a gustar en absoluto.

Caleb me saca de mis cavilaciones apretando mi mano, que sin darme cuenta le ha agarrado fuertemente de la manga de la camisa. Sus ojos están clavados en los míos, así que asiento y abre la puerta de la pastelería para dejarme entrar. Una docena de agentes están recopilando pruebas por todas partes. Todo está tal y como lo dejé anoche: las vitrinas intactas, las sillas sobre las mesas, el paño de cocina sobre el mostrador. Todo está como anoche, salvo la pared en la que antes había una enorme pizarra en donde teníamos puestos los precios y sabores de los diferentes dulces. Allí, sobre el blanco inmaculado de la pared, unas letras enormes pintadas en sangre dibujan un mensaje dirigido a mí.

Estás perdida en tu memoria. Volveré a por ti, y esta vez te mataré.

Un sudor frío recorre mi espalda. Lo sabe, lo sabe todo. Sabe que no estoy muerta y que su agresión me ha dejado sin recuerdos.

—No es sangre, es pintura —dice el inspector.

—Dios mío... Tiene poder sobre mí. —El susurro sale de mis labios como un lamento atormentado.

—Escúchame bien, Livy. —Caleb me coge por los antebrazos y me obliga a mirarle—. Aún no sabemos si es el agresor o alguien que está utilizándolo para asustarte. Le atraparé, te lo juro. No voy a dejar que se acerque a ti. A partir de ahora me convertiré en tu sombra, no irás a ninguna parte sin que yo

lo sepa.

—No creo que a tu novia le haga mucha gracia —comento como si nada.

—Mi novia sabe que este es mi trabajo. Sabe que me dedico a salvar mujeres, está acostumbrada.

—En ese caso de acuerdo.

—No estaba pidiéndote permiso, Elisabeth.

En ese momento Dean entra por la puerta de la pastelería con cara de preocupación. Se acerca a mí como una exhalación, me aprieta contra su pecho y no puedo evitar ponerme a llorar.

—Cariño, ¿estás bien? ¡Dios! Cuando el inspector me ha llamado... Casi muero de preocupación.

—Estoy bien, lo siento —digo apartándome de su pecho—. Dean, siento lo de antes. No quería ser tan brusca y...

—No, Livy. No debí presionarte. Has pasado por un trauma muy grave y en vez de apoyarte te presioné. Lo siento, te prometo que no volverá a pasar.

—Gracias, Dean, de verdad.

—Pero esta noche me quedaré contigo. No voy a dejarte sola.

—No estará sola —interrumpe Caleb—. Es una testigo protegida, así que un agente se quedará con ella.

—Soy lo bastante fuerte como para protegerla, inspector, no necesitamos ningún agente. Gracias por el ofrecimiento, pero...

—No me fio de usted. Ahora mismo es el principal sospechoso.

—¿Yo? ¿En serio? ¡¿Por qué?!

—Estuve presente en la discusión de antes, ¿recuerda? Es un motivo más que suficiente para asustar a Elisabeth.

—¿En serio me cree capaz de semejante barbaridad?

—No le conozco, señor Mathews. No le conozco en absoluto. Le estoy investigando, que no le quepa la menor duda de eso.

—Soy inocente hasta que no se demuestre lo contrario, inspector Davis, así que esta noche me quedaré en casa de mi prometida tanto si le gusta como si no.

—Muy bien, entonces en vez de un agente me quedaré yo.

—No puede...

—¡Oh, créame! Sí que puedo. —Saca su placa—. Esta placa me permite hacerlo, Mathews, así que si no le importa, la señorita Robinson tiene que descansar.

Observo a Caleb dar órdenes sin quitar su mano de mi espalda, sin dejarme sola ni un solo instante. No me había percatado de lo sexy y varonil que es... o quizás me estoy volviendo loca. ¿Pero en

qué demonios estoy pensando, por amor de Dios? ¡Él tiene novia y yo estoy prometida!

Salgo de mis cavilaciones cuando me precede hasta la puerta de salida. Echo un último vistazo al mensaje sangriento que pende sobre mi cabeza como el hacha de un verdugo. Mi asesino está ahí fuera, en alguna parte, acechando, vigilando, preparándose para volver a atacarme. Tengo que ser fuerte. Tengo que recordar.

—¿Lista? —La voz de Dean me devuelve a la realidad.

—Vámonos de aquí.

Caleb nos precede por las escaleras y volvemos a mi casa. Dean suelta la chaqueta en el sofá y va a preparar café.

—¿Cómo lo quiere, inspector? Ya que vamos a tener que soportarnos podemos ser civilizados.

—Solo y con un azucarillo, por favor.

Me marcho a mi cuarto a cambiarme y me pongo un pantalón deportivo y una camiseta para estar más cómoda. No podré dormir, así que me resignaré a evitar que los dos hombres que hay en mi casa no se maten entre sí. Mañana tendré que avisar a Sam para que no se asuste al llegar a la pastelería, porque si la llamo ahora soy capaz de matarla de un susto.

Cuando vuelvo al salón, ambos hombres están sentados, cada uno en un sillón, bebiendo café en silencio. Caleb repasando unos informes, Dean mirando las noticias. Me siento en el sillón de una plaza que queda libre y cojo mi taza de café con leche. El líquido caliente caldea mis huesos helados, y no puedo evitar suspirar y dejar caer la cabeza en el respaldo.

—Deberías irte a descansar —dice Caleb sin levantar la cabeza de su informe.

—No podría dormir. No después de lo que ha pasado.

—Mañana te llevaré a ver a la doctora Stevens para que te recete algo para dormir —interviene Dean.

—No, Dean. No quiero tomar pastillas. Después te acostumbras a ellas y terminas por no poder pegar ojo si no las tomas.

—En esta ocasión tengo que estar de acuerdo con tu prometido —me sorprende diciendo Caleb—. Necesitas descansar.

—Lo haré, pero no hoy. Antes de que llamas a mi puerta estaba durmiendo perfectamente, ¿sabes?

—¿Te sigue doliendo la cabeza? —pregunta el inspector.

—No, no me duele la cabeza. Ahora estoy preocupada.

—Nena, vámonos a la cama —dice Dean—. Solo me acostaré junto a ti hasta que te duermas.

—Dean, si estás cansado vete tú a dormir, en serio. Mañana tienes que trabajar, ve a descansar.

—Pero me he quedado para estar contigo, nena.

—Y estarás conmigo... durmiendo en la habitación de al lado. Vamos, intentaré leer un rato para conseguir que me entre sueño y en un rato estaré contigo.

—¿Estás segura? Porque tienes razón, mañana tengo un juicio muy importante y...

—Vamos, vete.

Dean se acerca a mí y me besa en los labios, pero no como lo ha hecho otras veces. Este beso destila posesión, está marcando el territorio. Sus labios casi magullan los míos en su intento de apoderarse de ellos, pero decido no quejarme para no dejarle otra vez en evidencia delante de Caleb. Me dan ganas de reír ante el comportamiento infantil del abogado más prestigioso del país, pero le sigo el juego y le dejo hacer un poco más.

—Buenas noches, cariño —susurra a unos centímetros de mis labios.

—Buenas noches.

—Te quiero, no lo olvides.

Dean desaparece por la puerta de mi dormitorio y la cierra a sus espaldas, dejándome a solas con Caleb, que ha permanecido pendiente de sus informes durante la pataleta de Dean, pero que no ha podido evitar reírse.

—Déjalo, Caleb, ¿quieres?

—No estoy haciendo nada —dice sin mirarme.

—Te estás riendo.

—En absoluto.

—Reconócelo...

—Solo le ha faltado decir: “Yo Tarzán, tú Jane”.

—¡Cállate! —La risa burbujea en mi garganta—. Seguro que tú eres igual con tu novia.

—Te equivocas. No lo soy en absoluto.

—Permíteme dudarlo.

—Te aseguro que soy un hombre adulto y completamente racional. No voy por ahí marcando el territorio como si fuese un hombre de las cavernas.

Recojo las tazas de la mesa y las meto en el lavavajillas. Cuando vuelvo al salón, apago el televisor, arranco los dichosos informes de las manos de Caleb y me siento a su lado.

—Cuéntame algo de ti —le digo.

—¿Y ese interés repentino? No hay mucho que saber.

—Pasamos muchas horas juntos, y solo sé que te llamas Caleb y que trabajas en la policía. Además, me aburro.

—Pues vete a la cama. Seguro que Tarzán tiene muchas ideas para entretenerte.

—¿Puedes dejarlo? Ya ha sido bastante bochornoso sin que tú te rías de mí.

—No me río de ti, sino de él.

—Caleb...

—Está bien —dice con un suspiro—. ¿Qué quieres saber?

—No sé... háblame de tu familia.

—Soy de Winfield, un pequeño municipio de Nueva Jersey. Tengo dos hermanos menores, Meredith y Mike. Ambos están casados, Mer vive en California y está esperando un bebé, y mi hermano es el jefe de policía del pueblo. Mi padre también era policía, de ahí nuestra vocación, y mi madre se dedica a dar clases de *patchwork* a mujeres de su edad.

—La típica familia norteamericana —digo sonriendo.

—Algo así.

Me quedo mirándole un segundo a los ojos, esos ojos que vistos de cerca tienen motitas verdes entre el caramelo. Estamos sentados cerca, muy cerca el uno del otro. El silencio nos rodea, un silencio roto solo por los latidos de mi corazón, que de pronto se han acelerado. Caleb continúa observándome sentado cómodamente junto a mí, sin moverse, sin decir ni una palabra. Su respiración se ha acelerado, lo noto en las arrugas de su camisa. ¿Cuándo se ha quedado en mangas de camisa? Un par de botones desabrochados dejan al descubierto el bello de su pecho, y siento unas ganas irrefrenables de alargar mi mano y enterrar los dedos en él.

Caleb se pasa la lengua por los labios en un intento de humedecerlos. Yo siento los míos tan secos de repente... Me acerco lenta, muy lentamente atraída por el movimiento de su lengua sobre esos labios rosados y carnosos como frutas maduras. Su boca está a solo unos centímetros de los míos, sus labios se entreabren buscando aire, o preparándose para encontrarse con los míos. Su aliento se entremezcla con el mío un solo segundo, sus ojos están fijos en los míos, mira mi boca un instante. Va a besarme, sé que va a besarme... Pero él se inclina hacia la mesa y coge de nuevo el informe, sacándonos de ese momento tan mágico... y evitando que cometa un error.

—Deberías irte a la cama, es muy tarde.

—No quiero dormir con Dean.

—Pues duerme en la otra habitación, Livy. No tienes que dormir con él si no quieres.

—Tienes razón. Buenas noches.

—Buenas noches.

Casi corro por el pasillo hasta la habitación de invitados, echo el cerrojo y me dejo caer por la puerta hasta el suelo, con el pulso disparado. ¿Qué acaba de pasar en el salón?

Capítulo 4

Me despierto con el sonido de mi móvil, que está enterrado entre las mantas. ¿Qué hora es? Me siento en la cama y miro la pantalla para ver que es Sam quien llama. ¡Mierda! No la avisé de lo que ha ocurrido y ahora estará aterrada viendo el horrible mural que han dejado en la pastelería.

—Hola, Sam. Tranquila, está todo...

—Buenos días, Livy. Lo sé, el inspector Davis me llamó hace una hora para decirme lo que podía encontrarme, no te preocupes. Te llamo por otro motivo.

—Ah, bien. Pues dime. —Estoy gratamente sorprendida, Caleb está en todo.

—Verás, como la pizarra ha desaparecido, he pensado en comprar otra, pero no recuerdo dónde la compraste, así que...

—La compré en *Essentia*, en First Avenue. Abren a las diez, así que aún es pronto.

—¡Livy! ¡Te has acordado!

—¡Pues claro que me he acordado! La compré yo.

Me paro en seco un segundo al darme cuenta de que acabo de recordar otra cosa más de mi pasado sin esfuerzo. Cierro los ojos para intentar recordar algo más, pero el recuerdo solo se limita a la compra de la pizarra de la pastelería.

—Sammy... ¡Me he acordado!

—Muy bien, Liv. ¿Recuerdas algo más?

—No... solo eso. —Un suspiro sale de forma involuntaria de mi boca.

—No pasa nada, en serio. Vas recordando poco a poco.

—¿Y si recuerdo demasiado tarde, Sam? ¿Y si recuerdo al asesino cuando ya no se pueda hacer nada para detenerlo?

—¿Pero te estás oyendo? ¡Tienes al inspector Davis cuidando de ti! Que por cierto, menudo bombón es el inspector...

—¡Cállate! —Sam siempre sabe cómo hacerme reír.

—¡Es en serio, Liv! ¿Sabes la suerte que tienes? Riggs, el agente que está en la pastelería, no tiene ese cuerpazo. ¡Recréate la vista, mujer, tú que puedes hacerlo!

—Tiene novia, Sam. Déjalo ya.

—¡Y tú estás prometida! No te digo que hagas nada, solo que disfrutes de las vistas cuando esté a

tu alrededor.

—Voy a colgar, eres una degenerada.

—Estoy soltera y llevo demasiado tiempo sin un hombre a mi alrededor. Tengo excusa.

—Nos vemos en la pastelería.

—De acuerdo, de acuerdo. Voy a comprar la pizarra.

Dejo el móvil en la mesita de noche con una sonrisa en los labios y me encamino a mi habitación para cambiarme, pensando en cómo esquivar a Dean, pero respiro aliviada al ver que ya no está en la cama. Corro al armario a por una muda limpia y me meto en la ducha. Disfruto del agua caliente un buen rato, sin prisas, porque al fin y al cabo hoy no podremos abrir. Tendré que ir a comprar pintura para tapar el mensaje de la pared, y estoy pensando aprovechar y cambiar el color de las paredes de toda la pastelería.

Cuando entro en el salón, Caleb está leyendo el periódico sentado tranquilamente en el sofá. Estoy muy nerviosa, lo que pasó anoche no fue producto de mi imaginación, y la situación me resulta un tanto violenta, pero Caleb levanta la vista y sonrío como si no hubiera pasado nada.

—Buenos días, Livy. Hay café recién hecho y donuts en esa caja de ahí.

—Buenos días, y gracias.

—¿Has conseguido dormir algo? —pregunta sin apartar su mirada de mí.

—Me ha costado, pero sí, he dormido algo.

—No tengas prisa, desayuna tranquila. Samantha se está ocupando de todo en la pastelería.

—Lo sé, acabo de hablar con ella. ¿Dónde está Dean?

—Dijo algo de un juicio muy importante y se fue hace un par de horas. También dijo que te llamará en cuanto termine para saber cómo estás. Y que te quiere. Creo que esto último lo dijo más por mí que por ti, pero...

—No empieces, Caleb. Deja en paz al pobre hombre.

—Ese pobre hombre es sospechoso de lo que pasó ayer, no lo olvides. Pero tienes razón, me parece absurdo e infantil su comportamiento, y me divierto enormemente sacándole de sus casillas.

—Creo que ya puedes marcharte. Es de día, y estaré con Sam, así que...

—No lo entiendes, ¿verdad? —Se apoya en la encimera de la cocina—. Eres una testigo protegida. No estoy aquí por gusto, sino porque es mi obligación protegerte. No sabemos absolutamente nada del agresor, ni siquiera si es el mismo que pintó las paredes anoche, porque no había pruebas en el lugar del crimen ni en la pastelería. Vas a tener que acostumbrarte a tenerme cerca, Liv, porque no pienso irme a ninguna parte.

—No sé cómo tu novia lo aguanta.

—Mi novia me conoció siendo lo que soy, sabía de qué va mi trabajo cuando empezamos a salir.

Deja de preocuparte por ella.

Un cuarto de hora después bajamos hacia la pastelería. Un hombre atractivo de unos treinta y tantos años, con el cabello castaño y los ojos azules, se está limpiando las manos en un paño y sonrío al vernos.

—Buenos días, señorita Robinson. Inspector, hice lo que me ordenó.

—Estupendo, Riggs, gracias.

Levanto la vista para descubrir que el mural maldito ha desaparecido de la pared. Donde antes había un mensaje aterrador, ahora solo hay una pared blanca, sin mácula. Me acerco a Riggs y le beso en la mejilla, haciéndole sonrojar.

—Muchísimas gracias, Riggs. Es usted un cielo.

—No hay de qué, señorita, aunque no es mío el mérito. Lo hizo un agente... Es la suerte de ser el segundo al mando.

—Usted lo supervisó, así que gracias.

—Riggs, voy a casa a darme una ducha y descansar un poco —interrumpe Caleb—. Cuida de la señorita Robinson hasta que vuelva.

—Muy bien, señor.

Caleb se vuelve hacia mí y me coge de los hombros con ternura. Sus ojos se clavan en los míos con la misma calidez que la noche anterior, y su lengua vuelve a vagar por sus labios haciendo que me derrita por dentro.

—¿Estarás bien, Liv?

—Por supuesto, vete tranquilo. Riggs y yo iremos a comprar pintura y estaré aquí todo el día pintando la pastelería. Quiero aprovechar para darle un toque distinto.

—De acuerdo, nos vemos esta noche. —Se vuelve hacia Riggs, y toda la ternura se ha borrado de sus ojos—. No vayas a dejarla sola ni un instante, ya sabes que ahora mismo todo el mundo es sospechoso, en especial su prometido. Es un poco imbécil, y te pondrá las cosas difíciles. Que no te intimide, Riggs.

—No se preocupe, inspector, sabré manejarle.

—Gracias, John. Nos vemos después.

Veo cómo Caleb sale por la puerta y me quedo hipnotizada por el movimiento de sus caderas. ¡Madre mía, qué culo! ¡Cuando pille a Sam la voy a matar! Como si no tuviese bastante con lo de anoche, ahora no puedo parar de pensar en las vistas. Me vuelvo hacia Riggs con los brazos en jarras y una sonrisa.

—Bien, Riggs. Nos vamos de compras.

Llamo a Sam para que vaya preparando la pastelería para la pintura, y me acerco al centro

comercial. Tras muchas vueltas, decido pintar la pastelería de color salmón pastel, y he encontrado unas pegatinas para la pared de pastelitos que le irán de maravilla. Cuando llegamos a la pastelería, Sam ya ha tapado todos los muebles con plásticos y tiene todo lo necesario para pintar: Cubos, brochas y rodillos. Me vuelvo hacia el agente con una sonrisa.

—Muy bien, Riggs. Puedes sentarte allí a observar. Ya has hecho suficiente aquí, y ese no es tu trabajo.

—Con todo respeto, señorita Robinson. ¿Qué clase de hombre sería yo si dejase a dos preciosas mujeres encargarse del trabajo duro? No tengo nada mejor que hacer, así que dígame por dónde empiezo.

La pastelería es enorme, y tres manos no son suficientes para tenerlo listo a mediodía. Hacemos una parada para pedir algo para comer y continuamos con nuestra tarea. A las seis de la tarde solo quedan los retoques, así que estoy subida en una escalera intentando repasar una esquina cuando llega Caleb. Siento su presencia antes de verle, y su colonia se entremezcla con el olor a pintura de la habitación. Pero es su voz profunda la que hace que casi me caiga de las escaleras. Él se acerca deprisa y me sujeta en sus fuertes brazos para que no me haga daño, y puedo vislumbrar que bajo la tela de la camisa tiene un tatuaje que le asoma por el cuello, aunque no consigo distinguirlo.

—¿Estás bien? —Su voz de barítono me hace estremecer, pero mantengo la compostura como puedo.

—Sí, gracias. He pisado mal y la escalera se ha tambaleado.

—Déjame a mí, yo lo terminaré.

—Tranquilo, ya está hecho. Iba a bajarme de la escalera ya.

—Muy bien, en ese caso ve a lavarte. Hay una sorpresa para ti en tu casa.

—¿Me has traído un regalo? —Mi cara de sorpresa le arranca una carcajada.

—No, no he sido yo, sino tu madre. Te espera allí con algo que cree que te gustará.

—De acuerdo, voy a lavarme un poco.

—Riggs, ya puedes irte. Ve a casa y descansa, nos veremos por la mañana.

—Muy bien, señor. Buenas noches.

Corro al baño a asearme y me choco con Sam, que está en la cocina limpiando las brochas.

—¡Livy! ¿Qué ocurre?

—El inspector Davis está aquí. Tengo que darme prisa.

—Te gusta, ¿eh? —dice poniendo cara de diablilla.

—¿Qué? ¡No! ¡No digas tonterías! Mi madre me espera en casa con una sorpresa. No es por él.

—Si tú lo dices...

—Sam...

—De acuerdo, de acuerdo, ya me callo. Yo cerraré, no te preocupes. Dejo todo esto arreglado y me marcharé a casa.

—Gracias.

Cuando salgo de la cocina, Caleb está en la puerta de la calle hablando por teléfono. Voy a acercarme para decirle que ya estoy lista, pero su conversación me detiene en seco.

—Cristina... ¡Estoy trabajando!... Ya te lo he dicho, no sé cuánto durará esta situación... Ninguna, te lo dije esta mañana... ¿Y qué quieres que haga? ¿Que la deje a su suerte?... No estás hablando en serio... Mira, será mejor que hablemos mañana, cuando te calmes. Adiós.

Me acerco cuando Caleb ha recobrado la compostura, y hago como si no hubiese escuchado nada. Le toco el hombro y se vuelve con una sonrisa, pero esa sonrisa no llega a sus ojos como de costumbre.

—¿Lista? —pregunta poniendo su mano en mi espalda.

—No quiero ni imaginarme lo que habrá organizado mi madre. Me asusta pensarlo.

—Bueno... Digamos que en situaciones normales te encantaría la sorpresa. Pero no tienes memoria, así que...

—Gracias por recordármelo.

—Es un hecho, Liv. Tienes menos memoria que un pez.

Le empujo riendo. Caleb siempre sabe qué decir para quitarle hierro al asunto, y eso me reconforta. Mi madre está metida en la cocina enfrascada en los fogones, haciendo algún guiso para la cena. En cuanto me ve llegar, suelta la cuchara de madera, se quita el delantal y viene a abrazarme.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás?

—Bien, mamá, estoy muy bien.

—¿Bien? ¡Pues yo tengo los nervios destrozados! Si no llega a llamarnos Dean...

—Ruth... —Es la voz de mi padre, que está enfrascado en el partido de beisbol.

—Lo siento, lo siento. Pero hija, cuando pase algo debes llamarme, no puedo seguir enterándome de las cosas por Dean.

—Lo sé, mamá, y lo siento, pero todo fue muy repentino y no he pensado en esas cosas. La próxima vez te llamaré.

—Ven aquí, tesoro —dice mi padre—. Siéntate a ver cómo machacan a los *Mets*.

Caleb se sienta en el otro sillón y mi padre le mira de reojo, intentando dilucidar si es de los *Yankees* o los *Mets*. Siempre hace lo mismo. Recuerdo que a Dean casi le mata porque es de los *Mets*.

—He recordado algo —digo a Caleb.

—¿Algo importante?

—No, solo un recuerdo.

Él espera pacientemente a que se lo cuente, como hace siempre que recuerdo alguna nimiedad.

—Acabo de recordar que mi padre casi asesina a Dean cuando se lo presenté. Echaban el mismo partido, *Yankees* contra *Mets*, y Dean es de los *Mets*.

—Ahora entiendo por qué no le trago —dice Caleb sin apartar la vista de la televisión.

—Me cae bien, inspector —dice mi padre—. Yo tampoco trago a ese abogado pomposo y arrogante.

—¡Carl, por favor! —exclama mi madre— ¡Tu hija va a casarse con él!

—Ruth, eres una ingenua. —Caleb me mira buscando alguna salida de la situación, pero me encojo de hombros—¡No le recuerda, por amor de Dios! Y sinceramente, creo que es lo mejor para ella. —Se vuelve hacia mí—. Tesoro, Dean no te conviene. No es bueno para ti. Tú mereces mucho más que un matrimonio en el que te pases toda la vida esperando que tu marido te preste atención, que es lo que tendrás con ese mujeriego.

—¿Por qué dices que es un mujeriego?

—Tú padre no sabe de lo que habla —interrumpe mi madre—. Tenemos una sorpresa para ti, ven aquí.

Me sitúo junto a mi madre en la puerta del pasillo, esperando algo, no sé qué. Una silueta se acerca lentamente en la penumbra, y mi cuerpo se pone en tensión de inmediato. El hombre que sale de la habitación es alto, fornido, con el cabello tostado y los ojos más verdes que jamás haya visto. Antes de que pueda apartarme me levanta en el aire y me hace dar vueltas a su alrededor.

—¡Dios mío, Livy, mírate! ¡Estás preciosa! Me voy seis meses y cuando vuelvo estás para comerte.

—Ryan, bájala —interrumpe mi madre—, la estás asustando.

—Dios, lo siento, amnesia post-traumática. Soy Ryan Carter, hermano de Sam... y casi un hermano mayor para ti.

—Siento no recordarte, Ryan —digo en un intento de olvidarme de los escalofríos que están recorriendo mi espalda.

Parece que Caleb se da cuenta de mi incomodidad, pues se sitúa junto a mí y coloca su mano sobre mi hombro, en un intento por calmarme. Su cercanía me relaja, y se lo agradezco con una sonrisa.

—Creo que son demasiadas emociones por un día —dice.

—¿Y tú eres...

Ryan arquea una ceja al ver su comportamiento, que visto desde fuera debe ser muy íntimo para una mujer comprometida.

—Inspector Caleb Davis, de la unidad de víctimas especiales de la policía.

—Pues muchas gracias por su preocupación, pero ya puede marcharse.

—La señorita Robinson es una víctima protegida, señor Carter. No pienso moverme de su lado.

—Espere, ¿víctima protegida? ¿De qué está hablando?

—¿Nadie le ha informado de lo que le ha ocurrido a su amiga?

—He estado trabajando como voluntario en Uganda, inspector. Es una zona muy dura, y le presté tan poca atención al teléfono que acabé por perderlo. Hice una copia de mi tarjeta en cuanto aterricé ayer en Seattle, pero solo me han dicho que Livy ha sufrido un accidente.

—La señorita Robinson sufrió abusos sexuales, fuertes golpes y varias puñaladas que casi acaban con su vida. Es una víctima de agresión sexual con intento de asesinato, señor Carter.

La cara de Ryan pierde todo el color de repente. Se acerca tambaleándose al sofá y se deja caer en él, claramente afectado.

—Dios mío... ¡Dios mío, Livy! ¿Quién demonios te ha hecho esto?

—Estamos en ello —continúa Caleb—. Por desgracia no encontramos ninguna prueba en el escenario del crimen, ni tampoco ayer en la pastelería, donde pintaron una amenaza.

—¿Y qué demonios hace aquí?! ¡Un asesino anda suelto, por amor de Dios! ¡Debería estar investigando! ¡Debería...

—¡Señor Carter! —La voz de Caleb es profunda, dominante—. Tengo a todos mis hombres recabando información, varias patrullas frente a la puerta de todo aquel que pueda ser agredido por ese degenerado, y lo mejor que puedo hacer es proteger a Elisabeth con mi vida.

—Lo siento, inspector. Yo... ¡Joder! Creo que me estoy mareando con todo esto.

Mi madre corre a la cocina para traerle un vaso de agua y se sienta junto a él cogiéndole de la mano.

—Ryan, cielo, bebe un poco de agua.

—Todo se solucionará, ahora lo único que podemos hacer es cenar y disfrutar de la velada —digo con voz tensa.

Mi voz se resquebraja porque no puedo sacudirme la sensación de peligro de mi espalda. Apenas hablo durante la cena, me limito a oír las andanzas de Ryan en Uganda. Sé que se encontraba muy lejos el día de la agresión, pero, ¿por qué me siento tan expuesta?

—Es la respuesta a tu amnesia —susurra Caleb en mi oído—. Te pasó lo mismo con Dean, ¿recuerdas?

Asiento aliviada. Caleb tiene razón. Lo único que sé de mi agresor es que se trata de un hombre, así que mi mente reacciona inconscientemente ante la cercanía de cualquier ser humano de ese sexo. Sonrío al inspector para darle las gracias, y el resto de la velada me encuentro más relajada... y consigo divertirme.

Capítulo 5

Cuando cierro la puerta tras mis padres y Ryan, suspiro cansada. Al final ha sido una noche divertida, y me alegro de que mi madre haya decidido darme esta sorpresa. Ryan es un tipo encantador, y he terminado cogiéndole cariño. Caleb no se ha movido de mi lado en toda la noche, y ahora se encuentra sentado en el sillón con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, claramente tan cansado como yo.

Me dispongo a recoger la cocina, y Caleb coge un vaso de agua y se apoya con las piernas cruzadas en la encimera, detrás de mí. Al principio sigo fregando aunque me estoy poniendo nerviosa, pero su silencio me está desquiciando, así que suelto el paño de cocina en la encimera y me doy la vuelta hacia él.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada.

—Vamos, Caleb. Dilo.

—Al final te has divertido.

—Sí, es cierto. Me lo he pasado en grande.

—Es normal que tengas miedo.

—Lo sé, pero es muy incómodo, sobretodo cuando se trata de personas que son tan importantes para ti.

—Investigué a Ryan en cuanto tu madre me dijo lo que tenía planeado hacer. Su coartada es firme, Liv. Estaba en Uganda en el momento de la agresión. Se registró un vuelo de ida a su nombre hace seis meses y otro de vuelta ayer mismo, como dijo. No estaba en el país, así que es imposible que sea él.

—Me siento fatal por haber dudado de él, pero sentí tanto miedo al verle que me quedé paralizada.

—Es normal, y te pasará con cada hombre que se acerque a ti para decirte que es parte de tu vida.

—¿Y por qué me fio de ti? Eres un hombre.

—Soy el inspector que intenta resolver tu caso. Si no te fías de mí... Además, no te conocía antes de que me asignasen tu caso. ¿Qué motivos podía tener yo para asesinarte?

—Tienes razón. —Sonrío—. Mañana debo ir a ver a mi cuñada. He estado posponiéndolo mucho, y ya es hora de que dé la cara.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, tranquilo. Riggs me acompañará. Es un buen hombre, y también me siento segura con él.

Veo cómo Caleb aprieta la mandíbula y sus ojos echan chispas. ¿Qué he dicho? ¿Acaso no quiere que vaya a ver a mi cuñada por algo?

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No pasa nada. Reviso los cierres y me voy a la cama. Ha sido un día largo.

—Muy bien, que descanses.

—Tú también.

Caleb revisa la puerta y se va a la habitación de invitados. Tras ponerme un pijama, me meto en la cama, pero no dejo de dar vueltas sin conciliar el sueño. No paro de pensar en el comportamiento de Caleb. ¿Por qué ha puesto esa cara cuando he dicho que iré a casa de Alex?

Las dudas comienzan a asaltarme a la velocidad del rayo, y me dirijo a su habitación. Abro la puerta sin llamar, y me encuentro a Caleb en bóxers, sin camiseta, con ese escultural cuerpo delante de mis narices.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunto intentando parecer serena.

—¿A qué te refieres?

—Cuando he dicho que voy a casa de mi hermano has apretado la mandíbula. ¿Por qué?

—Elisabeth, déjalo y márchate.

—No, contéstame. ¿Es que hay algo que yo no sepa?

—No, no hay nada que no sepas. ¿Puedes marcharte, por favor? Estoy desnudo.

—Si no hay nada que no sepa, ¿por qué estás así?

—¿Te gusta Riggs?

—Espera, ¿qué?

—Que si te gusta el agente Riggs.

—Le he conocido hoy, ¿cómo va a gustarme?

—He visto que os lleváis muy bien.

—¿Y tiene eso algo de malo? —Mi cara de asombro debe ser un poema.

—¡Claro que sí, maldita sea!

—¿Por qué? ¿Porque estoy comprometida? ¿Y qué más daría si así fuese? No le quiero, no siento absolutamente nada por él, y si no fuese por mi madre las cosas serían diferentes.

—Déjale.

Caleb se levanta de la cama y me aprisiona contra la pared, pero sin tocarme. Ahora soy mucho más consciente de su desnudez, de su abdomen perfecto, de sus piernas musculosas y de su aliento acariciando mis labios, pero sobretodo soy consciente de la mirada ardiente de sus ojos, que se clava en

los míos y me hace arder a mí también.

—Déjale y dame un motivo para cometer una locura.

Mi lengua se pasea inconscientemente por mis labios, y él inspira hondo y apoya una mano junto a mi cabeza. Va a besarme, lo sé, y es lo que deseo que haga. Pero toda la magia se disipa cuando se aparta y me da la espalda.

—Sal de aquí, Liv. He bebido en la cena y no quiero que mañana nos arrepintamos de cometer una locura.

—Caleb...

—Vete, por favor.

Salgo corriendo de su habitación y me encierro en la mía, dejándome caer hasta el suelo con la respiración acelerada y el corazón latiendo a mil por hora. Ese hombre... Dios, ese hombre va a terminar con mi cordura. Acabo de darme cuenta de que me siento atraída por él, y eso puede traerme muchos problemas. Me meto bajo las sábanas con la esperanza de que por la mañana todo haya sido un sueño, de que nada de lo que ha pasado sea real.

Cuando suena el despertador apenas he dormido un par de horas. Tengo miedo de levantarme, tengo miedo de hacer frente a Caleb después de lo que pasó anoche. Solo de recordarlo mi estómago revolotea recorrido por un millar de mariposas. Estuvo tan cerca de besarme que creo que si me hubiese movido un solo centímetro ahora estaría metida en su cama, y no sola en la mía. Pero el deber me llama, así que me levanto y me meto en la ducha.

Cuando salgo al salón, no es Caleb quien está sentado en el sofá, sino Riggs. En cuanto me ve se levanta para saludarme y me prepara un café cargado.

—¿Dónde está el inspector Davis? —pregunto dando un sorbo a la taza.

—Ha tenido una urgencia. Me ha mandado a decirle que volverá esta noche.

—Bien. ¿Has desayunado?

—Sí, gracias. Me he pasado por la pastelería y Sam me ha dado uno de sus deliciosos pastelillos. Ambas cocinan como los ángeles.

—Así que Sam, ¿eh?

—Paso más tiempo con ella que con usted, nos hemos hecho amigos.

—Esta tarde tengo que ir a casa de mi hermano.

—Muy bien, sin problema.

—¿A su esposa no le molestará?

—Soy divorciado, señorita Robinson. No hay nadie esperando en casa.

—Muy bien, entonces. ¿Nos vamos ya?

La mañana pasa en un suspiro. Hemos tenido mucho trabajo, así que cuando llega la hora de comer estoy exhausta. Gracias a Dios me he tomado la tarde libre para ir a visitar a Mary Anne, porque no creo que pudiese pasar ni una hora más de pie frente al mostrador. Ni siquiera sé de cuánto tiempo está mi cuñada, ni si será niño o niña, porque mi hermano no se ha parado a recordarme esos detalles, así que estoy un poco nerviosa.

La casa de mi hermano es la típica casa norteamericana. De dos plantas, con un balancín en la entrada y un gran jardín delantero. Las paredes están pintadas de color crema, y el coche de mi hermano está aparcado en su lugar, señal de que está en casa. Cuando pego a la puerta, Alex me recibe con una sonrisa.

—¡Qué sorpresa, Liv! Mary Anne se alegrará mucho de verte.

—No he podido venir antes, Alex... Tenía mucho trabajo y...

—No tienes que darme explicaciones, hermanita, lo entiendo. Pasa, Mary Anne está en el salón. ¿Me acompañas a la cocina a por algo de beber, Riggs?

—Claro —dice el aludido desapareciendo por la puerta.

Bien... Me han dejado sola ante el peligro. No sé por qué tengo tanto miedo de enfrentarme a mi cuñada, no sé por qué me tiembla todo el cuerpo a cada paso que doy en su dirección. La observo detenidamente desde la puerta del salón. Mary Anne es una mujer bajita, con el pelo castaño y una enorme barriga que sobresale de la silueta del sofá. Está bordando en un gran bastidor de madera, y tararea una canción en voz baja que me resulta muy familiar. En cuanto la miro, todo el temor y toda la desconfianza se disipan. Es mi mejor amiga, casi una hermana para mí, y sé que ella siente lo mismo.

—Solo tú eres capaz de quedarte embarazada y buscar una excusa para no moverte del sofá —bromeo.

Mary Anne se da la vuelta en el sofá y dos lágrimas caen por sus mejillas cuando abre los brazos hacia mí. Yo corro a refugiarme en ellos, sintiéndome bien, sintiéndome en casa. Lloramos como dos niñas pequeñas un buen rato, y el llanto se convierte en risa cuando nos percatamos de la tontería que acabamos de hacer.

—Me recuerdas —dice ella.

—Te recuerdo. No recuerdo detalles, solo que eres como una hermana para mí. Pero te recuerdo.

—Sabía que a mí no podías olvidarme. Sabía que tenías que recordarme a la fuerza.

—Dios, Anne, me siento tan perdida... no sé en quién confiar. No me siento segura si no tengo a algún agente de policía pisándome los talones. Y no puedo vivir así eternamente.

—Lo sé... pero no puedes hacer nada. No recuerdas lo que ocurrió, así que tienes que tener paciencia.

—Todo el mundo me dice lo mismo.

—¿Quién ha venido contigo? ¿El inspector macizo?

—Ya se ha ido Sam de la lengua, ¿verdad?

—Solo me dijo que el inspector Davis está como un queso. Me muero por verle, así que dime que lo has traído.

—Siento desilusionarte, pero he venido con Riggs. Aunque he de reconocer que él también está muy bien. ¿Y tú cómo estás?

—Gorda, como un tonel. El bebé está dando mucha guerra, y con esta barriga no hay manera de que tu hermano quiera llevarme a la cama. Tiene miedo de hacerle daño al pequeño, aunque la doctora le dijo que no había peligro siempre que no hiciéramos locuras.

—Mi sobrino pronto nacerá y podrás disfrutar del sexo de nuevo.

—¡Ay, ingenua! Después vienen los biberones de madrugada, los llantos, los pañales... y solo tendremos tiempo de echar uno rápido en la cocina mientras le preparamos la comida. Aunque seguro que son polvos de infarto...

Sus ocurrencias me hacen reír a carcajadas, que es como mi hermano nos encuentra poco después.

—Te quedarás a cenar, ¿verdad, Liv? —me pregunta.

—No sé si...

—No creo que haya ningún problema —interrumpe Riggs—. Llamaré al inspector para que venga a recogerte aquí y listo.

—Vamos —añade Anne—. Hace mucho que no nos vemos, necesito tu compañía.

—Está bien, me quedaré.

—Muy bien, voy a avisarle —dice Riggs saliendo a la calle.

—Riggs está como un queso —susurra Anne.

—¡Anne, córtate! ¡Estoy aquí mismo, por Dios! —dice mi hermano escandalizado.

—¿Qué? Necesito sexo, Alex. Necesito un orgasmo. Y si no eres capaz de conseguirme uno... seguiré recreándome la vista con los acompañantes de tu hermana.

Mi hermano se sienta a mi lado y me pasa el brazo por los hombros. Yo le sonrío y apoyo mi cabeza en su pecho, cerrando los ojos de manera inconsciente. Recuerdo haber estado así muchas veces, recuerdo que mi hermano era mi baluarte, mi mayor apoyo. Las lágrimas corren por mis mejillas ante ese pensamiento, y Alex las limpia con la yema del dedo antes de besarme en la mejilla.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Tengo miedo, Alex. Tengo muchísimo miedo.

—Es normal tenerlo —dice Anne—. Pero nos tienes a nosotros. Te apoyaremos en todo lo que podamos, te lo prometo.

—¿Qué tal te va con Dean? —pregunta mi hermano.

—¿Puedes decirme qué vi en él? ¡Dios! Es que es tan complicado todo... Todo el mundo me dice que iba a casarme con él, pero ni siquiera he visto el traje de novia. Mamá le adora, pero papá me dice que no me case con él. Y los sentimientos que tuve por él han desaparecido con la amnesia, por si no tuviese bastante, y me sienta mal todo lo que dice.

—A ver, Liv, cálmate —dice mi hermano—. No pienses en lo que ocurría en tu vida antes de la agresión. Piensa en lo que tienes ahora, en lo que sientes ahora. Si no le quieres no tienes por qué casarte con él por mucho que mamá le adore. Es tu vida, y debes hacer lo mejor para ti.

—El vestido de novia está en casa de tus padres —interviene mi cuñada—. Se suponía que ibas a vestirte allí. Tengo aquí una foto, espera.

Anne me pasa su móvil y veo un vestido de novia precioso, lleno de puntilla y encaje... que no va nada conmigo. Imaginaba un vestido largo, de raso color marfil, con alguna pedrería y un sencillo adorno en el pelo, nada como lo que hay en casa de mi madre.

—Esta no soy yo. No puedo ser yo. Este vestido no va conmigo, no me reconozco en ese vestido.

—Sinceramente yo tampoco te veía en él —dice Anne—, pero era lo que tu madre quería, así que claudicaste. Por eso nos peleamos.

—Espera, ¿nos peleamos?

—Llevábamos un mes sin hablarnos cuando te agredieron. Es por eso que mi embarazo es de riesgo. Me llevé tal disgusto al pensar que te había perdido y que mis últimas palabras habían sido que te fueras al infierno que tuve una amenaza de aborto.

—Anne... Lo siento, lo siento muchísimo. No sé qué demonios me poseyó para elegir ese vestido, pero desde luego tenías razón. En cuanto vea a mi madre le diré que devuelva ese maldito vestido, y cuando el bebé nazca iremos juntas a elegir uno nuevo... Si es que termino casándome con Dean.

—Ahora lo que importa es que todo está bien de nuevo —dice mi hermano.

Un golpe en la puerta dirige mi vista hasta el reloj que hay colgado sobre la chimenea. Las siete en punto. Caleb entra en la habitación con paso firme, y con tan solo una mirada despide a Riggs, que tras besarme en la mejilla sale por la puerta como una exhalación. Me fijo en sus ojos, que están serios, fríos como témpanos de hielo, y mi mundo comienza a tambalearse. Está preocupado, muy preocupado, y eso no augura nada bueno. ¿Qué demonios ha pasado?

Tras saludar a mi hermano y a mi cuñada, Caleb se sienta junto a mí en el sofá. Nuestras miradas se cruzan un instante, suspira y me coge las manos entre las suyas.

—Caleb, me estás asustando —susurro.

—Tengo que contarte algo importante.

—¿Qué ocurre, inspector? —pregunta mi hermano— ¿Hay alguna novedad sobre la investigación?

Caleb me mira interrogante, así que asiento para que empiece a hablar. Mi hermano tiene que saberlo, es parte de mi familia.

—Cuando me dijiste que no confiabas en Dean, investigué más a fondo. Se suponía que estaba en una reunión en Boston. Hubo vuelos a su nombre y estaba registrado en el hotel, pero aunque pagó los vuelos no se subió en el avión, y el recepcionista del hotel nos ha informado que no apareció por allí, ni siquiera para recoger las llaves.

—Espere, ¿qué demonios significa eso? —mi hermano se sienta al otro lado y me abraza con fuerza.

— Significa que Dean Mathews ha pasado a ser el principal sospechoso de la agresión. Lo siento.

—Esto tiene que ser una pesadilla —murmuro—. Esto no puede estar pasando... ¡La primera noche casi me quedo a solas con él!

—Ey, mírame. —Caleb sostiene mi cara entre sus fuertes manos y me obliga a mirarle—. No voy a permitir que te pase nada malo, ¿de acuerdo? Vamos a seguir con el plan, voy a seguir siendo tu sombra, y le vigilaré de cerca.

—¿No pueden detenerle con lo que ya tienen? —pregunta Anne.

—No son pruebas concluyentes. Necesitamos más para poder meterle entre rejas. Pero si es el agresor, terminará por ponerse nervioso, y cometerá un error. Entonces le atraparé.

—Creo que me estoy mareando.

Caleb me levanta del sillón y echa su brazo por mis hombros.

—Vámonos a tu casa y descansa un poco. Señor Robinson, no vaya a cometer ninguna estupidez. Sé que está preocupado por su hermana, pero enfrentarse a Mathews no es buena idea. Debe creer que seguimos sin saber nada.

—Me pide un imposible —dice con los puños apretados.

—Créame, lo sé, pero es lo mejor para todos. Mathews es un gran abogado, y juega con ventaja. Tenemos que ir un paso por delante de él.

Mi hermano asiente y nos acompaña hasta la puerta. En cuanto estoy metida en el coche, Caleb enciende la calefacción. No hace frío, pero estoy temblando como una hoja. Suspiro y echo la cabeza hacia atrás en el asiento, pero él me envuelve en sus fuertes brazos y el dique termina por romperse. No sé cuánto tiempo paso llorando sobre su pecho, no sé cómo termino mirándole a los ojos, y tampoco sé cuándo su boca ha terminado por fundirse con la mía. Solo sé que me está besando, y que ese beso me calma más que cualquier otra cosa. Ese beso despierta en mí sensaciones que no recordaba haber sentido, y entrelazo los brazos a su cuello para acercarle más a mí. Sus labios carnosos me saborean lentamente, su lengua juega con la mía en un baile de máscaras del que ninguno queremos desaparecer. Mi corazón se desboca por momentos, y siento el suyo latir al unísono en su pecho.

Caleb se separa lentamente de mí, sin apartar su mirada de la mía, y apoya su frente contra la mía cerrando los ojos, saboreando el momento que estoy segura de que no volverá a pasar.

—Lo siento, Liv. No debí...

—Está bien... No pasa nada.

—Será mejor que nos marchemos.

Pone el coche en marcha y conduce en absoluto silencio hasta mi casa. No abre la boca, ni yo tampoco. No sé si sentirme arrepentida porque él tiene novia o avergonzada porque para mí ha significado algo más que un beso sin importancia. Cuando llegamos a mi casa, me asomo a la pastelería un minuto a ver si todo marcha bien y voy a meterme en la cama. Caleb se sienta en el salón con unos papeles que traía en el coche, supongo que son expedientes de mi caso, pero no pienso seguir indagando. Ya tengo bastante con pensar que la persona con la que iba a casarme es posiblemente mi asesino, así que no quiero saber nada más por hoy.

Me levanto bien entrada la noche. Me doy una ducha caliente y me pongo un pijama de algodón, porque aún siento el frío en los huesos. Cuando salgo al salón me encuentro a Caleb enfrascado en la cocina haciendo la cena.

—Hola —susurro.

—Hola. ¿Qué tal has dormido?

—Bastante mal. No he podido dejar de darle vueltas.

—Deja de hacerlo, no puedes hacer otra cosa que esperar. Vamos, siéntate, he preparado la cena.

—Me sorprende que sepas cocinar.

—Llevo mucho tiempo viviendo solo. O aprendía a cocinar o vivía a base de comida precocinada.

—No tengo hambre, pero haré un esfuerzo. ¿Qué has preparado?

—Algo sencillo. Pollo y ensalada. Sabía que no ibas a tener apetito, pero aún así tienes que comer.

—Lo sé. Es que todo es tan...

—¿Asfixiante?

—Algo así. Ya era difícil vivir sin saber nada de mi vida anterior, pero hacerlo pensando que mi prometido puede ser un asesino... Tengo que terminar con él. Tengo que decirle que lo nuestro no funciona. Aunque no sea el culpable, no puedo seguir con esa farsa. No le quiero, y sé que jamás volveré a enamorarme de él.

—No me hace gracia la idea de dejarte sola con él.

—Y no estaré sola, Caleb. Tú estarás en la habitación de al lado.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Debería haberlo hecho antes, no tendría que haber esperado tanto tiempo.

—Muy bien, mañana lo prepararé todo. Pondré cámaras y estaré esperando justo al lado.

—¿Cámaras?

—No voy a dejarte sola con el principal sospechoso, Liv. Voy a vigilarle de cerca.

—De acuerdo.

Me dispongo a poner la mesa, pero Caleb me sostiene por la cintura y me vuelve hacia él. Estamos muy cerca, y mi respiración se acelera al momento.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo.

—No me refiero al caso, Liv. Me refiero a lo que pasó en el coche.

—Estábamos alterados y nos dejamos llevar por el momento. No tiene importancia.

Su mano resbala de mi cintura y se queda mirándome un momento. Creo ver en sus ojos un atisbo de decepción, pero Caleb se da la vuelta y vuelve a la cocina como si nada. La cena transcurre tranquila. Mi madre me llama para ver si estoy bien, pues mi hermano le ha contado las últimas novedades, pero saca mis nervios de sus casillas cuando comienza a defender a Dean.

—No pienses mal, cariño. Seguro que tiene una explicación lógica para no haber ido a Boston.

—Mamá... ¡Es el principal sospechoso! ¿Vas a seguir defendiéndole?

—Solo digo que no se puede condenar a nadie sin pruebas, y no las tienes.

—¿Sabes qué? Voy a colgar.

—Livvy, no te enfades, pero...

—Déjalo, mamá. Ha quedado muy claro que sientes predilección por él, así que te lo regalo.

Dicho esto, cuelgo el teléfono con más fuerza de la necesaria, y un trozo del plástico salta, haciéndome un corte en la yema del dedo.

—¡Maldita sea! —digo metiéndomelo en la boca.

—A ver, trae aquí.

Caleb mira la gravedad del corte, y se mete el dedo en la boca para cortar la sangre. Algo en mi interior se remueve, algo lascivo y hambriento. Su mirada se cruza con la mía y averigua lo que estoy pensando, porque se saca inmediatamente el dedo de la boca y va al botiquín a buscar una tirita.

—Ya está, es solo un corte.

—Gracias.

Él se va a la cocina a poner el lavavajillas, y yo me quedo pensando en la excitación que ha recorrido mi cuerpo un segundo antes. Ha sido un acto altruista, solo intentaba cortar la hemorragia, pero he imaginado ese gesto en una situación mucho más íntima, mucho más sensual. Por mi mente han viajado imágenes de Caleb y yo en la cama, y sacudo la cabeza para deshacerme de ellas. Él tiene novia, no hay nada entre nosotros. El beso del coche ha sido un acto reflejo sin importancia. No hay nada más que hablar.

Me levanto del sofá y me dirijo a la cocina para informarle de que me voy a la cama, pero está hablando por teléfono, así que le hago señales y me meto en mi habitación. Allí, bajo las mantas, me derrumbo en silencio. No puedo más, todo esto va a terminar por volverme loca. Necesito una salida. Necesito recordar.

A las siete de la mañana mi despertador me saca del duermevela en el que he estado sumergida toda la noche. He oído cómo Caleb daba órdenes, cómo una ambulancia recorría las calles hace apenas una hora, y cómo el café salía de la cafetera en más de una ocasión. Él tampoco ha pegado ojo, y todo es por mi culpa. Si pudiese recordar, todo habría terminado. Tengo que ir a ver a la doctora Stevens, necesito respuestas y las necesito ya.

Marco el número de Sam para avisarla de que llegaré tarde a trabajar, pero la voz de un hombre me sorprende.

—¿Diga? —pregunta somnoliento.

—¿Riggs? —La sorpresa no puede ser mayor—. ¿Eres tú, Riggs?

—Eh, hola, señorita Robinson. Ahora mismo le paso con Sam, está en la ducha.

—Vale, de acuerdo.

Espero unos minutos en los que oigo cómo Riggs entra en el baño, besa apasionadamente a mi amiga y le entrega el teléfono.

—¿Diga?

—Creo que tienes muchas cosas que contarme, sinvergüenza. Con que Riggs no es guapo, ¿eh?

—Es solo un amigo, ha venido a traer donuts para desayunar.

—Claro, por eso me ha cogido el teléfono somnoliento, ha entrado en la ducha y te ha comido viva antes de pasarte el teléfono —digo riendo.

—¡Livy! No te rías de mí. Me gusta, ¿vale? Pasamos mucho tiempo juntos y me gusta muchísimo.

—Me parece perfecto, pequeña hipócrita. Me alegro mucho por ti. Oye, voy a llegar un poco tarde a trabajar, tengo que ir a ver a la doctora Stevens.

—¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

—Sí, tranquila, es solo una visita rutinaria. Cuida del negocio por mí, ¿de acuerdo? Y no te encierres con Riggs en el baño, que puede pillaros algún cliente.

—Muy graciosa... Nos vemos después, tengo algo muy importante a medias en el dormitorio.

Una carcajada burbujea en mi garganta cuando cuelgo el teléfono. Sammy no cambiará nunca. Cuando me ducho, salgo al salón. Caleb está sentado bebiendo café y leyendo el periódico con un traje limpio, así que supongo que habrá mandado a alguien a que se lo traiga. Cuando se percata de mi presencia baja la parte de arriba del periódico y me dedica una tímida sonrisa.

—Buenos días, tienes el desayuno en la cocina.

—No tienes que cocinar para mí, Caleb. Me las apañó muy bien en la cocina.

—Iba a prepararme el mío y te oí hablar por teléfono, así que...

—Gracias.

—No hay de qué. En cuanto termines, bajaremos a la pastelería, que tengo cosas que hacer.

—¿Puedes asignarme entonces a otro agente?

—¿Para qué? Riggs estará allí.

—Lo sé, acabo de hablar con él por teléfono.

—¿Con Riggs? —su cara viaja entre la incredulidad y algo más que no logro descifrar.

—Estaba con Sam. En la cama de Sam.

—Oh.

—El caso es que tengo que ir al hospital a hablar con la doctora Stevens, y no puedo dejar a Sam sin protección.

—Yo te acompañaré, tranquila.

—Pero no has dormido nada, y...

—No te preocupes, estoy bien. Pero tendremos que parar antes en otro sitio, si no te importa.

—Claro, como quieras entonces.

Desayuno en completo silencio y voy a cambiarme de ropa. Me pongo un vestido de tubo negro que me queda muy bien acompañado de un *blazer* y unos zapatos de tacón, ambos rojos. Me pongo un poco de maquillaje y perfume, y salgo para el salón. Veo cómo la nuez de Caleb se mueve en su garganta cuando me mira de arriba abajo, y sus ojos vuelven a llenarse de ese ardor que tanto echaba de menos.

—¿Lista? —pregunta tras aclararse la garganta.

—Claro, vámonos.

Caleb pone rumbo a las afueras de la ciudad, aparca frente a una pequeña casita adosada de color caramelo y se vuelve hacia mí.

—Espera aquí. Voy a cerrar el coche, sabes que es por tu seguridad.

—Tranquilo, ve.

Los minutos se me hacen eternos esperando. El sol comienza a elevarse en el cielo, y no sé si han pasado diez minutos o una hora, cuando Caleb sale por la puerta con un par de maletas, que mete en el coche. Vuelve a entrar en la casa, pero esta vez no tarda demasiado. Lleva una caja entre los brazos, y una mujer morena grita desde la puerta de la vivienda. Me quedo sin respiración al percatarme de lo que significa todo esto: su relación está rota, y todo es culpa mía, de mi caso. Agacho la cabeza avergonzada cuando la mujer me mira con un odio desconocido para mí hasta el momento, pero Caleb se interpone en su camino cuando intenta acercarse al coche.

—No vayas a hacer el ridículo, Cris. Se acabó, así que márchate.

La mujer vuelve a mirarme con odio y se da la vuelta, cerrando la puerta de su casa de un portazo. Caleb suspira y entra en el coche arreglándose la chaqueta.

—Lo siento, no tendrías que haber visto esto.

—No, soy yo quien lo siente. Si recordase algo no os habríais peleado y...

—Ey, escúchame bien, Liv. Nada de esto es culpa tuya. La relación lleva mucho tiempo muerta, esto solo ha sido el detonante de la catástrofe que tarde o temprano iba a ocurrir, y prefiero que sea ahora.

—¿Estás bien?

Caleb asiente y pone el coche en marcha, en dirección al hospital. La doctora Stevens tiene una consulta, así que tengo que esperar un buen rato antes de que pueda atenderme. Caleb ha salido de la clínica en cuanto la enfermera me ha informado, así que estoy sola, mirando las paredes repletas de diplomas, intentando no volver a pensar en que ahora Caleb está libre, que ahora es asequible aunque yo no lo sea. La doctora llega veinte minutos después con una sonrisa.

—Buenos días, Elisabeth, no esperaba verte tan bien. ¿Cómo te encuentras?

—De salud muy bien. Me canso con facilidad, pero poco a poco voy recuperándome.

—Bien, tú dirás.

—Aún no he conseguido recordar nada. Apenas recuerdo retazos banales de mi vida anterior, pero no consigo recordar nada importante.

—La recuperación de la memoria es un proceso lento y frustrante, y cuanto más frustrada te sientas menos conseguirás recordar.

—¿No hay nada que se pueda hacer para acelerar el proceso? ¿No hay ninguna terapia, o medicina, nada?

—Me temo que no, Elisabeth. Y dado el tiempo que ha pasado, debes barajar la posibilidad de que no recuerdes nunca tu vida anterior.

—¿Y qué pasa con mi agresor? ¿Qué pasa si no logro recordarle?

—Entonces debemos confiar en que la policía sepa hacer bien su trabajo.

Salgo de la consulta de la doctora más desanimada de lo que entré, y Caleb no es de gran ayuda, pues también está de mal humor. Nos dirigimos en silencio a la pastelería sin sospechar que la tragedia nos pisa los talones, que el asesino anda muy cerca.

Capítulo 6

Me bajo del coche con un dolor de cabeza espantoso. Parece que mi día va de mal en peor, pero me tomaré un analgésico en cuanto entremos a la pastelería. Caleb me precede, como siempre, al entrar, y siento su espalda ponerse en tensión antes de ver el cuerpo de Riggs tirado en el suelo, sin vida.

—Vuelve al coche y cierra las puertas.

—Sam... ¡Caleb, Sam!

—¡Haz lo que te digo! ¡Vuelve al coche!

Veo cómo saca su pistola, cómo se endurecen sus facciones, cómo el hombre deja paso al implacable policía. Hago lo que me ha pedido y corro hacia su coche, cierro las puertas y me encojo en el asiento muerta de miedo. Si le ha pasado algo a Sam, yo... Entierro la cara en las manos y rompo a llorar. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero un golpe en el cristal del vehículo me hace gritar aterrorizada.

—Liv, soy yo... tranquila.

La voz de Caleb consigue calmarme. Levanto la vista y acciono el pestillo para que pueda abrir la puerta. Me refugio en sus brazos en cuanto salgo del coche, y él me abraza con fuerza, susurrándome palabras tranquilizadoras al oído.

—Shh... tranquila, Sam está bien, cálmate.

Entramos de nuevo a la pastelería. Sam está curándole a Riggs la herida de la cabeza, los dos están bien. Vuelvo a llorar al pensar que ambos han podido morir por mi culpa, que los dos están en peligro constante y yo no puedo hacer nada. Caleb vuelve a apretarme contra su cuerpo hasta que dejo de llorar.

—Contadme qué ha ocurrido —Su voz retumba en mi oído.

—Sam estaba en la cocina, y vine a traer una bandeja de pasteles para colocarla en el mostrador. No le vi, tío. Lo último que recuerdo antes de que me despertaras es que me di la vuelta y algo me golpeó en la cabeza.

—Oí un golpe y vine a ver qué había ocurrido —continúa Sam—. Al ver a John tumbado en el suelo me asusté y me encerré en el baño. Escuché los pasos de alguien merodeando por la pastelería, y cuando entró en el baño y comenzó a tirar de la puerta para abrirla empezó a faltarme el aire y me desmayé.

—Tengo que alejarme de aquí —digo yendo hacia la puerta—. Tengo que escapar o acabaréis todos muertos.

Caleb me intercepta antes de que llegue a la puerta, y me sujeta de la barbilla para que le mire a

los ojos.

—Ey, nena, mírame. Vamos, mírame.

Fijo mi mirada en la suya un momento. Él está tan asustado como yo, puedo verlo en sus ojos. Me refugio entre sus brazos de nuevo, su calor es lo único que consigue calmarme.

—Nos iremos. Nos marcharemos de aquí en cuanto podamos. Pero tienes que hacer las cosas bien. No podemos irnos sin más. No podemos desaparecer. Vas a mandarle un mensaje a Dean y le vas a decir que quieres verle esta noche.

—¿Qué? ¡No! ¿Y si es él?

—Nena, confía en mí. Debes dejarle, debes dejarle antes de que nos vayamos para que todo sea más creíble. No podemos levantar sus sospechas, ¿de acuerdo?

—Se pondrá furioso, se...

—Yo estaré contigo, no voy a dejarte sola. ¿Podrás hacerlo? —Asiento—. Bien. Riggs, llévate a un par de agentes y pon cámaras y micrófonos en el salón de Livy. Puede que podamos sacar algo en claro de todo este asunto.

—De acuerdo.

—Sam, ¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Sí, estoy bien.

—Tenéis que abrir la pastelería como si nada. Tenéis que hacerle ver que todo va bien, porque llegará primero aquí. Voy a hacer unas llamadas, solo salgo a la puerta. ¿Estaréis bien?

—Vete tranquilo —contesto.

En cuanto Caleb sale de la habitación me abrazo a Sam con fuerza. Ella se derrumba sobre mi hombro, dejando escapar el miedo que aún le atenaza la boca del estómago.

—Dios, Liv. Si llegas a estar aquí...

—Deja de pensar en eso. Mañana cerraremos por vacaciones y te irás a la casa de campo de tus padres. Nadie sabe de su existencia, así que estarás segura. Necesitas tiempo para ti.

En ese instante Ryan entra por la puerta con cara de preocupación.

—Dios, chicas, el inspector Davis acaba de contarme lo que ha pasado. ¿Estáis bien?

—Ryan, menos mal que estás aquí —dice Sam abrazándole—. He pasado muchísimo miedo.

—Tranquila, tesoro. Ya estás a salvo.

—De no ser porque el agente Riggs estaba aquí yo...

—No pienses en eso, todo ha terminado.

Me siento a ver cómo los dos hermanos se abrazan durante minutos, y me doy cuenta de que echo de menos a mi hermano. Suspiro antes de irme a la cocina a preparar los pastelitos que han quedado sin

preparar por el altercado, pues tenemos que abrir la pastelería lo antes posible. Mi piel se eriza al sentir una presencia tras de mí, pero suspiro aliviada al ver a Ryan apoyado en el quicio de la puerta.

—No estás bien —afirma.

—No, no lo estoy. Todo esto es por mi culpa. Si pudiese recordar algo... pero la doctora Stevens dice que lo más probable es que no vuelva a recordarlo, que tendré que aprender a vivir con ello. Ryan, tu hermana casi muere y yo...

Rompo a llorar nuevamente, y Ryan me abraza y deja que me desahogue sobre su pecho.

—No tienes la culpa, preciosa. Nada de esto es culpa tuya. Debí estar aquí para protegeros, debí haberme preocupado más por vosotras. Pero me confié, y ahora estáis pagando las consecuencias. Os he fallado.

—Ryan, no es culpa tuya tampoco, no podías saber nada. Solo espero que encuentren a ese cabrón a tiempo. Solo espero que no le haga daño a nadie más.

—Podríamos irnos, Liv. Podríamos marcharnos del país y empezar de cero. Así nadie podría hacerte daño.

—No puedo hacer eso. Mi vida está aquí, lo poco que tengo está en esta ciudad. El inspector va a llevarme a un lugar seguro hasta que todo esto termine, y entonces volveré y retomaré mi vida.

—¿Sabes a dónde te va a llevar?

—No me lo ha dicho. Le he dicho a Sam que se vaya a la cabaña de tus padres, allí estará segura y podrá explorar su relación con Riggs.

—¿En serio? ¿Mi hermana y Riggs? ¡No me lo puedo creer! ¡Si hace unos días le detestaba!

—Esta mañana estaban juntos en casa de Sam.

—Me alegro de que por fin se haya fijado en un buen hombre. Ambas tenéis la extraña obsesión de enamoraros de quien menos os conviene.

—Bueno, eso se acabó, al menos para mí. Voy a dejar a Dean.

—Es una gran noticia. Nunca me gustó ese tipo. Siempre fue un canalla con las mujeres, y sigo sin creer que haya cambiado.

—Bueno, es mejor que me ponga a trabajar. Tenemos que abrir la pastelería.

—De acuerdo, nos vemos fuera.

Sam entra en ese momento y se dispone a preparar la masa, pero las manos le tiemblan tanto que tiene que agarrarse al borde de la mesa para calmarse. Sé muy bien qué está sintiendo, yo también lo siento.

—¿Estás bien, Sam? —pregunto.

Ella niega con la cabeza y sigue mirando a la mesa. Me acerco y envuelvo sus hombros con el brazo, y ella me abraza y comienza a llorar de nuevo. Permanezco en silencio hasta que se calma, pero se

queda acurrucada en mis brazos un poco más.

—Tuve tanto miedo, Liv... Cuando vi a John tirado en el suelo creí que estaba muerto y...

—Tranquilízate. Tu hermano va a traerte las llaves de la casa de tus padres y os iréis los dos a descansar hasta que todo esto haya terminado.

—¿Por qué quieren hacerte daño? ¿Por qué ese hombre quiere matarte?

—Porque puedo recordarle. Porque si recupero la memoria sabré quién me violó.

—Todo esto es una mierda.

—Lo sé, Sam. Y no sabes cuánto siento haberte metido en ella.

—Tú no tienes la culpa. Vamos, tenemos que abrir aunque solo sea por la tarde.

Calmamos la ansiedad preparando varios pasteles para vender. No hacemos demasiados, pues solo abriremos una tarde, pero cuando termina el día hay varias bandejas en el mostrador. Caleb ha permanecido sentado en una mesa todo el día, sin moverse, sin respirar. Ha sido mi sombra, y la de Sam. Riggs llegó hace un par de horas con varios puntos en la frente, y ocupó el lugar que sobraba en la mesa de Caleb.

Me hace sentir segura. Tener a Caleb a mi lado me hace sentir segura y protegida. También me hace sentir otras muchas cosas, pero tengo que olvidarlas y centrarme en seguir viva. Sam se ha sentado en el regazo de Riggs hace rato, y permanece acurrucada en su pecho como me gustaría estar a mí en el de Caleb. Me sirvo una taza de chocolate caliente y me siento a su lado, haciendo caso omiso a mis deseos.

—Ya está todo listo —dice Caleb—. Llámale y dile que os veis en tu casa dentro de una hora.

—Sigue sin parecerme buena idea —protesta Sam.

—Nosotros estaremos en la habitación de al lado, cariño —contesta Riggs—. No va a pasar nada malo.

—¿Estáis seguros de que es Dean? —continúa ella— Estoy de acuerdo en que es un gilipollas, pero no creo que sea un asesino.

—Es el único que no tiene una coartada firme —dice Caleb—. No apareció por el hotel en el que dijo que estaba ni para recoger las llaves. Al principio solo nos fijamos en las facturas, y pagó la habitación, pero cuando Liv me dijo que no se fiaba de él profundicé.

—Maldito hijo de puta...

Las palabras salen de mi boca sin tan siquiera pensarlo. No estoy demasiado atenta a la conversación, pero Caleb se me queda mirando interrogante.

—No he recordado nada, es un hecho.

—Le pillaremos. Cometerá un error y le pillaremos.

Siento su mano sobre la mía y agradezco el calor que desprende, pero su mirada me cautiva, y hace que pierda la noción de dónde estamos o con quién. Solo puedo mirarle a él, solo puedo confiar en

que él me protegerá.

—Voy a hacer esa malita llamada.

Una hora después permanezco dando vueltas por la habitación como un perro enjaulado. Caleb y Riggs están en la habitación de al lado, pero no puedo sentirme más expuesta de lo que me siento en este momento. En cualquier momento llegará el principal sospechoso de mi agresión y tengo que enfrentarme a él si quiero que mi viaje no levante sus sospechas.

—Relájate, nena. Estoy aquí mismo —escucho a Caleb por el intraauricular.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —protesto.

—Mañana nos alejaremos de todo esto, solo queda una noche más. Deja de preocuparte.

—¿Dónde nos vamos?

—Es secreto de sumario, señorita entrometida. Si te lo digo tendría que matarte.

Sonrío por primera vez en toda la tarde. Caleb siempre consigue calmarme aunque la situación sea peligrosa. El timbre de la puerta suena sobresaltándome, e inspiro hondo antes de dirigirme a abrirla.

—Respira, nena —susurra Caleb—. Empieza el espectáculo.

Dean entra en la habitación con ese aire de superioridad que posiblemente antes me encantaba, pero que ahora detesto. Intenta besarme en la boca, pero esquivo su avance y sus labios aterrizan en mi mejilla. Se sienta repantigado en el sillón y me mira con una ceja arqueada.

—Bien, tú dirás.

—Esto no es nada fácil para mí, Dean, así que lo diré sin más. No quiero casarme contigo.

—¿Cómo?

—Me he dado cuenta de que seguir contigo es una farsa, porque no te quiero, y esos sentimientos nunca van a volver. Mi memoria no va a volver, Dean, y ahora solo te tengo cariño, pero no estoy enamorada de ti.

—¡No puedes dejarme! La boda... ¡La boda está en marcha!

—Se puede anular. No quiero que vivamos una mentira, no quiero despertarme un día y sentir que he echado mi vida a perder, y no creo que tú lo quieras.

—Cariño, no estás pensando con claridad. La agresión te ha hecho dudar de nosotros, pero lo nuestro funcionaba. ¡Íbamos a casarnos, joder!

—Lo siento. Dean, de verdad lo siento mucho.

—No, Livy... No vas a dejarme. Tenemos muchos planes, muchos proyectos. ¡Y no vas a dejarme!

Dean me agarra del brazo para acercarme a su cuerpo, intenta besarme, y le empujo con todas mis fuerzas intentando escapar de su agarre. El pánico me inunda, pero respiro aliviada cuando veo a Caleb

entrando por la puerta del pasillo.

—Suéltala. —Su tono es frío, y puedo notar la rabia burbujeando en su garganta.

—Claro... debí suponerlo —dice Dean poniendo las manos en alto—. Tu perro faldero está vigilando, al acecho. ¿Te lo follas a él? ¡Porque a mí no me has dejado tocarte ni un puto pelo!

—Esto no tiene que ver con el inspector Davis, Dean —digo—. Solo tiene que ver con nosotros.

—¡Ni siquiera nos has dado una maldita oportunidad! ¡Ni siquiera lo has intentado!

—Márchate, Dean —dice Caleb—. Márchate antes de que me arrepienta de dejarte ir.

—¡Y una mierda! ¿Crees que has ganado, maldito bastardo? ¿Crees que has conseguido a mi chica? ¡Ni lo sueñes, ¿me oyes?! ¡Ella es mía!

Caleb saca la pistola de su funda y apunta a Dean, amartillándola. No me gusta el cariz que está tomando todo esto, no me gusta en absoluto. Los ojos de Caleb destilan una rabia desconocida para mí, son dos carámbanos helados, dos pozos sin fondo que no me gustaría tener jamás dirigidos a mí.

—Lárgate —dice con los dientes apretados.

Dean levanta las manos con cara de odio y sonrisa perversa, y se aleja despacio andando de espaldas hasta la puerta.

—Me voy, inspector, pero le hundiré. Conseguiré que pierda esa placa que tanto adora, y le meteré entre rejas. No sabe con quién se está metiendo, Davis, no tiene ni idea.

Dicho esto, sale dando un portazo, que me hace saltar en el sitio. Caleb me abraza con fuerza, sosteniendo mi cabeza contra su pecho.

—Tranquila, ya pasó. Lo has hecho muy bien.

—¿Cómo se te ocurre aparecer, Caleb? Podría haber conseguido que confesara.

—¿Y darle la oportunidad de tocarte? ¿Estás loca?

—Creo que solo quería besarme. Creo que lo único que intentaba era acercarme a él para besarme.

—Me da igual, Liv. No voy a ponerte en peligro por una confesión, ¿está claro?

—Lo sé, es tu trabajo. Pero...

—¿Mi trabajo, en serio? ¡Mi trabajo era arrancarle una puñetera confesión a ese desgraciado! No lo entiendes, ¿verdad?

Me quedo mirándole a los ojos, esos ojos que consiguen hipnotizarme, y acerco mi boca a la suya lenta, muy lentamente, para darle la oportunidad de escapar sin dejarme en evidencia. Pero él sostiene mi cabeza con ambas manos y une sus labios a los míos, saboreando lentamente cada recoveco de mi boca, consiguiendo que mis piernas se vuelvan mantequilla, que mi respiración se acelere y que el corazón me lata a mil por hora. Enredo mis dedos entre su sedoso cabello y me pongo de puntillas para acercarme más a él, que rodea mi cintura con sus fuertes brazos y me aprieta como si nunca fuera a soltarme. Cuando

termina el beso, se separa de mí un poco y fija su mirada en la mía.

—Ahora vuelve a decir que el beso no ha tenido importancia.

Dicho esto, vuelve a la habitación y yo me quedo ahí, plantada en el sitio envolviéndome con los brazos, con el corazón a mil por hora y la sangre hirviendo en mis venas.

Capítulo 7

Llevo mucho rato mirando el techo sin ver nada. Solo puedo pensar en lo que pasó anoche con Caleb. “No lo entiendes, ¿verdad?”. ¿Qué tengo que entender? No quiero hacerme ilusiones con algo que sé que es fruto de mi imaginación. Pero ese beso... ese beso me ha dejado descolocada.

Acaricio mis labios recordando su sabor, su textura, los sentimientos que me inundaron cuando Caleb me apretó contra su pecho. No puedo olvidarlo, y menos aún cuando mañana viajaremos juntos a no sé dónde para escapar de Dean. Me levanto frustrada de la cama y me dispongo a hacer la maleta. No tengo ni idea de cuál será nuestro destino, así que meto un poco de todo para no pasar ni frío ni calor. Supongo que él ha visto la luz bajo la puerta, porque tras golpearla suavemente con los nudillos entra en mi dormitorio y se sienta en la cama.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —pregunto.

—No, no puedo. No dejo de darle vueltas a todo esto.

—¿Qué pasa?

—No sé, tengo la sensación de que algo se me escapa, algo importante, y no sé qué demonios es.

—Cuando estemos lejos de aquí tendrás tiempo para pensar.

—Créeme, lo dudo. Cuando lleguemos a casa de mis padres lo que menos voy a poder hacer será pensar.

—¿Me llevas a casa de tus padres? —pregunto sorprendida.

—Es el sitio más seguro al que te puedo llevar. Está en la otra punta del país, y mi padre y mi hermano son policías, así que...

—No sé si es buena idea...

—Es la mejor opción, Liv. Ya tengo nuestras nuevas identidades. —Me entrega un pasaporte—. A partir de ahora estamos casados.

—¿Cómo? —Caleb hace una mueca ante mi cara de estupefacción.

—Solo en la ficción, tranquila. Sé que es un poco embarazoso, pero...

—Era la mejor opción para explicar nuestro viaje, lo sé.

Cuando termino de hacer la maleta, me dejo caer en la cama y suspiro cansada. Necesito un respiro, necesito poder dormir bien una sola noche, sin miedos ni incertidumbre. Caleb pasa su brazo por mis hombros y me besa en la cabeza. Como si fuera mi marido, adoptando el papel que tendrá que interpretar durante un tiempo indefinido.

—¿Puedo pedirte un favor? —susurro.

—Claro, ¿qué necesitas?

—¿Te importa quedarte a dormir aquí conmigo lo que queda de noche?

—Liv, no creo que...

—Necesito dormir. Necesito descansar por una vez, y sé que esa es la única manera en la que lo conseguiré.

Caleb se levanta de la cama y, sin apartar sus ojos de los míos, se deshace de su corbata, su cinturón y los zapatos. Coloca la pistola sobre la mesilla que hay en el lado de la cama más cercano a la puerta, y se tumba arrastrándose hasta su pecho. Los latidos de su corazón consiguen calmarme, la caricia de su mano sobre mi pelo me transporta poco a poco hacia el mundo de Morfeo, donde no hay miedos, ni preocupaciones... solo paz.

Me despierto al alba, sola en la cama. Mi maleta ha desaparecido, así que Caleb debe haber estado preparándolo todo. Me doy una ducha y me pongo ropa cómoda antes de salir al salón. Caleb tiene el café preparado, pero no hay señales de él por ninguna parte, así que me sirvo una taza y me apoyo en la encimera para disfrutar del momento. Cuando él entra por la puerta, me sonrío y se dispone a cerrar todas las ventanas.

—¿Has dormido algo? —pregunto.

—Sorprendentemente sí, he dormido. Era difícil con tus ronquidos, pero...

—¡Oye! Yo no ronco.

—Pareces un tractor averiado, pero ¡ey! Puedo con ello. Tengo tapones en el coche.

—No tienes vergüenza.

—Ni un poquito, pero te caigo bien.

—¿Cuándo nos vamos?

—En cuanto te tomes ese café. Desayunaremos en alguna cafetería por el camino. No quiero que Dean se entere antes de tiempo de nuestra marcha.

Desde Seattle a Nueva Jersey hay tres días de camino en coche. Tres días a solas con Caleb, sin saber de qué hablar, ni qué hacer... y ya me estoy poniendo nerviosa. Se supone que somos una pareja de recién casados que está de luna de miel, así que ante los ojos de la gente tendremos que parecerlo. No sé si podré soportarlo. No sé si seré capaz de aguantar sus carantoñas sin tirarme a su yugular y hacerle el amor sobre la primera superficie plana que encuentre en mi camino. Porque le deseo. Le deseo con un ansia imposible de controlar, y no puedo remediarlo aunque lo intente con todas mis fuerzas.

—¿Lista?

Asiento y cojo mi bolso para dirigirme a la puerta, pero Caleb me detiene sosteniéndome del brazo.

—¿Estás bien?

—Sí, solo preocupada. No quiero que más personas estén en peligro por mi culpa, y al llevarme a casa de tus padres los estás poniendo en peligro a ellos también.

—Nadie sabe dónde vamos, solo Riggs, tú y yo.

—Pero si nos persigue...

—No va a perseguirnos. Hay varios agentes vigilando cada uno de sus movimientos. Ahora mismo está en el juzgado, trabajando. Así que deja de preocuparte, ¿de acuerdo?

Hacemos la primera parte del camino en silencio. Media hora después de salir paramos en Everett, un pueblo cercano, a desayunar. Caleb pide tortitas con chocolate y nata, y yo huevos revueltos con salchichas y tostadas. Cuando la camarera se marcha, Caleb coge mi mano por encima de la mesa y me coloca una alianza de oro en el dedo anular.

—Es un detalle que no tuve en cuenta, a Riggs se le ocurrió.

—La gente hablaría si no lo llevásemos, tienes razón.

Coloca una alianza más gruesa en su propio dedo y da buena cuenta de su desayuno. Yo como en silencio, pero cuando ha pasado un rato me doy cuenta de que solo he revuelto la comida en el plato y que apenas he probado bocado.

—Nena, tienes que comer —dice Caleb.

—Sí, solo estaba pensando.

—No pienses. Desayuna y disfruta de la aventura.

—Y bien, esposo, ¿hacia dónde vamos ahora?

Los ojos de Caleb arden, pero sonrío y saca un mapa que coloca sobre la mesa.

—Iremos por la interestatal hasta Billings, en Montana.

—Montana... me gusta. ¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Llegaremos esta noche, tenía pensado que durmiésemos allí.

—Muy bien —digo con una sonrisa.

La camarera se acerca para llenar nuestras tazas de café. Es increíble la forma en la que mira a Caleb. Es descarada, muy descarada... y él ni siquiera se ha dado cuenta de ello. Tan solo sostiene mis manos entre las suyas esperando que ella se marche. Sin embargo, cuando termina su tarea, la camarera se vuelve hacia él con una sonrisa.

—Si necesitan algo más solo tienen que decírmelo.

No es lo que dice, sino cómo lo dice lo que me hace sonreír. Ha sonado a “si necesitas un polvo estaré encantada de ofrecerte voluntaria”. Caleb levanta la cabeza y le sonrío.

—Mi esposa y yo estamos bien, gracias.

Tema zanjado. La camarera me mira con odio y se marcha de la mesa.

—Como si no tuviese bastantes enemigos, tú acabas de crearme una más.

—¿Cómo? —¿En serio no se ha enterado de nada?

—La camarera está coladita por ti, has destrozado sus ilusiones.

—No me interesa.

—¡Vamos, Caleb! Vuelves a estar libre.

—Ya lo sé, pero no es mi tipo.

—¿Ah, no? ¿Y cuál es tu tipo, si puede saberse?

Su mirada se fija en la mía tan intensa, tan ardiente que podría derretir hasta el mismísimo Polo Norte. Acerca nuestras manos unidas a su boca lentamente, y deposita un cálido beso en el interior de mi muñeca.

—Ahora vuelvo.

Le observo alejarse entre las mesas hacia el baño, y apoyo la barbilla en las palmas de mis manos con un suspiro. ¿En serio soy tan ingenua que pienso que voy a salir indemne de esta situación? La camarera vuelve a acercarse a llenarme la taza de café, pero niego con la cabeza y tapo la taza con una sonrisa.

—¿Recién casados? —pregunta.

—Así es, nos casamos ayer.

—Es usted una mujer con suerte, no todos los días aparecen por este bar hombres como él.

Dicho esto, vuelve a la mesa de al lado a tomarles el pedido. Caleb vuelve unos minutos después, y antes de sentarse une sus labios a los míos tan solo un instante, un leve roce de labios que ha encendido mi deseo... otra vez. Me repito una y otra vez que lo hace por guardar las apariencias, porque tenemos que representar el papel que nos han asignado, pero en mi fuero interno algo me dice que no es así.

—¿Nos vamos? —dice Caleb.

—Sí, será lo mejor, o esa camarera te va a comer como desayuno.

—Deja a la pobre mujer, Liv. Aquí solo ve ancianos y camioneros. Es normal que se sienta atraída por un hombre tan sexy como yo.

—No te hace falta abuela, ¿eh?

Él se queda un segundo pensando mirando al cielo con una ceja arqueada.

—La verdad es que no.

Le empujo riendo y me meto en el coche. Caleb abre la guantera y saca una pequeña pistola plateada, que pone en mi regazo.

—Deberías llevarla siempre contigo.

—No la quiero. —No me gustan las armas, las detesto.

—Tienes que protegerte, Liv. ¿Qué pasa si me disparan? Estarías a merced del asesino.

—No sé disparar.

—No hay problema, yo te enseñaré.

—No es buena idea, Caleb, yo...

—Tienes que defenderte. Necesitas algo más que esas preciosas uñas esmaltadas para tener alguna oportunidad de salir ilesa, así que la llevarás.

Dicho esto, pone el coche en marcha, en dirección a nuestro próximo destino. A mitad de camino para en un lado de la carretera y me hace salir del coche para adentrarnos entre la espesura del bosque adyacente. Cuando nos hemos alejado lo suficiente de la carretera, alarga la mano hasta mis vaqueros y saca del bolsillo la pequeña pistola. Tras cargarla, la pone en mis manos y se coloca detrás de mí.

—A ver, nena. Esta pistola no es para matar a nadie, sino para darte un poco de ventaja. Lo único que harás con ella será dejar tirado en el suelo al agresor con el cuerpo lleno de plomo, pero te dará la oportunidad de escapar.

—De acuerdo.

—Ahora mismo tiene el seguro echado. Se quita así —dice mostrándome cómo hacerlo—. Ahora la amartillas, y apuntas a tu objetivo.

Acerca su cuerpo al mío y me rodea con sus brazos para colocar sus manos sobre las mías en la pistola.

—Es demasiado pequeña para que tenga retroceso, pero aún así el cañón se desviará un poco de su objetivo, así que tienes que tener eso en cuenta. Apunta mirando por esta mirilla... y dispara.

La bala de perdigones sale disparada hacia el árbol que hay a pocos metros de nosotros, incrustándose en la dura madera. Caleb se separa de mí, y de repente siento frío, un frío que recorre mis huesos ya helados de por sí.

—Ahora hazlo tú. Acércate a ese disparo todo lo que puedas.

Tras más de veinte disparos, de los cuales solo uno se ha acercado a la bala que ha disparado Caleb, volvemos a ponernos en marcha. Llegamos a *Billings* al atardecer, y vamos a registrarnos en el primer hotel que encontramos. El recepcionista es un hombre mayor muy amable, que al vernos sonrío de oreja a oreja.

—No me lo digan, recién casados.

—Así es —dice Caleb.

—¿Cómo lo ha sabido? —pregunto intrigada.

—Reconocería el brillo del amor recién estrenado en cualquier parte. Si a eso le sumamos sus alianzas...

—¡Oh, es verdad! —digo acariciando el aro de oro— Llevamos tan poco tiempo casados que aún no me acostumbro a llevarla.

—Créame, señora, se acostumbrará. Hace diez años que murió mi Jane y aún no he sido capaz de quitarme su anillo. Muy bien, soy el señor Lance, el dueño del hotel. Les daré la suite nupcial, que sigue libre. ¿Les parece bien?

—Perfecto —dice Caleb.

—Bien, el chico les llevará hasta ella. Y ya que están en *Billings*, les recomendaría ir a la plaza del pueblo. Hoy es la fiesta mejicana, y habrá baile y buena comida.

—¿Te apetece que vayamos, nena? —dice Caleb.

—Claro, será divertido.

—En ese caso, sigan por esta calle hasta el final y luego tuerzan a la derecha. No tiene pérdida.

—Muchas gracias, señor Lance —digo cogiendo a Caleb del brazo—. Que tenga una buena noche.

Subimos en el ascensor en silencio. Caleb está nervioso, puedo notarlo por la forma en que golpea su muslo una y otra vez con el pulgar. No se lo reprocho, la tensión sexual está ahí aunque nos esforcemos por ignorarla, y dormir en la misma habitación no va a ayudarnos en absoluto.

La suite es de cuento de hadas. Las paredes son de ladrillo visto, y el baño está separado de la habitación por un sencillo panel de cristal. A la izquierda de la habitación hay una enorme cama de sábanas blancas situada junto a la ventana. A los pies de la misma nos encontramos un sencillo banco plateado y un espejo de cuerpo entero, y junto al separador de cristal una cómoda blanca de estilo victoriano. Tras el separador, una pequeña superficie de madera incorpora el lavabo, y sobre el mismo hay un espejo sujeto con silicona al cristal. A la derecha de la sala nos espera una bañera ovalada en la que fácilmente entran dos personas, y tras unas puertas de cristal opaco están el inodoro y una pequeña ducha. Frente a la puerta, por último, hay un par de sillas muy cómodas con una pequeña mesa de café.

No hay sofá, ni ninguna otra superficie en la que se pueda dormir. Tendremos que compartir obligatoriamente la cama. Mi vientre se altera con ese pensamiento, pero lo deshecho de inmediato y subo la maleta a una de las sillas para sacar la ropa que necesito.

—Ve a ducharte tú primero, Liv. Tengo que hacer unas llamadas. Iremos a la plaza, si te parece bien. No tenemos por qué estar encerrados todo el día.

Asiento y saco de mi maleta el único vestido que he traído, negro, liso, sin mangas y hasta las rodillas. No es gran cosa, pero es el único vestido que había en mi armario que pudiese utilizar para cualquier ocasión.

Por suerte puedo poner la ropa sobre el inodoro mientras me ducho, así que no tendré que pasar la vergüenza de vestirme delante de Caleb. El agua no está demasiado caliente, pero elimina el sudor y la suciedad de mi piel, haciendo que me sienta bien por primera vez en todo el día. No me demoro demasiado, y cuando salgo Caleb sigue hablando por el móvil.

—Gracias, Donovan. Te llamaré mañana.

Tira el teléfono sobre la cama y se marcha a la ducha, pero me percató de que no lleva ninguna ropa en las manos. No pensará vestirse delante de mí, ¿verdad? Intento evitar pensar en ello arreglándome el pelo en un moño sencillo. Me dejo un par de mechones dorados cayendo a ambos lados de mi cara para darle un aspecto más informal, y me aplico un poco de máscara de pestañas y brillo de labios.

Cuando Caleb sale de la ducha, me quedo sin respiración. Está vestido únicamente por una toalla sobre su cintura que cubre menos de lo que desearía, y el agua corre por sus abdominales cincelados en un camino incierto que me encantaría recorrer con la lengua. Se acerca a su maleta sin pudor alguno y saca de ella unos bóxers negros que se pone sin deshacerse de la toalla, gracias a Dios. Pero me quedo con la boca seca cuando la deja caer al suelo y puedo ver claramente el bulto de su miembro bajo la tela.

—¿Podrías vestirme en el baño, por favor? —digo volviéndome hacia la ventana.

—¿Qué? ¿Acaso nunca has visto a un hombre en calzoncillos? Creo recordar que no es la primera vez que me ves en esta situación, de hecho. Puede que tú puedas vestirme en ese espacio tan ridículo, Liv, pero yo soy demasiado grande para hacerlo.

—Bien, te esperaré en el vestíbulo entonces.

Intento pasar por su lado pero él se interpone en mi camino con cara de satisfacción.

—¿Acaso te pongo nerviosa, Liv?

—No digas tonterías. Es incómodo, nada más.

—Así que incómodo... ¿Pues sabes lo que creo? Que te has excitado. Tus ojos no mienten, nena... Te gusta lo que ves.

—Deja de decir estupideces y déjame pasar.

—Eh... creo que no. ¿Y sabes por qué? Porque se te olvida que un asesino anda suelto y que tú eres su principal objetivo. Vas a tener que resignarte, preciosa.

—Muy bien, en ese caso me voy yo al baño. Avísame cuando termines.

Me doy la vuelta y me siento en el inodoro escuchando sus carcajadas. Dios... cuando quiere puede ser insoportable.

La plaza es un hervidero de gente divirtiéndose. La fiesta incluye auténtica comida mexicana, juegos para niños, rifas y una subasta, así como entretenimiento en forma de bailes culturales, canciones y una popular banda de mariachis de Las Vegas. Tras mucho apostar en las rifas, Caleb me consigue un osito de peluche. Es un detalle muy tierno, y se lo agradezco con un beso en los labios. Ha sido un acto reflejo, pero él solo sonríe y pasa su brazo por mis hombros para ir al puesto de fruslerías, donde me compra una bonita pulsera de colores.

La cena se sirve en la zona norte de la plaza. Cuesta doce dólares, y puedes comer hasta que la comida se termine. Me sirvo un poco de todo, pues la mayoría de los platos no recuerdo haberlos probado, y nos sentamos en una mesa a disfrutar del concierto.

—¿Te diviertes? —pregunta Caleb.

—Mucho. Desde que desperté no me he permitido divertirme, ya era hora de que lo hiciera.

—No es que hayas tenido muchas oportunidades de hacerlo.

—Cierto, pero ahora estoy aquí y pienso disfrutar todo lo que pueda.

Caleb se levanta y tiende su mano hacia mí.

—Vamos a bailar.

En ese momento la banda comienza a tocar una balada, y Caleb me pega a su cuerpo y me rodea por la cintura con sus fuertes brazos. Yo coloco mis manos en sus hombros, tensa, muy tensa. Un escalofrío recorre mi espalda cuando su aliento acaricia mi oído.

—Sé más cariñosa, Liv. La gente creerá que hemos discutido.

—Estoy incómoda.

—¡Vamos! ¿Te pongo nerviosa?

—¿Quieres dejarlo ya?

—Estoy bromeando, Liv. No te enfades, pero es que eres muy susceptible y me encanta hacerte rabiar.

Con que esas tenemos, ¿no? Pues ahora verás, inspector de pacotilla. Paso mis brazos alrededor de su cuello y comienzo a masajear su nuca con las yemas de mis dedos. Pego mi cuerpo al suyo, y acerco mis labios a un centímetro de su boca.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunta tragando saliva.

—Represento mi papel, inspector. Una recién casada debería provocar a su marido.

—Estás jugando con fuego, pequeña.

—No me digas...

Siento cómo su erección crece cerca de mi estómago, y el calor inunda mi cuerpo. Caleb se lame los labios con lujuria, y sus ojos se han convertido en dos pozos llameantes de deseo. Mi respiración se acelera por momentos, sus brazos me aprisionan pegándome por completo a su pecho, y su boca atrapa la mía con un apetito voraz. Sus labios cubren los míos, los saborean. Su lengua se abre paso por mis dientes hasta encontrar cada uno de los secretos que se esconden en el interior de mi boca. Un gemido quedo escapa de mi garganta cuando muerde suavemente mi labio inferior para suavizar la caricia con la lengua, e inspiro hondo cuando su miembro entra en contacto con mi sexo a través de la ropa.

No hacen falta las palabras, todo queda dicho cuando nos miramos a los ojos. Corremos hacia la habitación dando traspiés, parándonos en alguna esquina para volver a saborearnos, y cuando cerramos la puerta a nuestras espaldas, Caleb me aprisiona contra ella e introduce la mano bajo la tela de mi vestido hasta apretar mi muslo. Mis manos desabrochan su camisa con frenesí, las suyas bajan lentamente la cremallera de mi vestido, y casi sin darnos cuenta estamos tumbados en la cama, él solo con los

pantalones, yo en ropa interior.

Sus manos me acarician lentamente a lo largo de la pierna, y cuando casi está a punto de llegar al lugar donde más necesito que me toque, Caleb se para en seco y rompe el beso, separándose de mí y dándome la espalda.

—Lo siento, Liv... No debí... Esto no puede volver a pasar.

Dicho esto, coge su camisa del suelo y sale de la habitación, y yo me quedo tumbada en la cama con la respiración acelerada, la sangre hirviendo en mis venas y sin saber qué demonios acaba de pasar.

Capítulo 8

Llevo mirando al techo más de media hora, y no sé si tengo ganas de reír o llorar. Caleb aún no ha dado señales de vida, y la verdad es que lo agradezco. No seré capaz de volver a mirarle a la cara después de lo que acaba de pasar. En cuanto salió por la puerta me enfundé en mi pijama de perritos y me metí bajo las sábanas, con unas ganas de llorar que a punto estuve de no poder aguantar.

Ahora me inunda la rabia. ¿Quién demonios se cree que es para provocarme de esa manera? ¿Acaso se cree con el derecho de tomar lo que quiera de mí sin ofrecer nada a cambio? En ese momento el causante de mi ira entra por la puerta de la habitación. Me hago la dormida, pero entre mis pestañas puedo ver que ha bebido, y que su aspecto es el de un hombre atormentado.

Le observo deshacerse torpemente de su ropa y meterse en el baño. Le veo echarse agua en la cara y entrar a la ducha. He decidido que no pienso enfrentarlo esta noche, no en ese estado. Cuando se acerca a la cama me tapo la cara con las mantas y cierro los ojos. Siento su mano en mi hombro, y me zarandea suavemente.

—Liv, eh Liv... ¿Estás despierta?

No respondo, e intento que mi respiración sea tranquila para que no se dé cuenta de que estoy despierta, aunque con la borrachera que trae estoy segura de que no recordará mañana ni quién es.

—Cojonudo, gilipollas —dice peleando con el pantalón de chándal que se pone para dormir—. La has cagado, a ver cómo demonios lo arreglas ahora.

Dicho esto, se echa sobre las mantas, se tapa los ojos con el brazo y empieza a roncar en menos que canta un gallo.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, Caleb ya no está en la habitación. Lo prefiero, porque no soy capaz de enfrentarme a él en este momento. Me doy una ducha rápida y me pongo unos vaqueros y una camiseta holgada, pues supongo que hoy emprenderemos de nuevo el viaje.

Sobre la mesilla hay una nota de Caleb en la que me dice que me espera en la cafetería de frente del hotel, así que cojo mi bolso y me dirijo hacia allí. Le encuentro sentado en la barra, pero cuando me ve se levanta y me retira la silla de una de las mesas, como todo un caballero. Se lo agradezco con un seco “gracias” y me dispongo a mirar la carta. Al final opto por un cuenco de fruta fresca, no tengo mucha hambre y con eso y el café bastará.

Desayunamos en silencio, como dos completos extraños, él mirando el teléfono y yo leyendo el periódico.

Una hora después estamos de nuevo en camino. El silencio es roto únicamente por la canción que suena en la radio, y yo no aparto la mirada de la ventanilla para no tener que enfrentarme a él. De repente, Caleb da un volantazo y se mete en una pequeña superficie de tierra que hay junto a la carretera.

Tras apagar el motor, se vuelve hacia mí.

—Tenemos que hablar —dice.

—No tenemos por qué, aquí no hay nadie más y no tenemos que representar ningún papel.

—Liv, sabes a lo que me refiero.

—No hay nada de qué hablar. Habíamos bebido y se nos fue de las manos. Si no hubieses parado tú, lo habría hecho yo.

—Engañaate a ti misma si quieres, pero los dos sabemos que eso no es cierto.

—¿Qué quieres, Caleb? ¿Que te cuente lo humillada que me sentí cuando saliste por la puerta? Lo entiendo, ¿de acuerdo? Así que déjalo estar.

—Me gustas mucho, Elisabeth. Me gustas tanto que cada minuto que paso contigo es una auténtica tortura porque no puedo tocarte. Y te aseguro que anoche me quedé tan frustrado como tú, si no más. Pero si me implico personalmente me sacarán del caso, y no voy a consentirlo.

—Riggs se ha implicado personalmente y sigue en el caso.

—Riggs no se ha implicado con la víctima.

Asiento y vuelvo a mirar por la ventana, aguantándome las ganas de llorar.

—¿Podemos ser civilizados hasta que todo esto termine? —pregunta— ¿Podemos dejarlo estar hasta que podamos hablar de ello?

—De acuerdo. Lo intentaré.

Siento sus labios apoyarse suavemente en mi sien antes de que Caleb ponga de nuevo el coche en marcha. Tres horas después paramos en Hammond a comer algo. Comemos en silencio, pero necesito que la tensión desaparezca, así que le sonrío y sigo tomando mi café.

—¿Podrías llamar a Riggs para ver cómo está Sam? —digo.

—Claro, en cuanto estemos en el coche podrás hablar con ella.

—Gracias.

Caleb se me queda mirando fijamente, y no sé qué habrá visto en mi cara, pero me coge la mano por encima de la mesa y me da un suave apretón.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy muy cansada de todo esto. Necesito que termine, poder volver a mi casa y vivir tranquila. Necesito volver a conocer a mi familia y a mis amigos, necesito sentirme a salvo de una vez.

—Tranquila, pronto lo estarás.

—Es fácil decirlo, pero me siento atrapada.

—Piensa en esto como en unas vacaciones, no como una huída. Quizás te sientas mejor.

—¿Tú crees? Yo no lo tengo tan claro.

Caleb se levanta de su asiento y suelta un par de billetes sobre la mesa antes de tirar de mí para que me levante.

—Vamos, necesitas urgentemente hablar con Sam.

Nos metemos en el coche y Caleb marca el número de Riggs. Nadie contesta. Lo intenta dos veces más, sin éxito. Le miro preocupada, pero él niega con la cabeza y vuelve a intentarlo. Al quinto tono, Riggs coge el dichoso aparato.

—¿Dónde cojones estabas? —dice Caleb— ¡Maldita sea, Riggs, me has dado un susto de muerte! Dile a Sam que se ponga, Liv necesita hablar con ella.

En cuanto Sam se pone al teléfono, Caleb me pasa el aparato y sale del coche para dejarme privacidad.

—Sam, ¿dónde estabais? Casi me muero del susto.

—Lo siento, lo siento, pero nos era imposible coger el teléfono —contesta con una risita.

—¡Oh! ¿Estabais echando un polvo? —digo riendo— Pues entonces siento la interrupción.

—Tranquila, hemos acabado bien. ¿Qué tal estás?

—Dios, Sam... Esto es un caos. Soy la esposa del inspector Davis, ¿sabes?

—¿¿Que os habéis casado??

—¡No! Es mi identidad falsa. Pero en público tenemos que parecer recién casados, y...

—¿Os habéis besado?

—Más de una vez. Y anoche estuvimos a punto de... ya sabes.

—¿¿Tuvisteis sexo?? ¡Lo sabía!

—No, Sam. No tuvimos sexo. Él se marchó.

—¿Lo dices en serio? Le creía más inteligente.

—Estábamos en la cama, yo en ropa interior y él casi desnudo, besándonos, acariciándonos, y de repente se puso de pie y se marchó de la habitación.

—¿Es gay?

—No, te aseguro que el bulto de sus pantalones no era nada gay. Pero me sentí humillada, Sam. Su explicación es muy lógica, pero eso no quita que me sienta avergonzada.

—¿Avergonzada por qué? No has hecho nada malo. Te atrae, y si él inició algo y después no pudo seguirlo no es culpa tuya. ¿Cuál fue su excusa?

—Si se implica personalmente en el caso le echan de él, y no quiere que eso ocurra.

—Tiene sentido, Liv.

—Lo sé, pero eso no quita que me sienta frustrada.

—Dale tiempo, seguro que cuando todo esto acabe lo retomaréis por donde lo habéis dejado.

—¿Tú crees? Me gusta tanto, Sam...

—Estoy segura.

Un golpe suave en la ventanilla me hace dar un respingo, pero solo es Caleb para decirme que debemos irnos.

—Oye, tengo que dejarte. Debemos seguir en camino.

—¿Dónde estás?

—En un pueblo de Montana. No sé a dónde nos dirigimos, solo vamos paso a paso.

—Pues aprovecha el tiempo y diviértete todo lo que puedas. Nos veremos pronto, ya lo verás.

—Eso espero. Cuídate, y no desgastes demasiado a Riggs, que el pobre hombre ido allí a protegerte, no a ser tu esclavo sexual —bromeo.

—Créeme, es al contrario. Ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

Cuando cuelgo el teléfono me encuentro mucho más animada. Me alegra mucho que Sam y Riggs estén saliendo, pero también siento envidia, porque me gustaría que lo mío con Caleb también llegase a buen puerto.

Llegamos a Worthing, en Dakota del Sur, pasadas las diez de la noche. Estoy destrozada y lo único que necesito es dormir, pero Caleb insiste en que vayamos a cenar. Me pido una ensalada y un poco de fruta, y me lo como más por obligación que por ganas. Tengo que reconocer que el hotelito es una monada, pequeño y acogedor. Solo tiene diez habitaciones, y un comedor, en el que sirven el desayuno, adornado con ganchillo en todas partes.

La habitación es acogedora, aunque no es demasiado grande. Frente a la puerta está la cama de matrimonio con dos mesitas, a la derecha una puerta que da al baño, compuesto por un inodoro, un pequeño lavabo y una ducha, y junto a la puerta hay un armario pequeño en el que poder guardar la ropa. En esta habitación sí hay un sofá, cosa que me deja más tranquila. Caleb pide una manta más en recepción alegando que yo soy muy friolera, y nos disponemos a irnos a dormir.

Cuando salgo de la ducha, Caleb ya está tumbado en el sofá, tapado con la manta y con un cojín en la cabeza. Me meto entre las sábanas y tras un “Buenas noches” cierro los ojos dispuesta a dormirme. Pero pasan las horas en el reloj y el sueño no llega, y por si eso fuera poco las vueltas de Caleb en el sillón me están poniendo nerviosa.

—¿Ocurre algo? —susurro.

—No pasa nada, vuelve a dormirte.

—¿Estás cómodo?

—Sí, tranquila. Estoy bien.

Pero las vueltas, los gruñidos y los resoplidos no cesan, así que enciendo la luz de la mesita para descubrir que sus piernas quedan colgando del brazo del sofá, porque es demasiado pequeño para él.

—¡Por amor de Dios, Caleb! Ven a la cama.

—Estoy bien.

—Sí, claro... Esa postura es de lo más cómoda. Te falta medio sofá, así que no seas cabezón.

—No quiero que te sientas incómoda.

—Me siento incómoda al verte contorsionarte para entrar en ese ridículo sofá, así que deja de protestar y mueve el culo.

Caleb suspira y se acuesta a mi lado, pero por encima de mis mantas, y se tapa con las que él tenía en el sofá. Liv 1 – Caleb 0. ¿Cómo puede una persona ser tan cabezota? Me vuelvo hacia el otro lado para poder conciliar el sueño, pero su respiración acompasada me incita a volverme de nuevo y observarle dormir. Sus rasgos cincelados se han suavizado por el sueño, y sus pestañas aletean sobre sus mejillas mientras de su boca entreabierta escapan pequeños suspiros. Acaricio suavemente su mejilla con un dedo antes de besarla y volverme a dormir. Esta vez el sueño llega de repente, y antes de lo que esperaba estoy en el mundo de los sueños.

Por la mañana, el peso de algo duro sobre mi estómago me impide respirar. Abro los ojos para ver que se trata de la pierna de Caleb, que está dormido en una postura imposible. Aguanto las ganas de reír ante su aspecto, pero cierro los ojos y gimo con la esperanza de que se despierte y corrija su postura sin hacer peligrar su ego masculino. Después de un cuarto de hora, tengo el estómago dolorido y él sigue roncando.

—Caleb —susurro—. Caleb, despierta, me haces daño.

Abre los ojos lentamente y una sonrisa muy sensual adorna sus labios carnosos. Antes de que me dé tiempo siquiera a pensar, se abalanza sobre mí y devora mi boca con ansia. Mis manos se enredan inconscientemente en su pelo, y sus manos se cuelan bajo la tela de mi camiseta para atrapar mis pechos sensibles.

Gimo presa de un calor indescriptible, siento cómo su miembro crece más y más entre mis piernas, y él se restriega contra mí, haciéndome enloquecer. Pero Caleb recobra la cordura y se aparta de mí como si le hubiese quemado, dejándome expuesta... otra vez.

—Dios, Liv, lo siento. Estaba dormido y...

—Está bien, yo también lo estaba —miento—. No pasa nada.

—Voy a darme una ducha.

Caleb se pierde tras la puerta del cuarto de baño y yo golpeo la cama llena de frustración. ¡Maldita sea! ¿Por qué siempre tengo que quedarme con la miel en los labios?

Quince minutos después sale del baño un Caleb completamente profesional, perfectamente vestido

y afeitado, y paso por su lado sin mirarle y entro en el baño dando un portazo.

Me doy una ducha bien fría para calmar el ardor que siento en la piel, y cuando creo que he recuperado la compostura me visto y salgo con una sonrisa en los labios. Caleb está hablando por teléfono, y me mira con ojos de cordero degollado, no sé si disculpándose por lo que ha pasado o si está intentando averiguar mi humor. Pues bien, que siga investigando, porque no le pienso dar ni una sola pista.

Hemos dormido hasta tarde, y salimos rumbo a la Costa Este cerca del mediodía. Me he comprado un libro en la gasolinera en la que hemos parado, así que hago todo el camino leyendo, mientras Caleb conduce. Le he preguntado varias veces si quiere que conduzca yo, pues tengo carnet, pero el muy cabezota no ha consentido en ello, así que llegará a nuestro destino muerto de cansancio.

Me sorprende parando en Princeton, Massachusetts, a las cinco de la tarde. Cuando aparca el coche, se vuelve hacia mí sonriendo.

—Hoy nos vamos a tomar un respiro —dice—. Vamos a pasarlo bien y a olvidarnos de lo que ocurre, ¿qué te parece?

—Creo que es la mejor idea que has tenido en todo el viaje.

—Tendremos que salir de aquí de madrugada para llegar a casa de mis padres mañana por la noche, pero...

—No me importa. Necesito un respiro.

En cuanto nos registramos en el hotel, nos damos una ducha y salimos a explorar la ciudad. Pasamos toda la tarde explorando el parque natural, en el que paseamos por increíbles senderos llenos de vida salvaje y helechos de más de tres metros de alto. Cuando ha anochecido, vamos a comer a un restaurante.

—¿Te has divertido? —pregunta Caleb.

—Muchísimo. Necesitaba desconectar, y ese paseo ha sido impresionante. Gracias por haber hecho la parada.

—No hay de qué. Termina de cenar que nos vamos a dormir. Saldremos a las cuatro de la madrugada, pero puedes seguir durmiendo en el coche si quieres.

—¿Y tú?

—Ya dormiré cuando todo esto termine. Ahora lo importante es ponerte a salvo.

Llegamos a la habitación y me meto en la ducha. Me tiro bajo el agua caliente más tiempo del que necesito, porque de repente me he puesto un poco nerviosa. No entiendo por qué, pues Caleb le habrá dicho a su padre que soy una víctima protegida, pero conocer a sus padres me da un poco de vergüenza. Escucho a Caleb hablar con su padre, así que espero a que termine para salir del baño.

—Hola papá... Sí, todo va bien... Llegaremos mañana de madrugada... Lo sé, pero hemos tenido que hacer una pausa... Todo esto es muy duro para ella. Quiere hacerse la fuerte, pero sé que en el fondo está aterrada... Lo sé, tranquilo. Ya le he enseñado a disparar... Yo también te quiero.

Cuando salgo de la habitación, Caleb está sentado en la cama con la cabeza entre las manos. Parece tan derrotado... Me acerco lentamente y apoyo una mano en su hombro.

—¿Te encuentras bien, Caleb?

—Sí, preciosa. Es que todo esto está pasándome factura. Estoy cansado, frustrado y cabreado. Lo siento.

—Yo también me siento así. Estoy cansada de ser una víctima. Necesito ser una mujer normal, poder volver a conocer a mi familia y conocerme de nuevo a mí misma. Estoy harta de huir.

—Mi equipo está haciendo todo lo que puede, pero Dean ha sabido ocultar muy bien su rastro. Lo único que tenemos son especulaciones, y con eso no podemos meterle entre rejas.

—¿Estás seguro de que ha sido él?

—Es el único sospechoso. El resto tiene una buena coartada. O es él, o hay un asesino suelto que te eligió a ti al azar, y eso es mucho más espeluznante.

—Deberíamos dormir un poco. Mañana será un día largo.

—Tienes razón. Vete a dormir.

—No, Caleb. Los dos nos vamos a dormir. Pon la alarma del teléfono y métete en la cama.

—Estoy bien, acuéstate tú.

—Caleb, no voy a aceptar un no por respuesta.

—No creo que sea buena idea dormir juntos, Liv.

—Pues yo creo que es la mejor idea que he tenido en todo el viaje. Hoy ambos necesitamos consuelo, Caleb, y dormir juntos no es el fin del mundo. Por favor, métete en la cama y abrázame. Solo quiero dormir, te lo prometo.

Caleb asiente y se mete en el cuarto de baño a darse una ducha. Cuando sale, yo ya estoy metida entre las sábanas, y siento cómo se aprieta contra mi espalda y pasa su brazo sobre mi cintura. El calor de su cuerpo me consuela, y creo que a él también el mío. Un suspiro sale de sus labios y poco a poco se queda dormido. El calor de su cuerpo junto al mío me relaja, y antes de darme cuenta le acompaño al mundo de los sueños.

Capítulo 9

Me despierto antes de que suene el despertador, pero he dormido de un tirón. Me deshago del brazo de Caleb y salto de la cama en dirección al baño, pues mi vejiga está amenazando con reventar de un momento a otro. Cuando ya me he deshecho de los pantalones, caigo en la cuenta de que no me he traído la ropa para cambiarme, así que salgo a la habitación despacio, creyendo que Caleb sigue dormido.

Pero Caleb está despierto, sentado en el borde de la cama hablando por teléfono. Se queda callado al verme, y sus ojos arden de deseo al verme ataviada solo con la camiseta de tirantes y las braguitas de encaje.

—Luego te llamo —dice colgando el teléfono y tirándolo a la cama.

Se acerca despacio, tan despacio que mi corazón amenaza con escaparse de mi pecho. Se detiene a solo un centímetro de mí, sin apartar la mirada de la mía ni un solo instante. Se relame como si tuviese delante un delicioso trozo de pastel de chocolate, y aprieta los puños intentando controlarse.

—Creí que estabas dormido, y...

—A la mierda.

Ataca mi boca con desesperación, y enredo mis brazos en su cuello al instante. Llevo deseando ese beso desde la última vez que lo hizo, y sé que esta vez no vamos a parar. Sus manos abarcan mis glúteos y me aprietan contra su erección, que pugna por escapar del confinamiento del pantalón de deporte. Mis pechos están aplastados contra sus pectorales, y el calor inunda todo mi cuerpo al momento.

—Te deseo, Liv, y estoy cansado de reprimirme. No puedo esperar a que todo esto termine —susurra en mi oído—. Voy a morir si no te tengo.

Su boca vuelve a la mía para deleitarse en sus texturas, en sus recovecos, y de mi garganta escapa un gemido que retumba por toda la habitación. Sus manos vagan por mi espalda, y Caleb inspira hondo al descubrir que no llevo puesto el sujetador. Mi camiseta sale volando hasta el suelo, y él se separa de mí lo justo para admirar mis pechos, hinchados por el deseo, antes de acercarse y saborear uno en su boca. Echo la cabeza hacia atrás en un intento de coger aire, porque sentir su lengua rodando por mi pezón va a llevarme de cabeza a la cordura. Sus dientes acarician lentamente mi piel, su aliento calienta mi carne, y los movimientos de sus labios sobre mí me acercan cada vez más hasta el punto de no retorno.

No quiero parar, no quiero que esta dulce tortura termine. Sentir sus manos en mi piel es algo mágico, tan sensual y especial que a punto estoy de perder el sentido, pero Caleb vuelve a apoderarse de mi boca de nuevo, y en un solo movimiento me levanta en sus fuertes brazos para llevarme hasta la cama, donde me tumba lentamente, situándose a mi lado con sus piernas enlazadas con las mías. Aún está completamente vestido, y las yemas de mis dedos cosquillean por las ganas de tocarle, mi lengua necesita pasearse por su piel y descubrir su sabor.

Mis manos pelean contra su camiseta, que se enreda en sus brazos como queriendo no dejarme disfrutar de su piel, y Caleb la rompe de un tirón y lanza los jirones al suelo de la habitación. No puedo evitar sonreír ante ese alarde de poder masculino, y él me devuelve la sonrisa antes de besar mi cuello. Recorro con las yemas de los dedos el tatuaje de su hombro: un águila real en pleno vuelo. Los detalles son tan nítidos, tan perfectos, que parece que el ave va a levantar el vuelo de un momento a otro.

—Es precioso —susurro.

—Es un ave que me encanta. Es grande, majestuosa, fuerte... Perfecta.

Su lengua vuelve a introducirse en mi boca y pierdo todo hilo de pensamiento. Sabe tan condenadamente bien... Su lengua baila con la mía y el sabor a menta fresca inunda mis sentidos. No puedo esperar más, necesito sentirle dentro de mí, pero él no piensa darse prisa. Su mano viaja desde mi rodilla hasta mi muslo, despertando terminaciones nerviosas que no sabía que existían, y cuando llega a mi ingle vuelve a bajar, dejándome frustrada. Mis uñas se clavan en su carne en un intento desesperado de tenerle más cerca, y su boca viaja por mi cuello hasta mi clavícula, besando ese punto tan sensible que me arranca un escalofrío.

Sus manos sopesan mis pechos entre sus dedos, masajeando, tanteando y despertando el deseo más si cabe. Su boca baja por mi piel, lamiendo sutilmente mis pezones para continuar su camino por mi esternón. Mi estómago se encoje ante el roce de su lengua en mi ombligo, y grito de placer cuando roza mi sexo por encima del encaje de mis braguitas. Repite el proceso una y otra vez, hasta que consigue que jadee, me retuerza y agarre su cabello entre mis dedos. Estoy tan cerca de estallar...

—Creo que esto nos sobra —susurra.

Desliza la prenda lentamente por mis piernas sin dejar de mirarme a los ojos, sin apartar esa mirada lasciva de mí. Cuando ha terminado su tarea, pasea ambas manos desde mis tobillos a mis muslos, y los abre por completo, dejándome expuesta... y tan, tan húmeda... Acerca su boca despacio a mi sexo sin dejar de mirarme. Mi respiración se acelera, mi pulso se dispara... y cuando siento su lengua recorrer mi hendidura grito de placer.

Succiona mi sexo sin piedad una y otra vez, acercándose cada vez más y más al abismo, pero cuando estoy a punto de estallar, para sufestín y vuelve a besarme, dejándome un sabor ácido en los labios.

—No vas a irte sin mí, nena.

Le observo ponerse de pie y deshacerse de los pantalones de una patada, descubriendo que no lleva ropa interior. Su pene está duro, listo para mí, y se balancea cuando vuelve de nuevo a la cama, posicionándose sobre mí. Siento su miembro acariciar mi hendidura, siento cada centímetro que introduce en mi interior. El roce es pura poesía, el tacto de su piel aterciopelada contra mi vagina es el sùmmum del placer.

Cuando está dentro de mí por completo, comienza a mecerse despacio, embestidas lentas, calculadas, que despiertan de nuevo el deseo en mi interior. Enredo las piernas en sus muslos para ayudarle en su empuje, mis manos se pasean sin rumbo fijo por la piel de su espalda, y mi boca busca la suya como si fuese un oasis en medio del desierto. Caleb aumenta el ritmo poco a poco, alzándose,

acercándome cada vez más al abismo. Su cuerpo ondula sobre mi cuerpo, el sudor perla su piel, sus gemidos se mezclan con los míos.

El ritmo se vuelve frenético, desesperado. Sus embestidas se vuelven rudas, profundas, y mi cuerpo se tensa como la cuerda de un arco cuando el placer me recorre como un rayo, y quedo desmadejada sobre el colchón. Caleb sonrío, pero no sale de mí. Me besa en la boca una vez, dos... y hace girar nuestros cuerpos hasta que quedo sentada a horcajadas sobre él. Comienzo a moverme despacio, ondulando mi pelvis hasta que su miembro sale casi por completo de mí, para volver a enterrarlo hasta el fondo, y sus manos aprietan suavemente mis pechos una y otra vez. El placer vuelve a despertarse en mi interior, las corrientes vuelven a recorrerme, y aumento mis movimientos hasta que casi separo la cama de la pared.

Los dedos de Caleb se clavan en mi cintura en un intento por ralentizarme, pero ya me encuentro frenética, consumida, y no puedo parar. Echo la cabeza hacia atrás con un gemido, pero Caleb me tumba sobre su pecho y comienza a moverse, dentro y fuera, tan deprisa que apenas respiro, tan profundo que me deja sin aliento. El arco vuelve a tensarse, y siento cómo su miembro se convulsiona en mi interior recorrido por el orgasmo. Estoy tan cerca... Caleb introduce la mano entre nuestros cuerpos y acaricia mi clítoris deprisa, lanzándome de cabeza con él al paraíso.

Me despierto con las primeras luces del alba entre los brazos del hombre que acaba de llevarme a la locura. Él permanece tumbado con los ojos cerrados, pero descubro que no está dormido cuando una enorme sonrisa se dibuja en sus labios. Apoyo la barbilla en su pecho y le miro atentamente.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—¿Por qué sonrías?

—Porque nena, lo de anoche fue... ¡Uau!

—¿“Uau”? —pregunto con una carcajada.

Caleb se tumba sobre mí y sostiene mi cabeza entre sus manos.

—No hay palabras para describir lo alucinante que ha sido.

Sin más, vuelve a unir su boca a la mía, y el calor vuelve a encenderse en mi cuerpo... Y en el de él. Lo sé porque se separa de mí con una maldición y se sienta en el borde de la cama para vestirse.

—Tenemos que irnos, nena, o no llegaremos a casa de mis padres hoy.

—Tienes razón, pero estoy tan a gusto aquí... ¿Por qué no me acompañas y retrasamos el viaje un día más? A fin de cuentas, no tenemos prisa, ¿verdad?

Caleb coge su móvil de la mesita de noche y marca un número sin dejar de mirarme a los ojos, con esa mirada ardiente que acabo de descubrir.

—Hola papá, te llamo para decirte que vamos a retrasarnos, llegaremos mañana... Livy no se encuentra demasiado bien, y vamos a hacer un alto en el camino... Sí, no te preocupes, no es nada importante... Muy bien, adiós.

Dicho esto, cuelga el móvil, lo suelta de cualquier manera en la mesita y salta sobre mí,

haciéndome reír.

—Y bien, preciosa... ¿Qué tienes planeado para retenerme en esta cama?

Nos pasamos gran parte de la mañana haciendo el amor. Caleb es un amante muy experimentado, o intuitivo, y sabe cómo hacerme disfrutar. Entre sus brazos me siento no solo protegida, sino también deseada... e incluso me atrevería a decir que me siento amada, pero los cuentos de hadas solo existen en los libros, así que deshecho ese pensamiento de mi cabeza en el acto.

Tras ducharnos, vamos a comer y volvemos a ponernos en camino. Nuestro próximo destino es Brookville, en Pensilvania, a siete horas de camino. Me paso gran parte del viaje durmiendo, pues no pude dormir demasiado anoche, y consigo que Caleb descanse un par de horas cuando accede a dejarme conducir. A pesar de todo lo que he dejado atrás en Seattle, estoy relajada... y feliz por primera vez desde que desperté. Llevo varios días si recordar nada, pero estando lejos de mi ciudad es normal. Y debo reconocer que ya me he resignado a no recuperar mi memoria. La doctora Stevens dejó abierta esa posibilidad, y voy a aferrarme a ella para no llevarme un desengaño. Porque tengo la sensación de que en mi vida anterior tuve varios momentos desagradables que influyeron en la pérdida de mi memoria.

—Ey, nena, ¿estás bien? —La pregunta de Caleb me saca de mi ensimismamiento.

—Sí, solo estoy un poco cansada.

—¿Seguro que solo es eso?

—Estaba pensando en mi memoria. En que llevo varios días sin recordar nada, y la verdad es que no me preocupa. Ya no.

—La doctora Stevens cree que no volverás a recuperarla, ¿no es así?

—Sí. Me dijo que después del tiempo que ha pasado es lo más probable.

—Lo siento.

Caleb acaricia el dorso de mi mano con ternura, sin apartar su mirada de la carretera, y la verdad es que agradezco que no pueda ver las lágrimas que corren por mis mejillas. Es triste que alguien sea tan despiadado para hacer lo que hicieron conmigo, pero tengo que seguir adelante. Muy pronto atraparán al agresor y seré libre para vivir mi vida... y explorar lo que está pasando con Caleb.

Llegamos a Brookville bien entrada la noche, y Caleb para en un pequeño hotel rural en las afueras de la ciudad. Sus dueños son muy amables, e insisten en prepararnos algo para cenar. Caleb entra en el cuarto de baño y sale unos segundos después precedido por el sonido del agua al caer. Estoy buscando en la maleta el pijama, y me abraza por la cintura y me da un suave beso en los labios.

—Estoy llenando la bañera para que te des un baño relajante antes de irnos a dormir. No hace demasiado que saliste del hospital, y me preocupa que todo este ajeteo te pase factura.

—Estoy bien, solo estoy cansada.

En ese momento llaman a la puerta, y una joven de unos diecisiete años nos deja una bandeja sobre la mesa de la habitación. No puedo evitar reírme ante la mirada de adoración que le dedica a Caleb cuando este le entrega una propina con una sonrisa, y sale de la habitación casi dando saltitos de

puro deleite.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —dice Caleb riendo también.

—¡Dios mío, las enamoras a todas!

—¡Déjalo ya! No sé por qué diablos tengo ese efecto en las mujeres, pero me pone muy incómodo.

—Yo tampoco sé por qué —ironizo—. Quizás porque tienes un cuerpo de infarto, o porque esa boca es puro pecado. O quizás porque las derrites con la mirada, y ya no digamos con la sonrisa.

—¿Estás celosa?? —pregunta con una carcajada.

—¡Claro que no! Es solo una niña. Me hace gracia que no sepas por qué las atraes, nada más.

Cenamos en relativo silencio y me dirijo al cuarto de baño para meterme en la inmensa bañera. Es tan grande que podrían entrar perfectamente tres personas, e incluso cuatro, si se apretasen lo suficiente. Suspiro al sentir el calor del agua en mis músculos agarrotados, y el aroma a lavanda del jabón consigue que me quede dormida. Me despierta el tacto de una esponja viajando por mi piel. El agua está templada, así que no hace demasiado tiempo que estoy dormida. Miro a Caleb con una sonrisa y le invito a acompañarme.

—¿Seguro? ¿No estás demasiado cansada? —pregunta.

—Ya está tardando, inspector.

Caleb sonríe y se deshace de su ropa a la velocidad del rayo, y se sienta frente a mí con las piernas estiradas a ambos lados de mi cuerpo. Sus manos acarician mis pantorrillas lentamente, y el vello de sus piernas cosquillea mis muslos. Me coloco a horcajadas sobre él y le beso en los labios, suavemente, sin despertar todavía su pasión. Es un beso dulce, sensual... destinado a prolongar el momento todo lo que pueda. Pero Caleb tiene otros planes, y se empala en mí hasta el fondo de una sola estocada.

—Mmm... ¿Tienes prisa? —ronroneo.

—No puedo esperar más.

Sus manos sostienen mi cintura y me marcan el ritmo a seguir sobre su miembro. Nuestros movimientos amenazan por desbordar el agua de la bañera, pero ya estamos perdidos en la vorágine de placer. Sus labios viajan a mis pechos, donde torturan mis pezones una y otra vez con caricias lentas y meticulosas, y mi sexo se contrae sobre su miembro recorrido por el placer. Poco tiempo después, Caleb me saca en brazos de la bañera y me seca con cuidado. Caigo sobre las sábanas desnuda, y antes de que él me acompañe estoy profundamente dormida.

Llegamos a Winfield a las seis de la tarde del día siguiente. Estoy totalmente destrozada, el viaje ha sido demasiado largo y mi cuerpo ya empieza a notar las consecuencias de haberlo forzado tanto después de la agresión. Los padres de Caleb viven en una bonita casa de dos plantas color beige con las ventanas y las puertas marrones. El jardín está rodeado por una pequeña valla blanca, y hay plantados varios tipos de preciosos rosales que le dan un toque de color.

—¿Lista? —pregunta Caleb.

—No del todo.

—No van a comerte, tranquila.

—Si tú lo dices...

Nos abre la puerta una mujer de unos setenta años bastante alta, con el pelo canoso recogido en un sencillo moño bajo y los mismos ojos que Caleb. A pesar de los años, sigue siendo una mujer preciosa, y sonrío a su hijo con cariño antes de envolverlo en un caluroso abrazo.

—Qué alegría que hayas venido, tesoro. Ya te echaba de menos.

—No hace ni dos meses que estuve aquí, mamá —dice algo avergonzado—. Ella es Elisabeth Robinson.

—Encantada de conocerte, cielo, Soy Mary. Pasad, estaréis muertos de hambre.

La casa por dentro es una preciosidad. Los pocos muebles que hay son de estilo clásico, y están dispuestos de forma precisa. Algunas figuras se alternan con numerosas fotos, y un jarrón de rosas frescas adorna la enorme mesa del comedor. Mary nos lleva hasta la terraza del jardín trasero, adornada con una preciosa mesa de mimbre con sus cuatro sillas a juego y un columpio de mullidos cojines. Al fondo se ve una caseta, que supongo que será de las herramientas, y una gran piscina prefabricada en la que flotan una pelota y un enorme cocodrilo inflable.

Nos sentamos en la mesa y Mary sirve té con pastas. Doy mi primer sorbo y suspiro al sentir el sabor afrutado en la lengua, y veo cómo Mary sonrío satisfecha.

—Está delicioso, señora Davis.

—Es una mezcla secreta, solo yo conozco la receta. Y por favor, llámame Mary.

—¿Dónde está papá? —pregunta Caleb.

—Está en la comisaría. Ya sabes que no puede dejar el trabajo por mucho que le hayan jubilado, y está ultimando los detalles de la seguridad de Elisabeth.

—Siento todos los quebraderos de cabeza, Mary —digo avergonzada.

—No digas tonterías. Estamos encantados de ayudarte, ese desalmado debería estar entre rejas lo antes posible.

—¿Estás cansada? —pregunta Caleb.

Asiento antes de terminar mi té de un sorbo y coger una pasta de chocolate con nueces, mis favoritas.

—En cuanto termines de comerte eso te enseñaré tu cuarto —dice Mary—. Podrás descansar hasta la hora de la cena.

Mi habitación es todo lo que cualquier niña querría tener. Paredes pintadas en un tono muy suave de rosa, muebles de madera blanca, y un montón de muñecas adornando las estanterías. La cama es

inmensa, llena de cojines hechos de ganchillo.

—Era la habitación de mi hija —dice Mary—. Ahora la usa mi nieta cuando se queda a dormir, de ahí las muñecas.

—Es perfecta, gracias.

—El baño está tras la puerta de la derecha. Refréscate y descansa. Vendré a despertarte para cenar.

—Gracias por todo, Mary, de verdad.

Ella me da varias palmaditas en la mano y se marcha, cerrando la puerta tras de sí. Saco de mi maleta el pijama y me doy una larga ducha caliente. En cuanto me meto bajo las sábanas, los ojos se me cierran por completo. El mullido edredón me envuelve y caigo profundamente dormida.

—Nena... vamos, preciosa... despierta.

Escucho la voz de Caleb entre mi sueño, pero estoy muy a gusto y no quiero levantarme. Siento cómo me zarandea suavemente, y gruño antes de darme la vuelta. Él se ríe y se sienta junto a mí.

—Vamos, bella durmiente, después podrás seguir durmiendo.

—Tengo sueño —protesto.

—Lo sé, pero ya es la hora de cenar.

—No he dormido ni media hora —lloriqueo.

—Cuando cenemos puedes volver a la cama. Vamos... no me obligues a sacarte por la fuerza.

—Ya me levanto.

—Ven aquí.

Caleb tira de mis manos hasta pegarme a su cuerpo. Une su boca a la mía lentamente, un beso profundo y sensual que me deja con ganas de más.

—Ya me has despertado por completo —susurro enredando mis brazos en su cuello.

—Te echaba de menos —aclara—, y mi madre me obliga a dormir en mi antigua habitación, al otro lado del pasillo.

—¿Estás castigado sin sexo?

—Eso me temo, así que necesito un recordatorio de vez en cuando. Te espero abajo, no tardes.

Me pongo mi vestido azul con una rebeca, que hace un poco de fresco, y bajo al comedor. Mary aún está ocupada en la cocina. La mesa está puesta, y Caleb está sentado junto a su padre, un hombre de pelo canoso y ojos azules que bien podía ser la versión futura de Caleb. En cuanto me ve, se levanta y se acerca hacia mí para darme la mano.

—Debes de ser Elisabeth. Encantado de conocerte, soy Michael, el padre de Caleb.

—Encantada. Gracias por acogerme en su casa.

—Quiero que sepas que estarás segura durante todo el tiempo que estés bajo mi techo. He movilizado a varias patrullas para que vigilen la zona y me avisen de cualquier persona nueva en el barrio. Ya estoy jubilado, pero nunca se deja de ser jefe de policía en una ciudad tan pequeña como esta —dice guiñándome un ojo.

—¿Podemos dejar de hablar de eso? —protesta Mary— La pobre ya ha pasado bastante como para estar recordándole a cada momento el peligro. Ven, cielo, ayúdame en la cocina.

Escapo tras ella rápidamente, y la ayudo a preparar la ensalada mientras ella vigila el horno.

—No sabía qué te gusta comer, así que he optado por un asado.

—No recuerdo si me gustaba el asado, pero huele de maravilla.

—Mis hijos adoran mi asado. Todos ellos.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Tres. Caleb es el mayor, después está Meredith, que es abogada y vive en California, y por último Michael, que ha sustituido a mi marido como jefe de policía.

—Por eso tiene aún tanto poder en la comisaría.

—Mi hijo le consiente. No se pone en peligro, solo les da consejos y les ayuda a resolver algunos casos. Él se entretiene y mi hijo tiene menos trabajo y puede pasar más tiempo con su mujer y su hija. ¿Qué tal va todo con Caleb?

—¿Perdón? —Casi me atraganto por la pregunta.

—Sé que a veces puede ser un poco antisocial, y el camino hacia aquí es largo en coche... Espero que no te hayas aburrido.

Suspiro aliviada al comprobar que se refería a él como policía, no como hombre.

—Ha sido divertido. La verdad es que llevamos ya bastante tiempo sin separarnos, porque es la única persona en la que confío y él hace muy bien su trabajo, así que podría decirse que ya somos amigos.

—Me alegra oír eso. Está tan enfrascado en su trabajo que no busca tiempo para tener amigos y divertirse.

La cena pasa en un abrir y cerrar de ojos. Tengo que reconocer que el asado de Mary está delicioso, y dejo el plato vacío. Estoy llena, tranquila y relajada. Después de comer, Caleb y su padre se sientan a ver el partido y yo ayudo a Mary a meterlo todo en el lavavajillas, y después nos sentamos a tomar un chocolate caliente en el salón. El ambiente es muy familiar, y me encanta.

De pronto viene a mi memoria el recuerdo de una situación parecida. Estoy sentada en un sofá enorme, con los pies sobre Ryan comiendo palomitas. Mi padre está en el sillón de mi derecha con una cerveza, y mi madre trae a la mesa una bandeja de aperitivos, unas aceitunas y patatas fritas. Vemos un partido, igual que ahora. Mi hermano dice algo, no consigo recordar qué, y yo me río a carcajadas. Mi padre le contesta malhumorado, y mi madre sonrío tras su vaso de limonada.

—¿Algún nuevo recuerdo? —pregunta Caleb sin apartar la vista de la televisión.

—Un momento muy parecido a este con mi familia. Si me disculpáis, voy a irme a la cama. Me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres un analgésico, cielo? —pregunta Mary.

—No, gracias, en cuanto duerma un poco se me pasará. Buenas noches.

Caleb me alcanza en el pasillo, claramente preocupado.

—Nena, ¿te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, solo los echo de menos. Nada más.

—¿Qué te parece si los llamas? Podemos comprar un móvil desechable y...

—Es mejor que no, Caleb. No sabemos de qué es capaz Dean y no quiero poner a nadie más en peligro. Estoy bien, en serio. Solo necesito dormir un poco.

—Muy bien, como quieras.

Une su boca a la mía una décima de segundo, pero para mí ese beso es eterno, el bálsamo de mis heridas recién abiertas, y mi mente se relaja por completo.

—Sueña conmigo, pequeña, porque yo no voy a poder pegar ojo pensando en ti.

—Que descanses.

Diez minutos después estoy metida entre las mantas, profundamente dormida. Parece que el viaje realmente me ha pasado factura, porque ni siquiera noto cómo Caleb se cuelga en mi cama y me envuelve entre sus brazos, ni cómo me besa suavemente en los labios antes de dormirse a mi lado.

Por la mañana me despierta un peso familiar sobre mis piernas. Al darme la vuelta veo a Caleb completamente dormido, y siento una ternura indescriptible que me llena los ojos de lágrimas. Sus pestañas aletean sobre sus mejillas y me dedica una sonrisa perezosa, solo para mí.

—¿Qué haces aquí? —susurro— Deberías estar en tu cuarto.

—No podía dormir. Además, cuando te fuiste no estabas demasiado bien, y creí que dormirías mejor conmigo.

—Claro que duermo mejor contigo, pero tus padres van a pillarte.

—Mi padre ya se habrá marchado a comisaría —dice mirando el reloj— y mi madre no tardará mucho en ir a comprar, así que no tienen por qué enterarse. Solo tenemos que tardar un poco en bajar al salón...

Entierra su cara en mi cuello y comienza a darme mordiscos suaves que me dan escalofríos de placer, y sus manos ya están buscando mis pechos bajo la tela de la camiseta.

—¡Caleb, no sigas! Nos van a pillar.

—Nadie se enterará... si mantienes la boca cerrada.

Su mano encuentra mi pezón y comienza a endurecerlo con sus caricias. Un gemido escapa de mi boca, que inmediatamente se ve cubierta por la otra mano de Caleb.

—Eso es precisamente lo que no tienes que hacer, nena.

—¡Pues no me toques! ¡No puedo controlarlo si me tocas!

—Entonces tendré que taparte la boca...

—No te atreverás.

—¿Quieres apostar?

Caleb une su boca a la mía y se deshace de mis pantalones y mis braguitas. Hasta ahora no me había dado cuenta de que él está completamente desnudo bajo las sábanas, y de un solo movimiento se sube sobre mí y me penetra profundamente.

—Mmm... qué calentito se está aquí dentro... —dice el muy sinvergüenza.

—Cállate y sigue.

Él se ríe quedamente y entrelaza sus dedos con los míos antes de comenzar a moverse. Sus embestidas son suaves, adormiladas, y despiertan mi deseo poco a poco. Las manos de Caleb recorren mis costillas para encontrarse con mis pechos, mientras su boca no abandona la mía ni un solo instante. Quiero gritar, jadear, retorcerme entre sus brazos, pero estoy tan inmovilizada que solo puedo clavar mis uñas en su espalda musculosa. Siento como sus labios esbozan una sonrisa sin dejar de besarme, y aumenta el ritmo de sus penetraciones cada vez más hasta que los dos explotamos en un orgasmo devastador.

—¡Au, gatita! Voy a tener señales durante al menos una semana —dice mirándose la espalda en el espejo del tocador.

—Lo siento —me disculpo al ver el desastre que he causado en su espalda.

—Ey, no te preocupes. Me gusta que seas tan salvaje.

—Dime dónde está el botiquín que te cure. Parece que te has peleado con un gato.

—Ha sido mucho mejor que eso: le he hecho el amor a una gatita traviesa.

—No tienes vergüenza, ¿lo sabías? —digo con una carcajada.

—Mi madre solía decírmelo muy a menudo, pero te aseguro que ya estoy completamente reformado.

—Permíteme dudar.

—Palabra de Boy Scout.

—¿En serio fuiste Boy Scout? No te imagino con el uniforme.

—¡Oh, sí! Soy experto en nudos, en pesca, en carreras de sacos y en perseguir a las niñas del campamento femenino en cuanto podía escaparme.

Me guiña un ojo antes de vestirse, y yo me quedo contemplándole tumbada de lado en la cama. Tiene un cuerpo espectacular, tan fuerte y bien definido... Apuesto a que pasa horas en el gimnasio, aunque desde que entré en su vida no haya tenido mucho tiempo para hacerlo.

Salto de la cama y corro al cuarto de baño. Necesito una ducha y vestirme para bajar a desayunar, que ya he pasado demasiado tiempo en la cama y quiero echarle una mano a la madre de Caleb con la casa. Ya que los estoy poniendo en peligro, es lo mínimo que puedo hacer para compensarles.

Cuando salgo del baño, Caleb está sentado en la cama mirando el móvil. Cuando me ve aparecer, sonrío en señal de aprobación y me envuelve entre sus brazos para besarme mientras salimos por la puerta.

—Eh... Buenos días, chicos.

La voz de Mary nos despega como si nos estuviésemos quemando. Yo me vuelvo con la cara roja, muerta de vergüenza, pero Caleb se vuelve hacia su madre sonriente y tira de mí para pegarme a su cuerpo.

—Buenos días, mamá. Te presento a mi novia.

Capítulo 10

Una hora después Mary se marcha y nos quedamos solos en la casa. No sé cómo mirar a Caleb, ni siquiera sé qué decirle. ¿Su novia? ¿Así, sin más? No digo que me disguste la idea, sino todo lo contrario, pero decirlo en voz alta ha sido un poco desconcertante, sobretodo cuando ni siquiera hemos hablado del tema.

—¿Has terminado? —pregunta él sacándome de mi ensimismamiento.

—Eh... sí, claro. He terminado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que aún estoy digiriendo lo que ha ocurrido antes.

—Somos adultos, nena. Mi madre no se va a escandalizar porque me vea salir de tu habitación.

—¿Te has parado a pensar que ni siquiera sé qué edad tienes? Tú sabes que tengo treinta años porque debe ponerlo en mi expediente, pero...

—¿Acaso importa mi edad? Tengo treinta y cuatro años, Liv. No soy ningún viejo.

—¡Yo no he dicho eso! Es solo que no lo esperaba, nada más.

—¿Y qué creías que pasaba entre nosotros? ¿Un rollo hasta que resolviera el caso?

—¡Claro que no! ¡Pero no sabía lo que éramos! Ni siquiera sabía que te gustase tanto como para considerarme ya tu novia.

—Ven aquí —dice sentándome sobre sus rodillas—. Me gustas muchísimo. De no ser así no estaría poniendo en peligro mi puesto de trabajo para estar contigo, y sí, eres mi chica, ¿de acuerdo?

Asiento con una sonrisa y uno mis labios a los suyos un minuto. Caleb se levanta del sillón y tira de mí hasta la puerta de la calle.

—Muy bien, entonces vámonos, te tengo preparada una sorpresa.

Entramos en el garaje de su padre y saca una enorme Harley del setenta y nueve, una maravilla gris y negra que truena igual que una tormenta de verano. Caleb me pasa un casco y salimos a la carretera. Tres cuartos de hora después, estamos en Midland Beach, en Nueva York. Aunque estamos en invierno el día es soleado, un día perfecto para pasear por sus calles, curiosear en las tiendas y, en definitiva, ser feliz a pesar de los problemas.

A la hora de comer volvemos a donde se encuentra la moto. Caleb saca de una de las maletas de la moto una manta y una mochila, en la que lleva una botella de vino, empanadas de carne, queso y algunos canapés.

—He pensado que podíamos hacer un picnic —dice sonriente—. A fin de cuentas, mientras no resuelvan nada en Seattle no podemos hacer nada...

—Me parece una idea estupenda.

Nos tumbamos en la orilla de la playa y comemos observando el ir y venir de las olas, a las gaviotas pescando y a los niños haciendo castillos de arena. Me siento relajada, y muy feliz, y suspiro satisfecha cuando termino de comer y me tumbo en la manta. Hemos comprado un pastel de chocolate para el postre, y disfruto enormemente saboreándolo de los dedos de Caleb.

—Tengo otra sorpresa para ti —dice de repente.

—¿Más sorpresas? No sé si podré soportarlas.

—Deberás hacerlo, o todo esto habrá sido en vano. ¿Lista?

—Claro.

Caleb saca de su bolsillo trasero un móvil desechable y me lo entrega.

—Tiene grabado el número de tus padres y el de tu hermano. Habla con ellos, pero no les digas dónde estamos, es mejor para ellos que no lo sepan. Voy a dar una vuelta, llámame cuando estés lista para volver.

Me lanzo a sus brazos sin pensármelo ni un segundo, y lleno de besos su cara. Él ríe a carcajadas, y me hace rodar sobre mi espalda para colocarse sobre mí y besarme profundamente.

—Llama a tus padres, o nos van a detener por escándalo público, y yo no tengo jurisdicción aquí.

Me quedo mirando el teléfono hasta que pierdo a Caleb de vista. Mi corazón late a mil por hora, no sé si por la expectativa o por el miedo a que les haya pasado algo malo. Marco su número casi con miedo, y al cuarto timbre de llamada coge mi madre el teléfono.

—¿Sí, dígame?

—Hola mamá, soy yo.

—¡Livy, preciosa! ¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien, me están tratando muy bien.

—¿Dónde estás?

—No puedo decírtelo, mamá, es más seguro para ti que no lo sepas.

—Es cierto, lo siento.

—¿Cómo van las cosas por allí?

—Nosotros estamos bien. Tu padre se ha ido a pescar con el vecino, y yo he quedado para tomar el té con su esposa dentro de un rato. Tu hermano sigue trabajando, y Mary Anne está impaciente porque nazca el bebé. Sale de cuentas dentro de poco, y el no poder moverse la está volviendo loca.

—¿Ha pasado algún otro incidente?

—No debería decírtelo, porque el inspector Riggs me dijo que no lo hiciera, pero han pintado el escaparate de la pastelería. Otro mensaje de esos. Sam y él lo han borrado, pero te conozco, y sé que me recriminarías el no habértelo contado.

—Tienes razón, lo habría hecho. ¿Ha vuelto a marcharse Sam?

—No ha querido, cielo. Ha abierto hoy la pastelería como si no hubiese pasado nada. Dice que se siente mejor trabajando que pensando en lo que está pasando, y no la culpo. Pero tú no te preocupes por nada. Tenemos muchos guardias cuidando de nosotros, así que estamos bien.

—Gracias mamá. Oye, tengo que colgar, quiero llamar a Alex también.

—Claro, cielo. Cuídate mucho y no te preocupes por nada.

—Dale un beso a papá de mi parte.

—Tranquila, se lo daré.

—Esto, mamá... os echo de menos.

—Y nosotros a ti, tesoro. Pero todo esto se solucionará muy pronto, ya lo verás.

Cuelgo con los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta. Respiro hondo varias veces para calmarme, y marco el número de Alex.

—¿Dígame? —contesta Mary Anne.

—Hola Anne, soy Liv.

—Hola guapa, ¿qué tal estás?

—Echándoos de menos. ¿Cómo llevas el embarazo?

—No puedo más, Liv. Me siento gorda e inútil. Quiero volver a trabajar, aunque sea haciendo las tareas de la casa.

—Pronto podrás hacerlo. Me ha dicho mamá que sales de cuentas en unos días.

—En una semana, para ser más exactos. Me da mucha pena que no estés aquí el día que nazca el niño, pero sé que es imposible.

—Nadie ha dicho que sea imposible, Anne. Hablaré con Caleb, y...

—Espera, ¿Caleb? ¿Me he perdido algo?

—Verás, es que... El inspector Davis y yo estamos juntos.

—¿En serio? ¡Vaya! O sea, es una idea estupenda, pero ¡vaya!

—Sé que parece una locura, pero yo le gusto, y él me gusta mucho a mí también, y una noche simplemente pasó.

—¿Estás segura de que te gusta de verdad y que no es fruto de todo esto? Es decir, igual que hay personas que se enamoran de sus secuestradores, las hay que se enamoran de sus salvadores, y no quiero que cometas ningún error.

—Me siento muy bien cuando estoy con él, Anne. Me gusta tenerle cerca, que me mime como está haciendo y que me haga el amor todas las noches. No sé qué demonios será, pero es lo único bueno que me ha ocurrido desde que desperté.

—Pues disfrútalo entonces, Liv. Me alegro mucho por ti. En cuanto a lo de venir... Ni se te ocurra. Estás en peligro, así que ya estarás aquí para el nacimiento de mi próximo hijo. Serás la madrina de este, pero no quiero que te pongas en peligro por algo que no va a recordar.

—He dicho que quiero estar allí, y si Caleb dice que podemos ir, no dudes que allí estaré.

—Siempre has sido una cabeza dura, así que no voy a insistir más.

—¿Y Alex?

—Ha ido al supermercado, a comprar unas cuantas cosas que hacían falta. Tiene que estar al llegar.

—No puedo hablar más tiempo, así que salúdale de mi parte.

—Lo haré.

—Cuidaos mucho, y espero verte en el hospital muy pronto.

—Yo también lo espero, porque eso será señal de que ya no estás en peligro.

Cuelgo el teléfono y suspiro antes de llamar a Caleb para pedirle que vuelva. Aunque sigo nostálgica, al menos ahora que sé que están todos bien respiro un poco más tranquila. Caleb llega unos minutos después y se sienta junto a mí sin decir nada, mirando al mar. Apoyo la cabeza en su hombro y él cubre mis manos con una de las suyas.

—¿Estás mejor?

—Mucho mejor. Estaba preocupada por ellos. ¿Por qué no me dijiste que el agresor volvió a las andadas?

—No quería preocuparte. Es algo que no podemos solucionar desde aquí, así que...

—¿Qué decía esta vez?

—No es muy original, ponía exactamente lo mismo.

—Sam ha vuelto a la pastelería.

—Riggs intentó convencerla de volver a la cabaña, pero fue inútil. Dijo que no iba a darle al agresor lo que está buscando, se puso un delantal y preparó varias bandejas de pasteles.

—Es una mujer muy valiente.

—Lo sé, pero en estos momentos estaría más segura en otra parte. He reforzado la vigilancia en la pastelería, no quiero que vuelva a ocurrir lo mismo que la otra vez.

—Mi cuñada sale de cuentas en una semana.

—Lo sé.

—Me gustaría estar con ella.

—También lo sé.

—¿Podríamos...

—No, Liv, no vas a ponerte en peligro. No podrás entrar en la sala de partos, solo verás al niño en su cuna apaciblemente dormido, y eso puedes hacerlo unos días después. Sé que pronto tendremos algo, lo presiento.

—Necesito a mi familia, Caleb. Les echo muchísimo de menos.

—Debes ser paciente, nena, ¿no lo entiendes? Ese hombre está intentando terminar lo que empezó, tiene miedo de que recuerdes, y pronto cometerá un error. Entonces le atraparemos.

—¿Cómo va la vigilancia a Dean?

—Inútil. Se dedica a ir a trabajar y volver a su casa. Todos los días igual, no se sale de su rutina. Los agentes que le vigilan me han dicho que le han oído discutir acaloradamente por teléfono, pero aún no sé mucho más.

—O sea que estamos igual que al principio.

—Básicamente. Sabemos que la pintura fue comprada online, pero con una tarjeta de crédito robada. Sabemos que debía saber el código de seguridad de la pastelería, pues no saltó la alarma. Pero no sabemos más.

—Y si yo no recuerdo nada, estaremos a ciegas hasta que el agresor cometa un error.

—Por eso estás más segura lejos de tu casa. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, pero eso no significa que me guste.

—Pronto pasará todo, ya lo verás.

—Al menos he sacado algo bueno de todo esto. A ti.

—Venga, vámonos a casa. Esta noche cenaremos con Mike y mi cuñada, y seguro que te divertirás.

Mike es una copia más joven de Caleb. Literalmente. No serían más parecidos ni aunque fuesen gemelos, con la única diferencia del color de sus ojos, pues Mike los tiene verdes. Su esposa Lindsay es un poco más bajita que yo, con el cabello rubio y los ojos azules. Destila dulzura, es una de esas mujeres que a todos los hombres hipnotiza, y se nota que está locamente enamorada de Mike.

La cena pasa en un abrir y cerrar de ojos. Se nota claramente que los hermanos se llevan a las mil maravillas, y no paran de bromear en toda la noche. Tras la cena, nos sentamos en el salón a ver una película, y me acurruco en los brazos de Caleb mientras comemos palomitas.

—Hermano —dice de pronto Mike—, si me hubiesen dicho que iba a verte así con una mujer no me lo habría creído.

—¿Así cómo? —pregunto.

—Caleb nunca ha sido muy amigo de traer a mujeres a casa, solo ha traído a un par de ellas —contesta Lindsay—. Y siempre ha sido frío, distante. Nunca como contigo. Al menos no delante nuestra.

—Dejadlo ya, ¿queréis? —protesta Caleb claramente avergonzado.

—No te cabrees, hermano, nos alegramos de que hayas cambiado, nada más —se defiende Mike.

—No he cambiado, Mat. Ellas eran las distantes, no yo.

—Caleb, vamos... nunca has sido muy cariñoso que digamos —dice Lindsay.

—No creo que tú tengas quejas respecto a lo cariñoso que soy, enana —protesta Caleb.

—¡No me refería a mí, hermanito! Como hermano eres ejemplar. Pero como novio... dejabas mucho que desear, en serio.

—Claro que, bien visto, tampoco es que las Barbies oxigenadas con las que salías despertasen mucha ternura —bromea Mat.

—En serio, chicos, dejadlo ya —digo riendo—. Vais a terminar por enfadarle.

—¿Y qué te crees que pretendemos? —contesta Lindsay con un guiño.

Terminamos de ver la película y nos vamos a casa de sus padres a dormir. Ya es tarde, y ellos ya se han ido a descansar, así que todo está a oscuras, y en silencio. Por un momento me recorre un escalofrío, pensando en la noche de la agresión. Me paro en la puerta de mi habitación para despedirme de Caleb, pero él me empuja hacia dentro de la habitación y cierra la puerta a sus espaldas.

—¿Se puede saber qué haces? —susurro.

—A ver... Primero voy a hacerle el amor a mi chica, y después intentaré dormir.

—Ni lo sueñes. Tus padres están durmiendo aquí al lado. Vete a tu habitación.

—Nena, mis padres no se enterarán si no gritas.

—¡Caleb! ¡Es una falta de respeto!

—Te necesito, Liv. Necesito estar dentro de ti. Y si somos cuidadosos...

Intento replicar, pero los besos de Caleb en mi cuello consiguen que mi argumento pierda toda su fuerza. Él me necesita, pero yo también a él, y casi sin darme cuenta estoy metiendo las manos por debajo de su camisa para acariciar su espalda, esa que me vuelve loca, tan musculosa y sensual. Su boca se une a la mía despacio, con ternura, y yo me derrito entre sus manos. Sus carnosos labios acarician los míos, su lengua recorre cada recoveco de la mía, y sus manos suben por mis costillas hasta toparse con mis pechos, confinados en el sujetador de encaje.

—Eres preciosa, Liv... me encanta tu cuerpo —susurra.

Tras quitarme la camisa, se deshace del cierre del sujetador en un segundo, y mis pechos caen en sus manos fuertes, que los acarician suavemente, despertando mis terminaciones nerviosas de su letargo. Mis manos se enredan en su cintura y tiran de él para acercarle más a mí, pero ríe quedamente y se deshace de la camisa antes de cumplir mi deseo. Su piel suave entra en contacto con la mía, haciéndome

estremecer. Ahí, parado en medio de la habitación tan solo con los vaqueros, parece un dios griego esculpido en bronce. Su piel tostada por el sol está perlada por el sudor, y sus pupilas se dilatan a cada caricia, a cada movimiento de mis manos sobre su cuerpo.

Voy a arder... Y él también. Necesito desnudarlo, necesito que me desnude, me tumbe de una vez en la cama y me haga el amor, y no estoy segura de poder aguantar su dulce tortura ni un segundo más. Pero parece que lee mis pensamientos, porque me levanta en peso y me tumba en la cama para deshacerse de mis vaqueros. Se deshace de los suyos un segundo después, sin dejar de mirarme, y su cuerpo se aprieta contra el mío sobre el colchón. La presión es deliciosamente placentera, y mis manos se cuelan bajo sus bóxers para apretar sus glúteos entre mis dedos. Su erección se clava en mi muslo, pero Caleb sigue recreándose en sus besos, primero en mi boca y más tarde por mis pechos.

—Mmm... sabes tan bien, nena...

Su lengua recorre mi pezón una y otra vez, haciendo que me retuerza sobre el colchón. Sus manos se cuelan bajo en encaje de mis braguitas y recorren mi abertura, para descubrir que estoy húmeda y lista para él. Tras deshacerse de nuestra ropa interior, Caleb se cuelan en mí lentamente, centímetro a centímetro, consiguiendo que me recorra un placer indescriptible. Sé que jamás he experimentado algo igual con nadie. Sé que con Dean jamás fue así. Sus movimientos me hacen olvidar ese amargo pensamiento, y acompaño sus investidas, serpenteo bajo él para ayudarlo a entrar en mí. Poco a poco la marea sube, hasta llevarnos de cabeza a un orgasmo devastador.

Poco tiempo después, estoy adormilada sobre su pecho, disfrutando de las caricias de su mano sobre mi espalda.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En Mary Anne. Sé que es muy importante para ella que esté allí cuando nazca el bebé, y por culpa de ese desgraciado no voy a poder hacerlo.

—¿Y para ti? ¿Es importante?

—Estoy empezando a recuperar a mi familia. Estoy empezando a recordarles. Sí, es importante para mí estar al lado de mi mejor amiga cuando traiga al mundo a mi sobrino, aunque no pueda estar en la sala de partos. Pero no podemos hacerlo, así que no voy a darle más vueltas al asunto.

—He estado pensándolo mucho, y creo que deberíamos volver.

—¿En serio?

—Llevo todo el día dándole vueltas a lo mismo. Lo he hablado con Mat, y está de acuerdo conmigo. Si sigues desaparecida, el agresor no va a tener oportunidad de cometer un error. Se relajará, pero no actuará porque no sabe dónde estás. Si volvemos...

—Debo hacer de señuelo para poder atraparle —digo con un suspiro.

—No exactamente. No pienso ponerte en peligro, pero tienes que volver a tu vida para que se ponga nervioso y actúe. Si no... seguiremos perdidos.

—De acuerdo entonces.

—Nena, si estás segura de poder soportarlo lo haremos. Si no, buscaremos otra solución.

—No voy a seguir escondiéndome, Caleb. Llevamos casi una semana fuera, y ha sido una semana maravillosa, pero debemos volver a la realidad. Necesito estar con mi familia, necesito volver a mi vida. Y para ello tenemos que atrapar a ese cabrón.

—Eres una mujer increíble, Elisabeth Robinson —dice volviendo a besarme.

Por la mañana, al despertarme, Caleb ya se ha marchado. El lado de la cama donde ha dormido está frío, así que hace bastante rato que se levantó. El reloj marca las ocho, así que ha tenido que levantarse al amanecer. Me levanto de un salto y me doy una ducha rápida antes de bajar a desayunar. Estoy muy animada porque voy a volver con mi familia, y quiero salir lo antes posible.

Me detengo en seco en el rellano de las escaleras al oír la terrible discusión que están teniendo Caleb y su padre.

—¡Es una locura! ¡No puedes ponerla en peligro! —grita su padre.

—Papá, si no volvemos el agresor no actuará. No podemos alargar esta situación por más tiempo.

—¡Que trabajen tus hombres, por amor de Dios! ¿Qué clase de policías hay en Seattle?

—Mis hombres son muy buenos en su trabajo, papá. Pero ese hombre es listo, muy listo, y va un paso por delante. Es la única oportunidad que tenemos.

—¿Acaso no te importa ponerla en peligro?

—¡Por supuesto que me importa! ¿Acaso te crees que es fácil para mí poner a la mujer que quiero en el ojo del huracán? ¡Pero no tengo opción!

—De acuerdo, iré contigo y...

—Ni hablar, no vendrás a ninguna parte. Te quedarás aquí, que es donde tienes que estar.

—Aquí no me necesitan, tu hermano es muy eficiente en su trabajo. ¿Acaso creías que no sé que me deja ir a la comisaría para mantenerme entretenido? Allí puedo ser útil. Llevo muchos años dedicándome a esto y puedo ayudarte.

—No es buena idea, papá... ¡Joder, no lo es!

—Sabes tan bien como yo que es cierto. Me necesitas, aunque no quieras admitirlo.

—¡De acuerdo, maldita sea! Pero lo haremos a mi manera. Liv y yo nos iremos en un avión hoy mismo, y quiero que mamá y tú vayáis en mi coche. Así parecerá que es una visita por sorpresa, y nadie sospechará. Todo el mundo sabe que mi padre es un gran policía, y si aparezco allí contigo el asesino no saldrá de su cascarón.

—Haces lo correcto, Caleb.

—Yo no estoy tan seguro.

Mary me encuentra sentada en las escaleras, pensando en todo esto... otra vez. Se sienta junto a mí y pasa su brazo por mis hombros.

—No te preocupes, cielo. Siempre están discutiendo por todo. Caleb es igual que su padre, y chocan muchísimo. Pero en un rato todo volverá a estar como antes, así que vamos a la cocina a desayunar. Debes estar hambrienta.

—Estoy poniéndooos en peligro, lo siento.

—No digas tonterías. Ahora eres parte de la familia, así que te protegeremos con nuestra vida si hace falta. Además, no debes preocuparte por mí. Michael me enseñó hace mucho tiempo a disparar, y ahora tiro mejor que él.

—Yo aún no he disparado ni una sola vez. Y no sé si podré hacerlo.

—Créeme, podrás. Una vez Michael y yo fuimos a Nueva York. Estuvimos cenando en un restaurante maravilloso, y decidimos ir paseando hasta el coche. Cuando fue a abrir la puerta, un hombre agarró a Michael del cuello y le apuntó con su pistola en la cabeza. No me prestó atención, porque yo era una simple mujer. Pero esta mujer le abrió un agujero en el hombro del tamaño de una ciruela con su nueve milímetros recién comprada. Podrás disparar, Liv. Te lo aseguro.

Bajamos a la cocina y me preparo el café. No puedo resistirme a tomar un trozo de pastel de manzana, que está realmente delicioso. Caleb entra en la cocina y agarrándome de los hombros une sus labios a los míos. Me quedo sin respiración un minuto, y el corazón vuelve a latirme a mil por hora como cada vez que me besa. Cuando se separa de mí, se relame sonriente y guiña un ojo a su madre.

—Se había manchado de tarta.

Le doy un manotazo en el brazo con una sonrisa y termino mi desayuno. Me encanta estar así, me encanta la sensación de formar parte de su familia, de tenerle cerca, de sentir que es mío.

—Vamos a hacer las maletas, Liv. Nuestro avión sale a las doce.

Asiento y me marcho a la habitación en silencio. Meto las cosas en la maleta como una autómatas. Parece ridículo, pero en solo un par de días les he cogido cariño a estas personas, y no quiero dejarlas aún. Me siento dividida entre las ganas de volver con mi familia y las de quedarme aquí para conocer bien a Caleb.

Él entra en la habitación y me abraza por la espalda en silencio. Suspiro y me apoyo en su pecho, dejado de pensar por un momento.

—¿Te encuentras bien? No tenemos que hacerlo si no quieres —dice.

—No es eso. Es que no quiero poner a nadie más en peligro, no quiero que nadie más sufra por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa, cariño.

—Lo sé, pero...

—Ey —dice dándome la vuelta—. Sé que todo esto es demasiado, pero pronto terminará y nos iremos de vacaciones, solos tú y yo.

—Suena muy bien.

—¿Qué te parece perdernos en una playa y pasarnos todo el día tomando el sol y haciendo el amor en el agua?

—Suená de maravilla. —Sonrío.

—Ahora sé buena chica y regálame una sonrisa.

Mi sonrisa involuntaria se pierde entre sus labios durante un momento, y Caleb se marcha a su habitación a preparar su equipaje. Tras despedirnos de Mary, el padre de Caleb nos lleva al aeropuerto de Nueva York, a media hora de camino.

—Nos veremos en unos días, chicos. Tened mucho cuidado —dice Michael.

—Papá... cuidado con mi coche. Es nuevo —bromea Caleb.

—Hijo... Ten cuidado con tu cuello. Nos ha costado mucho hacer de ti un buen hombre.

Subimos al avión, y me dejo caer en mi asiento con los ojos cerrados. Caleb no habla, solo me aprieta la mano mirando por la ventanilla. El avión despegá diez minutos después, llevándonos de vuelta a la maldita tempestad en la que se ha convertido mi vida.

Capítulo 11

Llegamos a Seattle a las seis de la tarde. Intento bajar del avión, pero el presentimiento de que nada va a ir bien me hace pararme en seco en el último escalón. Caleb me mira, y con una tierna sonrisa me tiende su mano. Sí, le tengo a él, así que no hay nada de lo que preocuparse. Caleb le da al taxista una dirección, y yo le miro con una ceja arqueada. No me suena de nada... ¿Hacia dónde me lleva?

—Mi casa —susurra.

Siento los nervios bailar en mi estómago. No sé dónde vive, ni siquiera sé si vive solo o comparte casa con algún compañero. El edificio es muy alto, y en el ascensor marca el último botón.

—¿Vives en el ático?

—Es bastante amplio y tiene una buena terraza para reunirnos a ver los partidos.

Al entrar en la casa nos encontramos con Riggs, en bóxers, metido en la cocina. Su cara al vernos es un poema, y Caleb le tira una manta que hay sobre el sillón con una carcajada.

—Tápate, vas a escandalizarla —le dice.

—Creí que iríais a su casa, lo siento. —Se enreda la manda a la cintura en forma de toalla y sigue cocinando—. Estaba preparándome algo para cenar. Daos una ducha y os prepararé algo a vosotros también.

—John, no te compliques —dice Caleb—. Mete unas pizzas en el horno y listo.

—Eso estaba haciendo. Esto —contesta señalando el plato que tiene delante— es solo el aperitivo.

Caleb tira de mí hasta una habitación que hay a la derecha del salón, junto a los grandes ventanales desde los que se ve toda la ciudad. Su dormitorio es inmenso, con una cama de al menos dos metros ocupando gran parte del espacio y un armario de caoba a sus pies. En la pared de enfrente, hay una puerta que nos lleva hasta su baño, con una enorme bañera con jacuzzi en la que caben dos personas a la perfección.

Empiezo a sentir una punzada de celos al pensar que Caleb se habrá bañado en ese jacuzzi con infinidad de mujeres. Mujeres sexys y preciosas que no tenían el cerebro defectuoso como yo. Él pone a llenar la bañera y se deshace de la camiseta sin mirarme, pero al darse la vuelta y verme sin desvestirse se acerca a mí y me besa.

—¿Qué ocurre? No me dirás que te avergüenza desnudarte porque Riggs viva aquí...

—Claro que no, es solo que estoy un poco asustada —miento.

—Cariño... nadie va a saber dónde estás esta noche, así que relájate y ven a bañarte conmigo.

Su boca se une a la mía y me hace olvidarme de los celos, del miedo o de cualquier otra cosa que pueda estropear el momento. Me desnudo lentamente y me meto en el agua caliente sentada entre sus piernas, de espaldas a él. Una suave esponja comienza a resbalar por mi espalda, desprendiendo un aroma intenso que me relaja. Caleb continúa enjabonándose por todo el cuerpo, y yo me dejo hacer, atrapada en una marea de calma que realmente necesitaba.

—¿Mejor? —susurra en mi oído.

—De maravilla. Se te da muy bien...

—¿En serio? —pregunta riendo— Pues eres la primera mujer a la que mimo tanto, así que gracias.

Su respuesta me enterece, y me vuelvo lo justo para besarle. No es un beso sensual, solo quiero agradecerle sus palabras, pero el contacto de su lengua con la mía desata la pasión entre nosotros, y terminamos haciendo el amor rodeados de espuma.

Cuando salimos de la habitación, Riggs está tumbado en uno de los enormes sillones comiendo mientras ve una película. Nos sentamos en el sillón libre y comenzamos a cenar.

—¿Cómo han ido las cosas hoy? —pregunta Caleb.

—Tranquilas, tío. Demasiado tranquilas. Ese tío está jugando con nosotros, está consiguiendo lo que quiere. No me gusta, Caleb, no me gusta lo más mínimo.

—Ni a mí, pero no había opción —contesta Caleb.

—Eso es lo que más me jode, que la única opción para atraparlo sea ponerla a ella en peligro. ¿Le enseñaste a disparar?

—Lo básico. Le he enseñado lo básico.

—No es suficiente —dice Riggs—. Con este tío no es suficiente. Mañana la llevaré a la sala de tiro mientras vas a hablar con Morgan.

—¿Morgan? ¿Qué demonios quiere Morgan?

—Ha dicho que vayas a verle a primera hora.

—¿Quién es Morgan? —pregunto confundida.

—Morgan es mi superior —explica Caleb—. Por lo general no se mete en mi trabajo, pero cuando lo hace...

—Cuando lo hace acaban a gritos —termina Riggs—. Créeme, no sé si le temo más a Morgan o a tu novio cuando tienen una charla.

—¿Por qué no estás con Sam? —pregunto— Creí que estabas saliendo con ella.

—Sam es la tía más rara que conozco. Todo iba a la perfección en la cabaña, pero al volver pidió que la vigilara otra persona. Me enfadé, porque no entendía por qué no me creía capaz de defenderla. Discutimos y rompió conmigo. Fin de la historia.

—Lo siento mucho —digo apretándole el hombro—. Es lo único que puedo decirte, porque no la recuerdo lo suficiente para explicar su comportamiento.

—Tampoco es que estuviese enamorado de ella. Me gustaba, y lo pasábamos bien juntos, pero no me ha creado un trauma al dejarme.

—Cualquiera diría que vosotros dos sois amigos y vivís juntos —digo cambiando de tema.

—Ambos necesitábamos un lugar en el que vivir cuando empezamos a trabajar aquí —dice Caleb—. Él es de Seattle, pero vivía con sus padres, y yo estaba cansado de vivir en un apartamento de mala muerte en el que el dormitorio y el salón se separaban por una cortina, así que le propuse buscar un piso para los dos. Después yo me fui a vivir con Cris...

—Ya te dije que no duraríais ni un mes —dice Riggs—. Te lo dije.

—Estuvimos viviendo juntos un año, John —protesta—. Cuando se terminó volví aquí.

—A donde perteneces, tío. A veces no hay quien aguante vivir con él —continúa Riggs—. Es demasiado ordenado, y yo soy un desastre, pero al final hemos conseguido llevarnos bien.

Sonrío al imaginarlos discutiendo por quién ha dejado los bóxers en el suelo o a quién le toca limpiar el baño, pero el cansancio me hace bostezar.

—Vamos, señorita —dice Caleb tirando de mí—. A la cama.

—Sí, estoy agotada. Buenas noches, Riggs.

—Buenas noches, Livy.

Caleb consigue meterme entre las mantas antes de que caiga rendida. Siento cómo su cuerpo se amolda al mío, cómo su brazo rodea mi cintura y su respiración acaricia mi cuello, y me quedo dormida con una sonrisa en los labios.

A la mañana siguiente Caleb no está en la cama cuando me despierto. En la cocina encuentro a Riggs, preparando un copioso desayuno para dos.

—Buenos días, Livy. Siéntate, vamos a desayunar.

—¿Dónde ha ido Caleb? —pregunto dando el primer bocado a mi tostada.

—Tenía la reunión a primera hora, y no quería hacerte madrugar. Ahora iremos a la comisaría para que practiques en la sala de tiro, y luego nos reuniremos con él.

—Muy bien.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dice cogiéndome la mano.

El gesto de cariño de Riggs no me pilla por sorpresa, en absoluto. Hemos pasado tanto tiempo juntos que nos hemos hecho grandes amigos, y sé que se preocupa sinceramente por mí.

—Estoy tan cansada ya de todo esto, John... Necesito un respiro. Necesito que todo esto acabe... o recordar.

—Debe ser terrible no recordar nada.

—Ni te lo imaginas. Me siento perdida, ¿sabes? Siento remordimientos por no recordar a mis padres o a mi hermano, aunque no tenga la culpa de ello. Sufro viendo cómo se esfuerzan en complacerme, porque no quiero que lo hagan. Solo necesito que sean ellos mismos, que me traten como siempre, no como si fuera de cristal.

—Debes entenderles, has pasado por un infierno y se sienten culpables.

—Ellos no tienen la culpa tampoco. No podían salvarme. La agresión fue algo que tenía que pasar, y todos debemos vivir con ello.

—Termínate los huevos.

Agradezco enormemente el cambio de tema. Es algo que me duele, y hacerle frente es difícil. Media hora después estamos en la comisaría donde trabaja Caleb. Al pasar por una oficina con puertas de cristal le veo discutir con un hombre de unos cincuenta años, pero John tira de mí hasta unas escaleras al fondo de la sala.

En cuanto llegamos a la sala de tiro, me pone unas gafas y unos auriculares y él hace lo mismo.

—¿Qué pistola te ha dado Caleb? —pregunta.

Saco de mi bolso la pequeña pistola que me regaló cuando empezamos el viaje, y John la observa detenidamente antes de entregármela.

—Esto no sirve para nada. Necesitas un arma de verdad.

Se acerca a un mueble y saca una pistola plateada muy parecida a la que me dio Caleb. Intento meterla en el bolso, pero me detiene.

—Esto sí es una pistola de verdad. Es una *Roger LCP* de calibre treinta y ocho. Muy buena pistola y cabe en una mano, pero en el bolso no te servirá de nada. Debes llevarla en un lugar más accesible, como el tobillo o la cintura. Si te vuelven a atacar no te dará tiempo de sacarla de esa miniatura.

—Siempre venís alguno conmigo, así que no me he preocupado demasiado del arma.

—Pues deberías. Pueden herirnos, o incluso matarnos, y entonces tú estarías completamente indefensa. Te buscaré una funda para que la llesves en el tobillo. Solo tendrás que agacharte para acceder a ella.

—De acuerdo. Y ahora enséñame a disparar.

—Muy bien. Supongo que ya sabes las pautas básicas: cómo colocarte, cómo apuntar, cómo disparar. Ahora solo te falta saber dónde debes hacerlo.

Riggs y yo pasamos gran parte de la mañana disparando una y otra vez a los objetivos, primero inmóviles, y más adelante en movimiento. Me duelen los hombros del esfuerzo, pero necesitaba esto, necesitaba descargar la tensión y la frustración contra algo, y este ejercicio es perfecto para ello. Cuando Caleb se reúne con nosotros en el bar de la esquina para comer, no está nada contento.

—¿Todo bien, tío? —pregunta Riggs.

—¡Nada está bien! Alguien le ha dado el chivatazo de que estoy con Liv y me ha sacado del caso.

—¿¿Cómo?? —Estoy aterrada— ¡No puede hacer eso!

—Sí que puede, cariño. Lo ha hecho. —Caleb respira hondo—. Ahora eres responsabilidad de Riggs.

—¡Pero yo necesito que seas tú! —gimo— No puede echarme del caso si yo exijo que seas tú quien...

—Livy —interrumpe Riggs—, puede hacerlo. Eres la víctima, y no puedes hacer nada más que dejarte proteger. Ey, no soy Davis, pero sé hacer mi trabajo —bromea.

—Sé que eres tan competente como él, pero...

—Nena... —Caleb me abraza— No voy a dejar el caso, ¿de acuerdo? Seguiré investigando por mi cuenta, y por las noches estaremos juntos. Mientras tanto, Riggs se ocupará de ti.

—No me gusta, Caleb —susurro—. Todo esto no me gusta nada.

—A mí tampoco. Estoy seguro que es una treta del agresor, pero no he conseguido que mi jefe me diga quién ha dado el chivatazo.

—Estoy cansada de que siempre nos lleve ventaja. Ojalá pudiese recordar, ojalá mi cerebro no estuviese hecho papilla.

—Sabemos algo —interviene Riggs—. Se ha asustado. Eso es bueno, muy bueno. Pronto cometerá un error.

—Los dos estáis muy seguros de que lo hará, pero...

—No te preocupes por eso —dice Caleb con un beso—. Preocúpate de aprender a disparar y de esperarme desnuda en la cama esta noche. Me han asignado otro caso, debo irme. John, cuida bien de mi chica.

—Tranquilo, está en buenas manos.

—Te llamaré más tarde, ¿de acuerdo? —me dice levantándose—. Nos veremos en tu casa.

Caleb se marcha por la puerta y me siento totalmente desprotegida, como un pajarillo indefenso. Riggs nota mi temblor, porque me abraza suavemente para tranquilizarme.

—Vamos, Livy. Recojamos tus cosas y volvamos al campo de batalla.

Antes de llegar a su ático, Riggs para en una tienda de armas y me compra una funda para la pistola. Cuando subimos por mi equipaje, me enseña cómo debo ponerme la funda alrededor del tobillo, y cómo sacar rápidamente la pistola. Una hora después, estamos yendo de camino al Infierno en el que me encuentro inmersa.

Tras dejar la maleta en mi apartamento, bajamos a la pastelería a ver a Sam. Muestra una gran sorpresa al verme, pues evidentemente nadie me espera de regreso aún.

—¿Qué haces tú aquí? —dice.

—Yo también me alegro de verte, ¿sabes? —contesto riendo.

—No me refería a ti, sino a él —protesta señalando a Riggs.

—Tranquila, no vengo por ti. Estoy aquí para protegerla, así que tendrás que resignarte a verme el pelo durante mucho tiempo.

—¿Y dónde está el inspector Davis?

—No es de tu incumbencia —responde John.

—Chicos, por favor, no sé qué ha pasado entre vosotros, pero tengamos la fiesta en paz —interrumpo.

—¿Por qué has vuelto, Liv? Aún no han atrapado a ese desgraciado.

—Era necesario volver, Sam. Si sigo escondida el agresor no atacará, y necesitan que lo haga para poder desenmascararle.

—No me gusta la idea de ponerte en peligro.

—No estoy poniéndome en peligro, Sam. John me protegerá.

El aludido sale de la pastelería para atender una llamada de teléfono, y hago que Sam se siente conmigo un minuto.

—¿Qué pasó entre vosotros, Sam? Cuando Caleb y yo nos marchamos parecía que todo andaba muy bien.

—Me agobié. No dejaba de protegerme, y soy una persona muy independiente. No me dejaba hablar con mi familia, ni contigo, y estaba volviéndome loca. Cuando pintaron el escaparate de la pastelería tuvimos que volver, y decidí volver al trabajo. ¡Me estaba volviendo loca! Y no pensaba dejar que ese desgraciado se saliese con la suya. Cuando se lo dije puso el grito en el cielo. Discutimos... y le dejé.

—Se preocupa por ti, es normal dadas las circunstancias.

—Sé manejar una pistola tan bien como Ryan. Mi padre nos enseñó a defendernos. No necesito que un hombre me proteja.

—Eres una cabezota, pero supongo que no te gustará lo suficiente cuando no le das una oportunidad. Pero sí que voy a pedirte que seas civilizada y te comportes cuando él esté aquí, porque ahora que Caleb ya no está en el caso es quien me guarda las espaldas.

—Espera, ¿cómo que Caleb ya no está en el caso?

—Hubo una llamada anónima a su superior en la que le descubrieron que estábamos juntos, y le sacaron del caso por interés personal.

—¿Estáis juntos? Amiga, tienes muchísimas cosas que contarme.

—Se resistió, Sam. Jamás he visto a una persona resistirse tanto a tener algo que quiere. Pero él lo hizo. Resistió todo lo que pudo, pero...

—Pero os habéis acostado.

—No es solo sexo, Sam. Me trata tan bien... me siento bien estando con él. Hace que me sienta poderosa. Y ya le ha dicho a su familia que soy su chica, así que...

—Mmm... la futura señora Davis —bromea.

—¡Déjalo ya! Solo llevamos saliendo una semana.

—Y cuéntame... ¿Es bueno en la cama?

—¡Cállate!

En ese momento entra Riggs por la puerta y, tras servirse un café, se sienta a mi lado. Sam se levanta sin decir nada y vuelve a la cocina.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Era Caleb, para ver si todo marcha bien.

—Olvidé mencionar que esta tarde es la fiesta del barrio —dice Sam entregándome una taza de café—. Estaba haciendo unas bandejas de cupcakes. Todos los años cada vecino lleva algo de comer, y nosotras nos ocupamos siempre del postre.

—Muy bien —digo poniéndome de pie—. Voy a echarte una mano.

—No tengas prisa —sonríe Sam—. Termínate el café. La masa está preparada. Ya hay unas bandejas metidas en el horno.

Pasamos gran parte del día preparando deliciosos pastelitos para la fiesta del barrio. Los hacemos de todos los sabores, porque habrá mucha gente y todos querrán postre. A las seis aparece Caleb por la puerta de la cocina, visiblemente cansado.

—Toma, prueba —digo metiéndole un dedo cubierto de crema en la boca.

Caleb saborea la crema, pero no suelta mi dedo. Después, une sus labios a los míos en un beso largo, abrasador. Mis piernas se vuelven gelatina como cada vez que me besa, y me agarro a sus hombros para evitar caerme.

—Muy rico —susurra entre mis labios—. Pero tú sabes aún mejor.

—Ey, chicos, el apartamento lo tenéis arriba —bromea Sam.

—Eso para más tarde —contesta Caleb—. ¿Qué tal el día?

—Muy movido —respondo—. Hemos tenido muchos clientes y además hemos hecho los pasteles para la fiesta del barrio. Hasta Riggs ha tenido que servir hoy unos cuantos cafés.

—¿Hoy hay fiesta? —pregunta serio.

—Sí. ¿Supone algún problema? —pregunto.

—No debería, pero por si acaso no te alejes demasiado de mí.

—No le hagas caso, es una excusa para tenerte cerca —bromea Sam con un guiño.

—Reconozco que también es cierto eso —contesta Caleb—. Pero por si acaso no os separéis de nosotros, chicas. Eso también va por ti, Sam. No quiero que nadie se ponga en peligro.

—¡Señor, sí, señor! —responde ella haciendo un saludo militar.

—Hablo en serio, Sam. Es peligroso.

—Deja de preocuparte, Caleb. Haré lo que me pides. Pero no me pienso acercar a ese mastodonte que tienes por compañero.

—¿Se puede saber qué demonios os ha pasado a vosotros dos?

—Luego te lo cuento —susurro en su oído.

Cuando cerramos la pastelería nos acercamos a la plaza, donde se celebra la fiesta. Hay muchísima gente, y me siento nerviosa. Cualquiera de los hombres que deambulan por la plaza puede ser el agresor, pero Caleb y Riggs no se separan de mí ni un solo instante.

—¿Qué tal el caso que te han asignado? —pregunto a Caleb.

—Aburrido. Agresión doméstica. El tipo ya está entre rejas, y yo solo tengo que ocuparme de que la víctima consienta en declarar contra él en el juicio. La pobre desgraciada está tan enamorada de él que no quiere que le metamos en la cárcel.

—Si es así, ¿quién le denunció?

—Su hija de dieciséis años. Cuando llegó a casa del instituto su padre tenía a su madre tirada en el suelo y estaba dándole una paliza. Ya no aguantó más. Llevaba viviendo con eso toda su vida, y decidió decir basta.

—Eso fue muy valiente por su parte.

—La valentía le costó dos costillas rotas. Cuando estaba hablando con el 911, su padre la tiró al suelo y comenzó a darle patadas. Gracias a Dios había una patrulla muy cerca y consiguieron llegar a tiempo para salvarla de algo mucho peor.

—Has estado entretenido, entonces.

—Bueno... Aunque prefiero estar en otro caso y con otra víctima. Una víctima a la que puedo hacer el amor siempre que quiera —dice guiñándome el ojo.

—Esta noche te compensaré por ese caso tan tedioso.

—Cuento las horas para ello.

Paseamos por la fiesta cogidos de la mano. Nos subimos en las atracciones, Caleb me consigue un peluche en las rifas, y comemos la deliciosa comida que han preparado los vecinos. La gente me saluda a cada paso que doy, pero no les conozco, no sé sus nombres, ni a qué se dedican, ni siquiera dónde viven. Comienzo a sentirme mareada, todo da vueltas a mi alrededor.

—Nena, ¿estás bien? —oigo la voz de Caleb, pero está muy lejos.

—Estoy mareada —susurro.

—Ven, vamos a sentarnos.

Intento caminar a su lado, pero mi visión se llena de puntos negros y poco a poco me pierdo en el vacío.

Abro los ojos y veo a mi alrededor unas luces que me resultan familiares. Escucho a Caleb en la distancia, pero aunque intento hablarle no consigo despegar mis labios.

—¿Envenenada? ¡Confiscad toda esa maldita comida! ¡Quiero que lo analicéis todo!

—Caleb, cálmate. —Es la voz de Riggs—. Si Morgan se entera de que estás aquí dando órdenes, te despedirá.

—¿Y dónde quieres que esté?! ¡Esa que está ahí es mi chica!

—¡Compórtate como su familiar, no como el inspector Davis! Dedícate a sentarte a su lado y esperar que despierte. Dedícate a llamar a su familia y a estar con ellos. Ese es tu cometido en este caso.

—Pero...

—Caleb, te lo estoy pidiendo como amigo, no me hagas pedírtelo como jefe del caso.

—¡Está bien, maldita sea! Pero infórmame de cualquier cosa que averigües, ¿de acuerdo? Cualquier cosa.

—No te preocupes, ahora entra ahí y haz tu trabajo.

Caleb entra en la habitación y cierro los ojos para que no descubra que he escuchado toda la conversación. He sido envenenada... El agresor ha vuelto a intentarlo y no hemos sido capaces de darnos cuenta. Estábamos tan ocupados con divertirnos que bajamos la guardia. Pero eso no volverá a pasar. Lo juro.

Abro los ojos lentamente cuando Caleb sostiene mi mano entre las suyas. Me sonrío, pero esa sonrisa no llega a sus ojos, cubiertos de preocupación.

—¡Ey! Menudo susto me has dado —susurra.

—¿Qué ha pasado?

—El cansancio te ha pasado factura. Te desmayaste.

—Caleb, no me mientas. Si solo fuera el cansancio no estarías preocupado.

—No te estoy mintiendo. Has hecho demasiados esfuerzos y aún estás muy débil. En cuanto salgas de aquí nos iremos a descansar. Nada de trabajo, nada de preocupaciones. ¿De acuerdo?

Asiento y cierro los ojos un segundo. Dejaré las cosas como están, pero no dejo de darle vueltas al hecho de que ese desgraciado va un paso por delante. Cuando vuelvo a abrir los ojos ha pasado más de una hora, y Caleb está sentado en un sillón leyendo el periódico.

—Hola, preciosa —dice acercándose a la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera atropellado un camión.

—Es normal, dadas las circunstancias.

—¿Las circunstancias? ¿Qué circunstancias, Caleb? Dijiste que solo era cansancio.

—Tu madre está aquí, ha ido a por un café. Me ha dicho que no soportas que te mientan, y que si quiero que lo nuestro llegue a buen puerto tengo que empezar a confiar más en que serás capaz de afrontar cualquier cosa.

—Me conoce muy bien.

—Antes te he mentado. No quería que te preocuparas, porque ya tienes bastante encima, pero...

—Caleb... ¿Qué ocurre?

—No estás aquí porque hayas sufrido un desvanecimiento debido al cansancio. Te han envenenado.

—¿Han descubierto cómo lo han hecho? —pregunto tranquilamente.

—No pareces muy sorprendida.

—Y no lo estoy. Os oí hablar a Riggs y a ti esta mañana, Caleb.

—Y yo te he mentado... Lo siento mucho, nena, pero solo quería protegerte.

—Lo sé, y por eso te perdono. Pero no vuelvas a hacerlo, ¿entendido? Necesito que confíes en que voy a estar bien.

—Lo sé, lo sé.

—¿Y bien? ¿Sabéis algo?

—Aún están analizando toda la comida que había en las mesas. Es demasiada, así que van a tardar un poco. Mientras tanto, debes recuperarte. Han conseguido eliminar todo el veneno de tu organismo, pero tienes que quedarte en observación hasta mañana.

—Perfecto, vuelta al hospital —protesto.

—Esta noche se quedará tu madre contigo, no hay quien le quite la idea de la cabeza. Habrá un agente en la puerta, pero si quieres que me quede...

—Ve a dormir, Caleb. Necesitas descansar.

—No quiero dejarte sola.

—No voy a estar sola —ríe—. Mi madre me hará compañía. Y ahora bésame y lárgate de una vez.

—Me encanta cuando te pones mandona —dice antes de besarme—. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, lo haré.

Me despierto de madrugada debido a un ruido sordo. Mi pulso está acelerado, y el sudor perla mi frente. Miro hacia el sofá y veo a mi madre dormida, pero no veo al guardia por ninguna parte. Me levanto de la cama y me acerco a la puerta sin hacer ruido, pero el aire escapa de mis pulmones al ver al guardia tendido en el suelo rodeado de un charco de sangre.

Me acerco sigilosamente a mi madre y la zarandeo para despertarla.

—Mamá, despierta —susurro—. Vamos, despierta, está aquí.

Mi madre abre los ojos aterrada, pero evito que empiece a gritar tapándole la boca con la mano.

—Shh, nos va a oír. Tenemos que darnos prisa.

Cojo a mi madre de la mano y me acerco a la puerta, pero la sombra de mi agresor me detiene en el acto. No hay vía de escape, así que cojo el teléfono de la mesita de noche y me encierro en el baño con mi madre. Coloco una silla en el pomo de la puerta y apoyo todo mi peso en ella para evitar que el asesino pueda entrar. Marco el número de Caleb con manos temblorosas, pero no consigo hacerlo hasta el tercer intento.

—¿Me echabas de menos? —dice con voz sensual.

—Está aquí —susurro—. Caleb, viene a por mí.

—Escóndete y no te muevas, ¿me oyes? —dice con desesperación— Por dios, nena, escóndete lo mejor que puedas. Voy para allá.

—No tardes.

—No vayas a colgar. Déjame oírte para saber que estás bien. Todo va a salir bien, ¿me oyes? Te lo prometo.

—De acuerdo.

—Dime dónde estás. Necesito saber dónde ir.

—Estoy encerrada en el baño.

Escucho cómo los pasos se paran en la puerta de mi habitación. Contengo la respiración, y mi madre se tapa la boca con ambas manos para evitar gritar a pleno pulmón. Los pasos se alejan poco a poco por el pasillo, pero no puedo fiarme, no hasta que Caleb esté aquí.

—Solo un poco más, nena, ya casi estoy.

Los minutos me parecen horas, y cuando vuelvo a escuchar los pasos silenciosos un escalofrío recorre mi espina dorsal. Las pisadas se acercan cada vez más a la puerta. Una mano gira el pomo para descubrir que está cerrada por dentro. El agresor intenta abrirla, pero apoyo todo el peso de mi cuerpo contra ella para impedirle el paso. Mi madre comienza a gritar, y me empuja contra la puerta para ayudarme a cerrarla.

—Estoy subiendo las escaleras —oigo decir a Caleb.

Estoy aterrada, siento la adrenalina correr por mi cuerpo a toda velocidad. Caleb no va a llegar a tiempo... Pero de pronto la presión cede y los pasos se alejan corriendo por el pasillo.

—¿Liv? —Es Caleb, por fin—. Ábreme, cariño, soy yo.

Abro la puerta y me lanzo a sus brazos hecha un mar de lágrimas. La tensión acumulada ha roto el dique, y no puedo dejar de llorar. Mi madre no puede parar de gritar, así que Riggs la acuna entre sus brazos intentando que se calme, aunque no creo que pueda después de lo que hemos sufrido. De pronto el pasillo está lleno de policías, enfermeras y médicos que no podían acceder a él porque el agresor había bloqueado todas las entradas. Inyectan un calmante a mi madre y la ayudan a sentarse en el sofá, pero yo no puedo despegarme de Caleb, no puedo estar ni un solo segundo sin sentir el calor que solo él puede proporcionarme. Permanecemos abrazados lo que parecen horas, intentando que la tormenta amaine, y cuando por fin consigue que me tumbe en la cama, una enfermera vuelve a conectarme las vías que me arranqué en la prisa por esconderme y me inyecta un calmante, con el que poco a poco me quedo dormida.

Capítulo 12

Me despierto buscando el calor de Caleb, pero no le encuentro por ninguna parte. Me siento de golpe en la cama y le veo en el pasillo, hablando con Riggs. Ahora que me siento segura, observo a mi madre dormir en el sofá a pierna suelta. Intento volver a dormirme, pero es inútil, así que me quedo mirando a Caleb en la distancia.

Cinco minutos después aparece un hombre alto, con el pelo blanco y un enorme bigote debajo de su aguileña nariz. Le reconozco como el hombre con el que hablaba el otro día en la oficina. Caleb se acerca a él hecho una furia, y empieza a gritar como un energúmeno.

—¿Está contento? ¡Me apartó del caso y la víctima casi muere esta noche!

—Inspector Davis, es mejor que se calme.

—¡¿Que me calme?! ¡Mi novia ha estado a punto de morir! ¡No me pida que me calme!

—Entiendo su frustración, pero...

—¿Frustración? Un agente ha estado a punto de morir porque usted creyó oportuno que un solo hombre era suficiente para protegerla. Yo le dije que se estaba equivocando. Riggs se lo dijo, ¡pero está usted tan inmerso en su ego que no escuchó a nadie!

—Puedo quitarte la placa por desacato.

—¡Yo soy quien va a quitarle su licencia! He llamado a asuntos internos para que se ocupe de usted. Si no es capaz de escuchar a sus subordinados, no tiene nada que hacer en este departamento.

Dicho esto, Caleb entra en la habitación y cierra la puerta tras de sí. Al verme despierta, se tumba a mi lado y me abraza.

—¿Estás mejor?

—No he pasado tanto miedo en mi vida. Bueno, el día de la agresión supongo que lo pasaría, pero no lo recuerdo.

—Ya estoy aquí, y nadie va a hacerte daño. ¿Cómo está tu madre?

—Han tenido que sedarla. Lo ha pasado fatal.

—Intenta descansar, nena. Necesitas dormir.

—¿Cómo hacerlo? No dejo de pensar que ese cabrón siempre va un paso por delante de nosotros. No sé qué demonios hacer para recuperar la memoria, y estoy desesperada.

—Tranquilízate, estamos recogiendo huellas. Espero que esta vez tengamos algo.

—Espero que sí, o voy a tener que vivir encerrada el resto de mi vida. Te he oído discutir con tu

superior. ¿Va todo bien?

—No, nada va bien. Me ha apartado del caso y lo entiendo, pero no quiso escuchar a Riggs. Le dijo que no era buena idea dejar a un solo hombre, pero no le hizo caso y le mandó a vigilar a un sospechoso de otro caso. Martin acaba de salir de la academia, y no está preparado para enfrentarse a un caso de esta magnitud. El pobre casi pierde la vida antes de tiempo.

—¿Cómo está?

—Ha perdido mucha sangre, pero se recuperará. Es joven y fuerte. No vio nada. Estaba mirando la puerta de tu habitación porque había oído un ruido y después todo se volvió negro. Le golpearon con un extintor en la cabeza. No sé cómo logró sobrevivir.

—Pobre muchacho. Me siento tan culpable...

—No es culpa tuya que él esté en ese estado, ¿de acuerdo?

—A veces pienso que es mejor que no hubiese sobrevivido.

—¡Ey! ¿Cómo que sería mejor no sobrevivir? ¿Y qué pasaría conmigo entonces?

—Eres lo único bueno que me ha pasado desde entonces.

—Eso no es cierto. Tienes una familia maravillosa que te quiere y se preocupa por ti. Tu padre y tu hermano están sentados en la sala de espera porque no piensan dejar que algo así vuelva a ocurrir.

—Deberían irse a casa.

—Las mujeres más importantes de sus vidas han estado en peligro, déjales que se sientan útiles. Allí no molestan a la investigación. Y ahora a dormir. Necesitas reponer fuerzas si quieres irte mañana de aquí.

—Quédate conmigo —susurro, abrazada a su pecho.

—Siempre.

Aunque tardo en coger de nuevo el sueño, consigo dormir un par de horas. Cuando despierto, Caleb está sentado en una silla junto a mi familia y Ryan, y Sam está sentada junto a mí con los ojos anegados en lágrimas.

—Hola, Liv —dice con un hipido.

—¿Por qué lloras?

—Casi mueres esta noche. Cuando Caleb me llamó, pensé... ¡Oh Dios, Livy ¡Podías haber muerto!

—Estoy bien. No ha pasado nada, así que cálmate.

—¡Pero podía haber pasado! ¿Por qué no hacen nada? ¿A qué están esperando para atrapar al asesino?

—Estamos haciendo todo lo que podemos —protesta Riggs desde la puerta.

—¡No es suficiente! —grita Sam.

—Sam, basta —interviene Ryan—. Todos estamos muy alterados, pero no solucionas nada gritando al agente Riggs.

—Pero Ryan...

—¡He dicho basta! Si vas a comportarte como una cría es mejor que te marches de aquí.

—Chicos, por favor —interfiero—. Calmaos un poco.

Me levanto para ir al baño y descubro que ha desaparecido la vía que tenía unida al brazo. Me aseo un poco y me siento en la cama con Sam.

—¿Qué tal todo en la pastelería? —pregunto.

—Bien, como siempre. La gente del barrio está preocupada por ti, todo el mundo está sorprendido porque el ladrón consiguiese colarse y envenenarte.

—¿Se sabe algo ya sobre la comida, Riggs? —pregunta mi hermano.

—No hay nada envenenado. Sea lo que sea desapareció cuando Livy lo probó.

—¿Qué comiste en la fiesta, Livy? —pregunta Ryan.

—Un poco de todo. Me gusta probar toda la comida, así que es como buscar una aguja en un pajar.

—Volvemos al punto de partida —dice Caleb.

—No exactamente —contesta Riggs—. Tomamos huellas de la mesa de la comida, si el asesino quitó el plato de ella no llevaría guantes, porque levantaría sospechas, así que quizás tengamos algo.

—Estoy cansada de todo esto —digo resignada—. Necesito que termine de una vez por todas.

—Mi padre ha llegado esta mañana —dice Caleb cogiéndome la mano—. Está investigando por su cuenta.

—Tienes que tener fe, Livy —dice Riggs—. Pronto cometerá un error, y entonces le atraparemos.

Una hora después, la doctora Stevens me da el alta y Caleb me lleva a casa. Dean está sentado en las escaleras de entrada, con cara de cansancio.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Caleb.

—Livy, ¿podemos hablar?

—No creo que sea buena idea... —contesta Caleb poniéndose junto a mí.

—Por favor, Livy. Solo un momento.

—De acuerdo —digo.

Subimos a mi apartamento y Dean se sienta en el sofá. Caleb se marcha a la cocina, donde puede dejarnos intimidad pero ve en todo momento lo que ocurre. Tras ofrecerle algo de beber, me siento frente

a Dean.

—¿Y bien? Tú dirás.

—Te echo de menos, Livy. Sé que no me recuerdas, pero necesito estar contigo. Te quiero, y estos días han sido un infierno para mí. El pasado no importa, cariño, solo importamos nosotros.

Dean coge mi mano, y viene a mi memoria una imagen.

Dean está en una tienda de lencería, comprando un conjunto de ropa interior que no es de mi talla. Le sonrío a la dependienta, e intenta coquetear con ella, aunque se resiste. Sale a la calle y coge el teléfono par a hacer una llamada.

—Sí, preciosa. He comprado el conjunto que me pediste... Estoy deseando que llegue esta noche para verte con él puesto... No te preocupes por Livy, cualquier excusa servirá. Confía plenamente en mí.

Vuelve la cabeza para ver si puede cruzar la calle y me ve. Abre los ojos como platos e intenta acercarse, pero salgo a correr en dirección contraria.

—¡Livy! ¡Espera, Livy!

—¡Déjame en paz, desgraciado! ¿Cómo has podido?

—Déjame explicártelo, cariño...

—¡Vete a la mierda! ¡No quiero volver a verte en mi vida!

—¡Pero vamos a casarnos! ¿No podemos arreglarlo?

—No me casaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra. ¡Me das asco!

Subo a mi apartamento y me dejo caer en la cama, donde las lágrimas fluyen sin parar hasta que me quedo dormida.

—Me engañabas con otra —susurro—. Descubrí que me engañabas con otra y te dejé.

—¿Qué?

—Te vi comprando ropa interior y te oí hablar con ella por teléfono. Me engañabas, y te dejé. Cuando ocurrió el incidente ya no estábamos juntos. Me has mentido.

—Livy... déjame explicarte...

—No hay nada que explicar, Dean. Me mentiste. Me mentías antes del incidente y me has mentido ahora.

—¡Quería recuperarte! ¡Estoy enamorado de ti!

—¿Por eso intentaste matarme? ¿Porque no quise seguir contigo?

—¿Qué? ¡No! ¡Yo no he intentado matarte!

Caleb se acerca y levanta a Dean para ponerle las esposas.

—Dean Mathews, queda detenido por el intento de asesinato de la señorita Elisabeth Robinson. Tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga puede ser utilizado en su contra.

—¡Espera! ¡Yo no lo hice! ¡Lo juro!

—Tiene derecho a un abogado. Si no puede permitirse uno le proporcionaremos uno de oficio. ¿Entiende sus derechos?

—¡No fui yo! ¡Tengo una coartada!

—No estuviste en el hotel, Mathews, lo hemos investigado —dice Caleb.

—¡El hotel era para una cita con mi amante! ¡Tuve una reunión de última hora! ¡Puede comprobarlo!

Caleb saca el teléfono y marca un número.

—Comprueba si el bufete del señor Mathews tuvo una reunión de última hora y si él estuvo allí.

A continuación llama a Riggs, que en menos de cinco minutos está en mi casa para llevarse a Dean.

—Muy bien, Mathews, hasta que compruebe tu coartada dormirás a la sombra. Espero por tu bien que sea verdad lo que dices, porque de lo contrario no pararé hasta meterte entre rejas de por vida.

Riggs se marcha con mi ex novio y Caleb me abraza con fuerza. Inspiro su olor, me empapo de su fuerza y suspiro cansada.

—¿Y si es cierta su coartada? —pregunto— ¿Y si no fue él?

—Si es así, estamos jodidos, nena, porque no tendremos nada.

Dos días después Dean vuelve a estar en la calle tras confirmar su coartada, y nosotros estamos como al principio. Me despierto envuelta en el calor de Caleb, que duerme a mi lado en la cama. No puedo evitar observar sus rasgos, que se suavizan a causa del sueño, ni acariciar suavemente su mejilla con la yema de mi dedo.

Sus pestañas aletean antes de dejar al descubierto sus preciosos ojos castaños, y una sonrisa perezosa escapa de sus labios antes de estirarse cuan felino y tumbarse sobre mí para besarme.

—Buenos días, preciosa —susurra un segundo antes de atacar mi cuello.

—Buenos días, dormilón.

—Este dormilón tiene muchas ganas de ti, ¿lo sabías?

—La verdad es que no tenía ni idea.

Las bromas quedan relegadas al olvido cuando su boca se une a la mía. Sus besos son adictivos, afrodisíacos... su lengua recorre mi boca con parsimonia, sus manos acarician mi pierna suavemente, y mi corazón se acelera a mil por hora. El deseo despierta en mi cuerpo poco a poco, y mis manos suben inconscientemente hacia su cuello, para enredar los dedos en su sedoso cabello castaño.

Sus labios carnosos comienzan un recorrido hasta mi cuello, donde se recrean con besos lentos, lamidas sensuales, mordiscos de placer. De su boca escapa un gemido cuando recorro su nuca con mis uñas, y su mano se adentra por mi camiseta hasta encontrar mis pechos desnudos.

—¡Dios, cómo me gusta que duermas sin sujetador! —susurra.

Su boca sustituye a su mano, y su lengua hace estragos en mi pecho, que resurge a la vida en cuanto entran en contacto. Mi espalda se arquea buscando más caricias, pero Caleb baja por mi estómago hasta toparse con mis braguitas. Ni siquiera se molesta en quitármelas, las aparta a un lado y recorre mi sexo con su lengua caliente una y otra vez. Voy a estallar, estoy ardiendo en las llamas del infierno y en cualquier momento me romperé.

Caleb se pone de rodillas en la cama y se baja los bóxers hasta las rodillas antes de empalarme hasta el fondo. ¡Dios! Esto sí que es el paraíso. Sentir su miembro en contacto con el mío es pura ambrosía. Pero necesito más, mucho más, y tras unas cuantas embestidas le aparto de mí para ponerme de rodillas, apoyándome en los codos. Veo brillar en sus ojos la lujuria, y se lame los labios como un demonio salido del infierno antes de sujetarme por las caderas y volver a penetrarme con fuerza.

—¡Así, justo así! —gimo.

—Dios, nena... me vuelves loco.

Sus embestidas son profundas, certeras, y aumenta la intensidad a cada segundo. Sus manos resbalan por mis costillas hasta encontrarse con mis pechos. Siento su cuerpo en contacto con mi espalda, su aliento acaricia mi oído, y sus manos acarician mis pechos como si fuesen frutas maduras. El calor recorre mi vientre como un rayo, y el orgasmo me arrasa un segundo antes de sentir a Caleb vaciarse en mi interior.

Nos dejamos caer en la cama saciados, y Caleb me atrae hasta su pecho y me besa en la frente, como hace cada vez que hacemos el amor.

—No hay nada como un polvo mañanero para levantarse con energía —dice con una sonrisa.

—¡Cállate! —exclamo con una carcajada— Eres un depravado.

—Tal vez... Pero me encanta que me sigas el ritmo. —Se sienta en la cama—. Riggs debe estar al llegar. Yo tengo que irme.

—No me gusta que no estés en el caso —protesto.

—Créeme, nena, a mí me gusta tan poco como a ti, pero no hay alternativa. Mi jefe ha accedido a dejar decidir a Riggs todos los detalles del caso, y sé que hará lo mismo que yo haría. Estarás a salvo.

—Sé que estaré a salvo con John. Pero no me recreo la vista tanto como contigo...

—¿Así que te recreas la vista con John, eh? —En su voz puedo notar un atisbo de celos.

—Reconoce que es guapísimo... Aunque no tanto como tú.

—Esta noche vas a compensarme por eso... te lo aseguro.

—Ya estoy contando las horas.

Caleb ríe a carcajadas y va a darse una ducha. Media hora después le despido en la puerta de casa. Riggs llegó hace unos minutos y trajo donuts para desayunar, así que sirvo dos cafés y me siento tranquilamente con él.

—Livy... Dime que hoy no vas a ir a trabajar.

—La doctora Stevens dijo que descansara unos días, pero últimamente Sam se está encargando de todo el trabajo. No creo que sea justo que no baje a echarle una mano. ¿Te incomoda estar con ella?

—¿Es insoportable! Tiene unos cambios de humor de lo más extraños, y no me siento cómodo con ella.

—No tienes que hablarle si no quieres.

—No pienso hacerlo, créeme. Ya tuve bastante anoche.

—¿Anoche? ¿Qué pasó anoche?

—Se ha enterado de que Dean ha quedado libre, y vino a mi casa hecha una fiera exigiéndome que le detenga. Le intenté explicar que su coartada es sólida, pero no atendía a razones. Al final terminé follándomela en la alfombra, Liv. No sé qué tiene, pero me saca de mis casillas y al segundo siguiente me muero por acostarme con ella.

—¿Te has planteado que a lo mejor estás enamorado de ella?

—¿Yo, enamorado? No, Liv. Solo me enamoré una vez, y por desgracia ese amor duró muy poco.

—¿Qué pasó?

—Murió en un tiroteo. Éramos compañeros antes de entrar en el departamento de víctimas especiales. Estábamos a punto de desmantelar un laboratorio de anfetaminas, pero nos tendieron una trampa.

—Lo siento mucho, Riggs —digo apretándole la mano.

—Ya hace mucho tiempo de eso, está superado.

—Seguro que algún día encuentras a otra mujer de la que enamorarte.

—No lo dudo, Liv, pero desde luego no será Sam.

El teléfono interrumpe la conversación. Es un número que no conozco, y miro a John para saber qué hacer.

—Cógelo, está pinchado. Si es el agresor entreténlo el máximo posible para que podamos localizar la llamada.

—De acuerdo.

Marco el botón de descolgar con manos temblorosas, temiendo lo peor, con miedo de no ser capaz de actuar si es el agresor.

—¿Dígame?

—Liv, soy Alex. Estamos en el hospital, es la hora.

—Ahora mismo voy para allá.

Cuelgo el teléfono y corro a mi habitación a vestirme.

—¿Quién era, Livy? —grita John desde el salón.

—¡Era mi hermano! ¡Viene el bebé!

Cuando vuelvo al salón, Riggs está parado en la puerta con mi chaqueta en la mano. Me ayuda a ponérmela y corremos escaleras abajo hasta su coche patrulla.

—¿Sabes cuál es la ventaja de tener que estar vigilada por un policía? —me pregunta con una sonrisa traviesa.

—¿Qué estoy a salvo?

—Mucho mejor. Esto.

Coloca en el techo de su coche la luz estroboscópica y la sirena comienza a sonar. Llegamos al hospital en un cuarto de hora, y corro hasta el mostrador de información para preguntar por Mary Anne. Cuando llego a la habitación, mi cuñada está colocada de lado con un cojín bajo la barriga, y mi hermano está a punto de sufrir un colapso.

—¡Ey! ¡Ya era hora de que dieras a luz! —digo cogiéndole la mano— Te lo has pensado, ¿eh?

—Si... Junior no tenía ganas de salir —contesta entre inspiraciones—. Riggs, ¿te importaría traerle una tila a mi marido? Parece que es él quien va a tener al bebé.

—Mejor me lo llevo conmigo.

Riggs sale de la habitación con Alex y yo me siento junto a Mary Anne para hacerle masajes circulares en la espalda.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy dolorida. Tu sobrino es grande. El doctor Medina está barajando la posibilidad de una cesárea.

—Debéis hacer lo que sea mejor para el bebé, Anne.

—Lo sé, pero quería un parto natural, y todo se ha estado complicando desde el principio.

—Es cierto, pero aquí estáis, sanos y salvos.

—Estoy asustada, Liv. Muy asustada. Pero si yo no mantengo la calma Alex se desmoronará.

—No te preocupes por mi hermano, yo me encargaré de él. Preocúpate por ti y por el bebé.

—Gracias por haber venido, Liv. Sé que todo esto es peligroso, pero me alegro de que estés aquí.

—No podía faltar al nacimiento de mi ahijado. Además, tenemos a un guardia en la puerta y a Riggs guardándome las espaldas. Nada puede ir mal.

Riggs y Alex entran de nuevo en la habitación. Mi hermano está claramente más calmado, y miro a John con una ceja arqueada. Él niega sonriendo y se sienta en el sofá.

—Alex, ¿has llamado a papá y mamá? —pregunto.

—Sí, vienen de camino. Estaban en una convención en Bellingham, tardarán más o menos una hora en llegar.

Una hora después las contracciones son muy seguidas, y Anne ya ha dilatado lo suficiente, así que una enfermera viene para llevársela al quirófano. Alex suspira y la sigue de cerca, y yo me dejo caer junto a John con un suspiro.

—Cuéntame el secreto, John. ¿Qué has hecho con mi hermano?

—Solo le he dicho que el nacimiento de un hijo es lo más maravilloso que puede pasarle a un hombre, y que debe ser fuerte, porque su mujer va a pasar por un infierno para darle el mejor regalo de su vida.

—¿Tienes hijos?

—No, no tengo hijos, pero es la perorata que mi padre le soltó a mi hermano cuando mi cuñada iba a tener al bebé. Realmente funciona, ¿no crees?

Mis padres entran por la puerta en ese momento, y mi madre no para de parlotear sobre lo contenta que está por su primer nieto, e intenta convencerme de que le dé yo uno también.

Esperamos en la habitación a que Mary Anne traiga al mundo al pequeño Alexander. Un médico nos informa que al final van a optar por una cesárea, lo que me tranquiliza bastante. Caleb llega media hora después de que Mary Anne entre en quirófano, y me abraza con fuerza.

—Otra cosa buena que apuntar en la lista —susurra.

Poco rato después traen a Mary Anne dormida en la camilla, y un precioso bebé con la cabecita salpicada de bello rubio protestando en una pequeña cunita de cristal. Alex entra en la habitación con cara de haber salvado al mundo, y se sienta junto a Anne para que nosotros tengamos libertad de agasajar al pequeñín.

—¡Pero qué cosa más bonita! ¿No crees, Carl? —suspira mi madre mirando a su nieto embelesada.

—Es tan parecido a Alex... —dice mi padre acariciando su cabecita con un dedo.

El pequeño comienza a llorar a pleno pulmón, y le cojo en brazos para que no despierte a su mamá. Sentir su peso entre mis brazos, sentir su olor a recién nacido, hacen que me sienta tan pequeña... Caleb se acerca y posa sus manos en mi hombro antes de besarme en la mejilla.

—Estás preciosa con un bebé entre los brazos, cariño.

El llanto del bebé no cesa, lo que me impide ahondar en el tema.

—Tiene hambre —dice una enfermera entrando en la habitación— ¿Quiere darle usted el biberón? —me pregunta.

—¿Puedo? —digo sorprendida.

—Por supuesto, solo tiene que inclinarlo un poco, pero no demasiado, para que no trague aire.

—Muy bien.

Me siento en el sillón con el niño en brazos, y me dispongo a darle el biberón como la enfermera me ha explicado. Ella se marcha al ver que lo estoy haciendo bien, y yo me quedo hipnotizada ante el movimiento de su pequeña boquita succionando la tetina. Sonrío involuntariamente, no puedo evitarlo. El bebé despierta en mí una ternura desconocida hasta entonces, e inconscientemente deseo que sea mío... y de Caleb. Levanto la vista para buscarlo entre mi gente, y le encuentro apoyado en la puerta de entrada, observándome desde la distancia, con los ojos cargados de un sentimiento que aún no logro descifrar. Es un momento mágico, único... y especial. Ryan llega justo en ese momento, y sonrío al verme acunando al bebé entre mis brazos.

—¡Vaya, Livy! Te queda muy bien. A ver cuándo os animáis el inspector y tú a tener uno...

—¡Cállate! —digo riendo— Preocúpate por encontrarte una chica y déjanos a nosotros a nuestro ritmo.

—Déjame ver a mi ahijado —dice tendiendo los brazos hacia mí—. Déjame ver lo guapo que es.

Le entrego al bebé y me acerco a Caleb, que me abraza y me besa en la frente como tanto me gusta. Permanezco un rato así, disfrutando de este instante de felicidad, disfrutando de mi familia. Porque esta es mi familia. No importa que no recuerde nada de mi vida anterior, porque ellos siempre estarán ahí para mí. Una lágrima resbala por mi mejilla, y Caleb la borra con sus labios.

—Espero que sea de felicidad —susurra.

—Absolutamente.

—Aunque si es de envidia...

—¡No! Claro que no les envidio. Sé que algún día yo tendré uno solo para mí.

—El padre tendrá algo que decir al respecto, ¿no?

—Sabes a qué me refiero. A este pequeñín solo podré tenerle un ratito, lo justo para malcriarlo y hacer que adore a la tita Liv.

—Estoy seguro de que te adorará. Nadie puede evitar hacerlo.

—¿Ni siquiera tú? —bromeo.

—En especial yo.

Capítulo 13

Poco después mi madre y Ryan nos acompañan a la pastelería para traer algunos pasteles a Mary Anne, que ahora que ha tenido al bebé está de antojo. Voy sujeta del brazo de mi madre, comentando lo felices que estamos con el bebé, cuando un hombre de unos cuarenta años se para frente a mí, señalándome con cara de haber visto a un fantasma.

—¡No puede ser! ¡Oh Dios mío!

—¿Disculpe? ¿Me conoce? —pregunto extrañada.

—¡Creí que estabas muerta! ¿Qué te he hecho! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué demonios te he hecho?

Caleb le sujeta de la chaqueta y le levanta en peso con una mirada tan despiadada que me da miedo moverme.

—¡¿A qué te refieres?! ¡Contesta, desgraciado!

—¡Creí que estaba muerta! ¡Yo no quería hacerle daño, lo juro!

Caleb coloca sus manos sin mucha delicadeza tras la espalda del hombre para colocarle unas esposas.

—Queda detenido por el intento de asesinato de la señorita Elisabeth Robinson —dice con los dientes apretados.

—¿Qué? ¡No! ¡Yo no la maté! ¡Creí que estaba muerta!

—Tiene derecho a permanecer en silencio. Todo lo que diga puede ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagar uno, le asignaremos uno de oficio. ¿Ha entendido sus derechos?

—Sí. Dios... sí. ¿Puedo hablar un minuto con ella?

—¡Ni lo sueñes! ¡Y agradece que sea profesional y sepa hacer mi trabajo, porque me gustaría matarte con mis propias manos por haberte atrevido a tocarla!

—¡Por favor! ¡Necesito disculparme! ¡Por favor!

Apoyo la mano en el brazo de Caleb y asiento mirándole a los ojos, para que vea que todo va bien. Aunque todo apunte a que él es el asesino, necesito oír lo que tiene que decirme.

—Creí que estaba muerta. De no ser así, jamás hubiera hecho lo que hice. Espero que algún día pueda perdonarme, señorita. Pagaré mi castigo en el infierno, pero necesito que usted me perdone.

—¿Pero qué hizo? —pregunta mi madre.

—Yo... La violé.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal al oír su confesión. Tengo delante de mí a la persona que me violó, a la persona que introdujo su miembro dentro de mí sin permiso, y lo que es más repugnante, creyendo que yo estaba muerta. Las nauseas me atenazan el estómago, y me doy la vuelta para no continuar mirando a ese ser despreciable, al que Caleb lleva hacia el hospital para entregárselo a Riggs. Unos minutos después se acerca a mí y me abraza con ternura, dándome su calor, y su fuerza para sobrellevar todo esto.

—Se acabó, cariño. Se acabó.

Nos montamos todos en su coche y nos acercamos a la pastelería. Me extraña verla cerrada, pues Sam es siempre muy puntual, así que saco el teléfono para llamarla a ver qué le ha pasado, pero está apagado.

—Qué extraño —digo en voz baja—. Voy a llamarla al teléfono de casa. Mamá, ¿puedes entrar tú por los pasteles?

—Claro, hija. Tengo mi propia llave.

Mi madre se acerca a la pastelería y marco el número de la casa de Sam para ver si está bien. Los minutos pasan a cámara lenta. Una llamada, dos, tres... de repente una gran explosión capta mi atención. Una gran bola de fuego sale de la pastelería. ¡Por Dios, mi madre está dentro! Salgo a correr gritando su nombre, pero Caleb me intercepta y me coge en peso para impedirme avanzar. Grito, pateo con todas mis fuerzas intentando soltarme, pero es más fuerte que yo.

—¡Suéltame! —grito— ¡Tengo que salvarla!

—¡Métete en el maldito coche, Liv!

—¡Mi madre está ahí dentro!

Paso de los brazos de Caleb a los de Ryan, que me mete en el coche y cierra la puerta con llave.

—¡Llévatela de aquí, Ryan! ¡Llévatela lo más lejos posible!

Ryan asiente y se mete en el coche. Conduce como un energúmeno, alejándome del desastre lo antes posible, alejándome de mi madre también. Yo no puedo dejar de llorar. Las lágrimas brotan de mis ojos sin control, y apenas puedo respirar de la opresión que siento en el pecho. Ryan saca una bolsa de papel de la guantera y me la pone en la boca, tapándome con ella la nariz.

—Sostenla así y respira hondo. Estás sufriendo un ataque de ansiedad.

Hago lo que me pide, porque de repente siento que me estoy quedando sin aire, y tras unas cuantas inspiraciones logro calmarme un poco.

—Ha matado a mi madre. ¡Ese hijo de puta ha matado a mi madre!

—Eso no lo sabes. Caleb la pondrá a salvo, ya lo verás.

—¡Estabas allí, Ryan! ¿En serio crees que alguien puede sobrevivir a esa explosión?

—Liv, he visto tantos milagros en Uganda que sí, creo que alguien puede sobrevivir a esa explosión. Tienes que tranquilizarte, ¿de acuerdo?

—¿A dónde me llevas?

—A la cabaña. Es el sitio más seguro que conozco, y Caleb sabrá encontrarnos allí.

Hacemos el resto del viaje en silencio. Cuando llegamos a la pequeña cabaña de madera junto al lago, recuerdos sobre mi niñez vienen a mi memoria.

—Alex y yo veníamos a veranear aquí con vosotros. ¿Verdad?

—Así es. Tu hermano y yo lo pasábamos en grande haciéndoos rabiar. Fueron los mejores veranos de mi vida. Luego crecimos, y cada uno se tuvo que ir por su lado.

—Podríamos repetirlo cuando todo esto termine —propongo.

—Me parece una idea estupenda. Deberíamos empezar a hacerlo como un ritual familiar para que nuestros hijos vivan lo que vivimos nosotros. ¿Qué te parece?

—Que por ahora solo lo vivirá el pequeño Alex —digo sonriendo.

—No creo que tardes mucho en darle un primo, Liv. Caleb está enamorado de ti.

—¡No digas tonterías! Acabamos de empezar. Aún queda mucho para eso.

—Vamos dentro, anda. No quiero tenerte aquí fuera sin protección.

Cuando entramos en la cabaña, Ryan pone un poco de leña en la chimenea y se dispone a preparar algo de comer. En la nevera apenas hay comida, pero en el congelador encuentra unos filetes que prepara con una salsa de coñac.

—¿Sabes cocinar? —pregunto, escéptica.

—En Uganda me hacía mi propia comida, Liv. Tuve que aprender a la fuerza.

—¿Por qué decidiste ir a Uganda?

—Porque estaba enamorado de ti.

Su confesión me deja en estado de shock. ¿El mejor amigo de mi hermano, estaba enamorado de mí?

—¿Me lo dijiste?

—No —sonríe—. No me atrevía a desafiar a tu hermano, así que me conformaba con amarte en la distancia. Pero un día él se acercó y me dijo que si no lo intentaba, nunca sabría si me querías. Así que decidí contártelo. Preparé una cena en casa e invité a Sam, a tu hermano, a Anne y a ti. Lo tenía todo previsto, te llevaría a casa y te contaría lo que sentía, pero entonces tú llegaste con Dean.

—Lo siento, yo...

—No tienes que sentirlo. Necesitaba olvidarte, así que me fui a Uganda. Allí conocí a Stephanie, una mujer maravillosa de la que terminé enamorándome. Vuelve en unos meses de Uganda, y continuaremos con nuestra relación. Hablamos a diario por Skype, y creo que es la mujer de mi vida. Estoy bien, Liv, soy muy feliz con ella. Pero me alegro de que dejases al desgraciado de Dean. No me

gusta ni un pelo.

—Si sirve de algo, a mí tampoco me gusta. ¿Sabes? Cuando te conocí no podía sacudirme el miedo de mi cuerpo. Era una sensación extraña, como si intentase decirme que tú eras el asesino. Luego descubrí que me ocurría con todos los hombres que se acercaban a mí diciendo conocerme.

—¿Yo, el asesino? —dice con una carcajada— Soy médico, Liv, hice un juramento hipocrático. Jamás le haría daño a una persona, mucho menos a una a la que quiero.

—Lo sé, pero entonces estaba muy asustada.

—No me extraña, preciosa. Has pasado un infierno.

—Recuerdo un día... un día de nuestra niñez. Yo me caí con la bicicleta, y me hice un rasguño en la rodilla. Manché de sangre mis pantalones blancos, y no paraba de llorar. Entonces tú te acercaste, y me calmaste. Después me llevaste a casa de tus padres, y me curaste la herida.

—Lo recuerdo.

—Metiste mi pantalón en la lavadora para que mis padres no se dieran cuenta...

—Y llené toda la casa de espuma —dice riendo—. Estuve semanas castigado por eso.

—Cuando recordé ese hecho, supe que tú jamás me harías daño.

—Debe ser difícil no recordar...

—Es frustrante la mayoría de las veces. Tengo treinta años, una vida ya vivida, y solo recuerdo pequeños retazos de ella. Quiero recordar el amor que sentía por mis padres, el cariño que sentía hacia Sam o hacia ti, y me siento fatal por no hacerlo.

—Míralo de esta forma. Dedícate a querernos de nuevo, en vez de empeñarte en recordar cuánto nos querías antes.

—Es una gran idea, Ryan. Gracias.

—Échate un rato a dormir. Necesitas descansar y Caleb aún tardará un poco en venir.

—Debería mandarle un mensaje. No sabrá dónde encontrarnos.

—Sí que lo sabe. Este fue un plan de huída alternativo que planeamos cuando te envenenaron. Caleb sabe cada paso que hemos dado hasta llegar aquí.

Me tumbo en el sofá a intentar descansar, pero el sueño no llega. No paro de pensar en las palabras de ese desconocido, en lo que esas palabras significan. Si él fue quien me violó, pero no quien me agredió, el asesino puede ser cualquiera, hombre o mujer. Aunque tuvo que ser alguien fuerte para poder trasladarme hasta aquella calle oscura...

Permanezco largo rato tumbada mirando al techo, mientras Ryan pone la televisión, aunque evita ver las noticias. Mi querido Ryan... Si no me hubiese enamorado de Caleb, bien podría haberme enamorado de él. Su pelo leonado cae ondulado a la altura de los hombros, y su sonrisa hace florecer dos hoyuelos en sus mejillas. No es tan alto como Caleb, pero sus bíceps se dibujan bajo la tela de la camisa.

Aunque lo mejor de todo son sus ojos, de un verde tan intenso como hierba recién cortada.

Viene a mi memoria un momento muy especial para mí: el baile de fin de curso. Rechacé a todo el que me lo pidió porque tenía un plan. Quería ir con Ryan a toda costa, y le hice creer que nadie me lo había pedido para que se apiadase de mí y me acompañara. Estaba tan nerviosa... Tardé semanas en encontrar un vestido, y al final me decanté por uno de gasa color crema. Cuando le vi llegar vestido de etiqueta, mi corazón se aceleró. Fue la mejor noche de mi vida... hasta el último baile antes de nombrar a los reyes. Le di las gracias por haberme acompañado, y él me dijo “para eso están los hermanos”. Cuando volví a casa lloré durante horas. Desde entonces lo único que intenté fue olvidarle.

—Te quise, Ryan —susurro.

—¿Cómo dices? —pregunta sin apartar la vista de la televisión.

—Estuve enamorada de ti.

—¿Cuándo? —Ahora su atención se centra plenamente en mí.

—Creo que siempre. He recordado mi baile de graduación. Decliné todas las invitaciones porque quería ir contigo. ¿Lo recuerdas?

—Recuerdo que me dijiste que ningún chico te había invitado y que no pensabas ir.

—Te mentí. Estaba enamorada de ti... y me rompiste el corazón.

—¿Te rompí el corazón? ¿Cuándo?

—Te agradecí que vinieras conmigo y me dijiste...

—Para eso están los hermanos. Dios, Liv, si lo hubiera sabido, yo...

—Ahora no importa. Tú estás enamorado de Stephanie y yo de Caleb.

—Sí, pero si hubiese sido menos cobarde quizás las cosas serían diferentes. Pero supongo que no era nuestro destino.

—Supongo que no.

—¿Te apetece un café? Necesito cafeína tras esta revelación—bromea levantándose.

Mi respuesta queda oculta tras la detonación de un disparo. Veo cómo Ryan cae al suelo, con un agujero del tamaño de una moneda en el pecho, y me encuentro cara a cara con mi asesino.

La pistola aún está humeante cuando miro a Sam a los ojos. De repente un millón de recuerdos espeluznantes vuelven a mi memoria cuan Tsunami. La noche de la agresión Sam me llamó llorando porque su novio la había dejado, ese novio misterioso que nunca quiso presentarme. Llegué a su casa lo más pronto posible, e intenté consolarla. La noté un poco extraña... pero lo achaqué a un ataque de nervios.

Cuando dejó de llorar me ofreció un café... y empecé a sentirme muy mareada. Entonces ella me dijo que iba a matarme por haberme interpuesto en su camino... y cogió un cuchillo de la cocina. La golpeé con la taza en la cabeza, lo suficiente para dejarla inconsciente unos minutos, y comencé a correr.

Pero lo que sea que me puso en la bebida me hacía sentirme cada vez más mareada, con menos fuerza, así que me escondí en un portal, rezando porque no me encontrara. Pero lo hizo. Sentí escalofríos al escuchar sus pasos acercándose a mi escondite, y el miedo me paralizó cuando la escuché silbando una canción tan tétrica que estremecería al mismísimo Lucifer.

No podía apenas moverme, ni gritar, pero utilicé todas las fuerzas que me quedaban para intentar zafarme de su agarre, para conseguir alejarme de ella. Entonces llegó la primera puñalada. Un dolor punzante me cruzó el brazo derecho cuando clavó el cuchillo en él hasta la empuñadura. Después me cruzó la cara con la hoja, según ella “para que dejara de ser atractiva de una puta vez”. Me dejó caer al suelo y me pateó con fuerza una y otra vez. Me encogí para evitar que me hiciera más daño, pero volvió a apuñalarme en las costillas y en el muslo. El dolor era insoportable, pero lo que más me dolía era que mi mejor amiga intentase matarme. No entendía por qué, no sabía qué era eso tan terrible que le había hecho para que llegara a ese extremo. Mi visión se volvió borrosa y todo se volvió negro.

—¡Fuiste tú! —susurré aterrada.

—¡Premio para la zorra! He sido tremendamente brillante, ¿no crees? Nadie ha sospechado de tu querida amiga de la infancia.

—¿Por qué?

—¡Porque destrozaste mi vida! ¿Por qué si no? Dean era mío... ¡Pero me lo robaste!

Intento bajar el cuerpo con movimientos suaves para alcanzar la pistola que llevo en el tobillo, pero Sam me apunta con la pistola en la sien.

—¡No te muevas! ¡Como muevas un solo músculo te vuelo los sesos!

Saca una cuerda de la mochila que lleva colgada al hombro y me obliga a sentarme en una silla, donde me ata de pies y manos. Ella se sienta frente a mí, sin soltar la pistola, y sonríe con una sonrisa demoníaca que me pone los pelos de punta.

—Dean y yo llevábamos meses saliendo. Todo era perfecto, él era perfecto. Un día me dijo que una constructora importante me daría una gran suma de dinero por el terreno donde está la pastelería, pero yo solo tengo una parte de las acciones y sabía que jamás accederías a venderla. Así que urdimos un plan.

Se levanta y, tras coger una cerveza del frigorífico, se pone a mirar por la ventana.

—Acordé con Dean que te sedujera para así poder convencerte de la venta del terreno. Al principio todo iba como la seda, quedaba contigo por las tardes y pasábamos las noches follando como conejos. Pero se enamoró de ti. De repente sus visitas se volvieron más esporádicas, y eran raras las veces en las que hacíamos el amor.

—¡Le vi comprándote ropa interior!

—¡Porque yo le obligué a hacerlo! Le dije que si las cosas no cambiaban le hundiría, que tenía información que acabaría con su carrera, y él me creyó por un tiempo. Pero después descubrió que no tenía nada con lo que amenazarle, y me dejó.

Su mirada se pierde en el horizonte, y yo intento desatar las cuerdas, pero es inútil. El nudo es demasiado intrincado, y está demasiado apretado, así que busco por la habitación alguna forma de escapar.

—Ese día vino a verme a la pastelería antes de que tú llegaras, y me dijo que lo nuestro no podía continuar. Le rogué, le supliqué, pero no conseguí hacerle cambiar de opinión. En ese momento empecé a odiarte más que a nada en este mundo. Y pensé que si desaparecías, Dean volvería a enamorarse de mí. Así que urdí un plan.

Saca de la mochila un frasquito de cristal y lo pone delante de mis ojos.

—¿Sabes lo que es esto? Se llama *Midazolam*. Se utiliza para las penas de muerte por inyección letal. Es un somnífero muy poderoso, aunque usado indebidamente puede causar depresión respiratoria, e incluso la muerte. En el mercado negro se consigue con mucha facilidad, sobretodo si eres una mujer atractiva.

Llena un vaso de agua en el fregadero y vierte más de medio bote en él.

—Podría haberte matado con él, pero no habría sido divertido. Además, habría sido más fácil para la policía descubrirme. Pero sirvió para mi propósito. Quería que sufrieras, Liv, quería que sintieras todo el dolor que yo había sentido.

—¡Suelta la pistola!

Es la voz de Caleb, que aparece en la puerta como un ángel vengador. Pero Sam apoya el cañón de la pistola en mi sien con mano temblorosa.

— Vaya, vaya... Su ángel vengador... ¡Tira el arma o disparo!

Caleb levanta los brazos y deja caer la pistola en el suelo.

—¡Lánzala hacia aquí de una patada! ¡Ahora! —grita Sam.

—¡Caleb, no! —grito desesperada.

—Todo va a salir bien, nena. Te lo prometo —dice obedeciendo las órdenes de Sam.

—¡Qué emotivo! —exclama Sam con ironía— Vais a conseguir que se me salten las lágrimas de emoción. ¡Al suelo, Caleb! ¡Tírate al suelo!

Caleb obedece sus órdenes, pero no deja de mirarme. De sus labios escapan silenciosas las dos palabras que podían darme toda la fuerza que necesito para continuar de una pieza.

—Te quiero.

Intento entretener a Sam como sea, así que intento que me explique paso a paso su plan.

—¿Tú hiciste las pintadas? ¿Y golpeaste a Riggs? ¿Y cómo demonios me transportaste hasta ese callejón?

—El dinero es muy poderoso, sobretodo si lo utilizas con un drogadicto. Le pagué a un desgraciado por hacer las pintadas, solo tuve que darle la clave de la pastelería. Lo demás sí corrió por

mi cuenta. Sacar a tu novio del caso fue lo más fácil. Una llamada anónima a una pobre prometida abandonada, y ella hizo todo el trabajo por mí. ¿Verdad que soy brillante?

—¿Y el veneno? No comí pasteles.

—¡Y tampoco apareció en ningún alimento porque no estaba allí! El veneno te lo puse en el café horas antes, era de efecto retardado. Todo estaba planeado al milímetro, ¡pero tú lo estropeaste! ¡Tenías que ser tú quien entrase a la pastelería esta mañana, no tu estúpida madre! ¡Y ahora todos mis planes se han ido a la mierda!

Da un par de vueltas a la habitación sin dejar de apuntar a Caleb con la pistola.

—Pensaba matarte sin más, obligándote a tomar el *Midazolam* y disfrutando de cómo tus vías respiratorias se cierran y mueres asfixiada, pero tengo una idea mejor. Tú me quitaste al hombre al que amo, así que yo te quitaré al tuyo.

—¡No, Sam! ¡Por favor, no le hagas daño! ¡Dean es libre! ¡Es tuyo!

—¡No es mío, estúpida! ¿Crees que volvió conmigo cuando le dejaste? ¡Pues te equivocas! ¡Lo intenté, maldita sea, pero me rechazó de nuevo!

—Sam... si me lo hubieras dicho... si me hubieses dicho las cosas desde el primer momento, ¡habría accedido a vender la pastelería!

—¡Mientes! ¡Eres una zorra mentirosa!

—¿Crees que para mí era más importante un negocio que mi mejor amiga?

—¡Siempre decías que esa pastelería era tu futuro! ¡Tu vida!

—¡Pero no a costa de nuestra amistad!

—¡Mientes! ¡Estás mintiendo para salvar a tu hombre!

—¡Mírame, Sam! ¡Estoy diciendo la verdad! ¡Eres como una hermana para mí, maldita sea!

—¡Mientes!

Sam coge un cuchillo de la encimera de la cocina y salta sobre Caleb para clavárselo en el pecho, pero él es más fuerte que ella, y consigue reducirla. Su forcejeo está muy igualado, Sam tiene mucha fuerza y a Caleb le cuesta mantenerla en el suelo, pero entonces ella le hiere con el cuchillo en el hombro. Caleb queda tirado en el suelo debido al agudo dolor, y Sam aprovecha para coger la pistola de nuevo. Siento cómo algo reptaba por mi pierna, pero no puedo apartar la mirada de Caleb.

—¡Sam, por favor, no lo hagas! —grito desesperada.

—Despídete de tu querido Caleb, zorra.

Un disparo cruza el aire y cierro los ojos con fuerza. No quiero verlo, no quiero ver cómo el hombre al que amo se desangra sobre el suelo de madera. Pero el gorgoteo que escucho no es de un hombre, sino de una mujer. Abro los ojos y veo a Sam caer al suelo con un tiro en la garganta, y a Ryan apoyado en el sofá con mi pistola en la mano.

—¡Liv, Dios mío, nena! ¿Estás bien? —susurra Caleb aterrado.

Cuando consigue desatar mis manos, me abrazo a él con fuerza. Por la ventana, la luz de una ambulancia precede a los enfermeros, que se llevan a Ryan de inmediato.

—¿Mi madre? —susurro.

—Está en el hospital. Por suerte la explosión la pilló dentro de la cámara frigorífica y los daños han sido mucho menores de lo que cabía esperar.

—¡Gracias a Dios! ¡Oh, Caleb! He pasado tanto miedo...

—Shh... Tranquila, ya pasó.

—¡Estás herido! —grito cuando siento la sangre de Caleb calar mi camisa.

—Es solo un rasguño, estoy bien.

—¿Cómo lo supiste?

—Cuando el tipo del hospital confesó que una mujer le propuso que volviera a casa por ese camino en un bar, empecé a sospechar que quizás fuese la amante de Dean la que estaba detrás de todo esto. Solo tuve que persuadirle de hablar. Cuando me dijo que se trataba de Sam, sabía que era la única persona capaz de descubrir que Ryan te traería aquí.

—Tienes que ir a que te curen ese brazo de inmediato.

—Dame un minuto, acabo de estar a punto de perder a la mujer que amo.

—¿Me amas? ¿De verdad?

—De verdad, Liv. Estoy enamorado de ti desde que te vi por primera vez tumbada en aquella cama de hospital, completamente desvalida y sin un solo recuerdo en tu cabeza.

—Yo también te quiero, Caleb, no sabes cuánto.

Los paramédicos nos meten en una ambulancia y nos llevan al hospital, donde curan a Caleb de sus heridas. Ahora todos mis recuerdos vuelven a mi cabeza en tropel. Todos los momentos, todos los instantes que forman parte de mi pasado vuelven a estar ahí de nuevo. Por fin, ya no estoy perdida en mi memoria.

Epílogo

El aire fresco de la mañana entra por la ventana. Me desperezco para encontrarme con el lado frío de la cama, como cada mañana. Sonríe al ver de nuevo mi alianza de compromiso en mi dedo anular, y me levanto para prepararme el desayuno.

Hace un año desde aquel fatídico día. Un año desde que toda la pesadilla terminó. Desde entonces he sido la mujer más feliz del universo, y todo se lo debo a Caleb. Cuando todo volvió a la normalidad, puse en venta la pastelería, y la parte correspondiente a Sam se la di a Ryan. A pesar del tiro en el pecho, la bala erró su objetivo, y está vivo de milagro. Pasó meses en el hospital, y cuando Stephanie se enteró voló de inmediato a Seattle para estar con su chico. Es una mujer encantadora, y en seguida nos hemos hecho muy amigas. Se nota que le quiere con locura, y es muy gracioso ver cómo él la mira con cara de corderito degollado cada vez que le sonrío. Con el dinero de la venta de la pastelería han abierto su propia clínica para gente sin recursos. Por suerte, los contactos de ambos les han reportado muy buenos inversores, por lo que la clínica estará abierta durante mucho tiempo.

Mi hermano y Mary Anne vuelven a intentar quedarse embarazados. El obstetra les ha dado permiso para volver a intentarlo, así que dentro de menos de lo que imagino seré tía de nuevo, espero que de una preciosa niña esta vez.

Mi madre pasó varias semanas en el hospital. Por fortuna, las quemaduras que sufrió no fueron en la cara, y se ha recuperado por completo. Mi padre decidió vender el restaurante y dedicar el tiempo que les queda a viajar por el mundo juntos. Supongo que sufrieron demasiado por mi culpa, y esta es su forma de pasar el trauma lo mejor que pueden.

En cuanto a mí... Con mi parte de la venta de la pastelería abrí otra cerca del piso de Caleb, donde vivo desde entonces. Riggs se mudó en cuanto pudo, aunque me gustaba tenerle en casa. Es un gran amigo, y casi todas las noches cenamos juntos en su apartamento o en casa. Para él fue un shock descubrir que estuvo saliendo con la asesina del caso, y dice que no piensa salir con ninguna mujer en mucho tiempo. Pero yo espero que pronto encuentre a una mujer que le haga feliz, porque se lo merece de verdad.

Me he especializado en tartas y pasteles de boda, así que tengo mucho trabajo para llenar las horas en las que Caleb está trabajando. Por las noches... nos dedicamos a querernos con locura. Hace dos meses Caleb me pidió que me casara con él. Fue de lo más tierno y romántico. Me llevó a cenar a nuestro restaurante favorito, donde nos esperaba toda su unidad con el uniforme de gala. Cada uno de ellos llevaba un cartel con una sola letra, y juntándolas todas se podía leer “¿Quieres casarte conmigo?”. El anillo vino dentro de una copa de champán, con el que brindamos después de que le dijera que sí.

Nos casaremos dentro de seis meses, en el precioso jardín de un hotel cercano. Ya he elegido el vestido, de un precioso tono rosado y sin demasiados adornos, mucho más acorde conmigo que el vestido que elegí para casarme con Dean. Será el mejor día de nuestras vidas, y quiero que todo sea perfecto.

Aún no me atrevo a salir sola por la noche. Es una fobia que tardaré mucho en superar. Por eso cierro la pastelería antes de que oscurezca, aunque siempre suele estar Caleb allí para cerrar conmigo, y si él no puede siempre tengo a Riggs.

De Dean no sé absolutamente nada. Desapareció cuando se enteró de que Sam era la asesina, posiblemente para evitar que el asunto le salpicase. No se lo reprocho, lo que hizo fue ruin y despreciable, pero sé que no es un asesino. Espero que haya aprendido la lección, y en el futuro su ambición no sea tan grande como su ego.

—Cariño, vamos, llegaremos tarde.

La voz de mi prometido me saca de mi ensimismamiento. Le sonrío con ternura cuando se acerca a mí para besarme, y me acurruco en sus brazos un segundo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Sí, solo estaba recordando.

—Pues date prisa o llegaremos tarde.

Me pongo el precioso vestido celeste que está apoyado en la cama del cuarto de invitados, lo puse ahí para no arrugarlo demasiado. Es de seda, de corte romano, y adornado con pedrería en el escote. Me recojo el cabello en un moño bajo y me maquillo lo justo. Caleb entra en ese momento en la habitación para ponerme el collar y los pendientes, y me besa en la nuca, provocándome un escalofrío.

Una hora después estamos en la iglesia, esperando ver aparecer a la novia en cualquier momento. Ryan está guapísimo con su traje de novio, y muy, muy nervioso. Hoy Stephanie se va a convertir en su mujer de una vez por todas, y tendrán una vida por delante para ser completamente felices.

Sé que Ryan aún no se ha perdonado por lo que hizo su hermana, aunque le he hecho ver muchas veces que él no tiene la culpa de nada, y que sigo queriéndole como siempre. O al menos como le he querido desde que desperté.

En ese momento Stephanie entra por la puerta, preciosa con su vestido color marfil y su cabello ondulado adornado con perlas. Suspiro al ver el amor que se profesan, la cara de felicidad que tienen los dos en este momento. El cura comienza la ceremonia y mis ojos se llenan de lágrimas, pero estas son de felicidad, una felicidad tan absoluta que tengo miedo de perderla.

Mucho tiempo después estoy envuelta en los brazos de Caleb, bailando al ritmo de una música lenta y sensual.

—Los próximos seremos nosotros, mi amor —susurra Caleb antes de besarme.

—Pues deberá ser pronto —contesto con una sonrisa.

—¿Acaso tienes prisa? —pregunta extrañado.

—No, en absoluto —contesto mirando por encima de su hombro—, pero dentro de nueve meses tu hijo tendrá prisa por salir.

—¿Mi hijo? —pregunta con los ojos brillantes por las lágrimas— ¿Estás embarazada?

—Son las consecuencias de hacer el amor —bromeo antes de besarle.

Sus labios se unen a los míos vertiendo en ese beso todo el amor que siente por mí en ese momento. Me marea, me hace flotar en una nube, y me abrazo con fuerza a su cuello devolviéndole el beso.

—¿Estás contento? —pregunto abrazada a su pecho.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz de la tierra, cariño. ¿Qué te parece si nos casamos mañana?

—¿Estás loco? ¿Quieres que nuestras madres nos asesinen?

—Muy bien, entonces un mes, dos a lo sumo. No quiero pasar ni un solo segundo más de lo necesario sin estar casado con la mujer que amo.

—Yo también le amo, inspector Davis. Desde el mismo día que vi su silueta perfilarse en la oscuridad.

Mi vida ha cambiado por completo. Para bien o para mal, la agresión que sufrí en manos de mi mejor amiga fue un punto de inflexión en mi existencia. Por un lado, me he vuelto más humana. He dejado atrás muchas cosas que antes adoraba y que ahora aborrezco, como las figuritas de porcelana y la ropa cara, y no me arrepiento. Por otra parte, esa agresión puso en mi camino a mi media naranja, al amor de mi vida. Estar perdida en mi memoria ha sido mi camino hacia la felicidad.

FIN